



MEMORIAL HISTÓRICO ESPAÑOL

COLECCIÓN

DE DOCUMENTOS, OPÚSCULOS Y ANTIGÜEDADES

QUE PUBLICA

LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

TOMO XXXIII



MADRID
EST. TIP. VIUDA É HIJOS DE MANUEL TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
C. de San Francisco, 4
1894

HISTORIA DE CARLOS IV

POR

D. ANDRÉS MURIEL

TOMO QUINTO

HISTORIA DE CARLOS IV.

LIBRO QUINTO.

Sumario.

Junta de Hacienda creada en Madrid para mejorar la administración de este ramo.—Medidas propuestas por la Junta.—Su disolución.—Providencias insuficientes ó ruinosas adoptadas por el Ministro de Hacienda Soler.—Junta eclesiástica para la extinción de Vales Reales.—El Gobierno no estima convenientes sus proposiciones.—La administración de los tributos continuó por entonces en su antiguo desorden.—Estado de Europa.—El Emperador de Rusia Pablo I procura atraer á las Cortes de Viena y Berlín á su designio de formar una Liga contra Francia.—El Directorio quiere que la Suiza tenga un régimen puramente democrático.—Un ejército á las órdenes del General Brune entra en Roma.—La revolución queda consumada.—Comunicóse esta variación á las Potencias de Europa.—El Rey de España la reconoció por su Ministro plenipotenciario.—De la República romana y del Rey de Nápoles.—Carlos IV se negó á reconocer al Gobierno revolucionario de Roma.—Semillas de revolución en Nápoles.—Frialdad entre las familias reinantes de España y de las dos Sicilias.—Carlos IV tiene por cierto el próximo destronamiento de su hermano y pone la mira en la posesión de Sicilia, á fin de colocar en ella al Infante-Duque de Parma.—El Directorio no estaba dispuesto á satisfacer tal deseo.—Tratado entre el Emperador de Alemania y el Rey de Nápoles.—Del Ministro napolitano Acton.—Lady Hamilton.—Nelson.

—Preparativos de guerra en el reino de las dos Sicilias.—El General austriaco Mack es nombrado para mandar el ejército napolitano.—Amenazas de los franceses.—Rómpese la guerra por los napolitanos.—Tratados del Rey de Nápoles con Inglaterra y Rusia.—El General Championnet se retira de Roma con sus tropas, dejando guarnición en el castillo de Sant Angelo.—Entrada del Rey de Nápoles en Roma.—Los franceses rompen á los napolitanos en varios encuentros.—El Rey Fernando IV y su ejército abandonan á Roma y vuelven á entrar en el territorio napolitano.—Llegada de este Soberano á Nápoles.—Championnet se adelanta hasta Capua.—Desorden y confusión en el populacho de Nápoles.—El Rey parte para la Sicilia.—Salen de Nápoles Comisarios para tratar con Championnet, mas no consiguen determinarle á concluir un convenio.—Llegada de los franceses á Nápoles.—La República *Parthenopea*.—Carlos IV reclama para sí y su familia los Estados de Nápoles, antiguo patrimonio de la Corona de España.—El Directorio no respondió siquiera á esta reclamación.—Destronamiento del Rey de Cerdeña.—Atropellamientos y violencias de los Generales franceses.—Carlos Manuel firma por fin la abdicación de su Corona.—En los amaños de los franceses para apoderarse de los Estados de este Soberano se ve la escuela en que aprendieron.—El proceder que tuvieron después con España.—Salida del Rey de Cerdeña de sus dominios.—Disgustos que los franceses le ocasionaron por todas partes.—Del Ministro Urquijo y de sus contestaciones con el Embajador francés Guillermardet.—El Directorio, deseoso de oponerse á los esfuerzos del Embajador ruso, el Príncipe de Repuin, que trabajaba por atraerse al Gabinete prusiano, nombra á Sieyes por Embajador de la República en Berlín.—Presentación de Sieyes en aquella Corte.—Carta de Azara sobre la política de los Directores.—Coalición contra Francia.—El Emperador Pablo I quiere atraer al Rey Carlos IV á los intereses de los coligados.—Carlos IV permanece constante en su alianza con la República.—Pablo I es proclamado Gran Maestre de la Orden de Malta.—El Rey de España se niega á reconocer esta dignidad.—Declaración de guerra del Emperador de Rusia contra S. M. Católica.—Campaña de los aliados contra los franceses en el año de 1799.—Los aliados alcanzan ventajas sobre sus enemigos por todas partes.—La Italia queda á discreción del ejército vencedor.—

El General ruso Souwarow se dispone á penetrar en el territorio francés.—El Emperador de Alemania, á quien convenía enseñorearse completamente de Italia, le detiene.—A esta circunstancia fueron los franceses deudores de la resistencia que pudieron oponer después en Suiza y en Italia.—Agitación en París á causa de los reveses de los ejércitos.—Los Consejos y el Directorio se dividen en bandos.—El 30 *prairial*.—Nota de Azara.—Buen efecto del paso dado por el Embajador del Rey de España.—El Gobierno de Madrid, dirigido por D. Mariano Luis de Urquijo, desaprueba el proceder del Embajador.—Separación de Azara de la Embajada.—El General Joubert y otros Generales franceses quisieron echar abajo al Gobierno directorial y restablecer la Monarquía.—Joubert se abocó al intento con Azara.—Plan convenido.—Joubert fué muerto en la batalla de Novi, y el plan no pudo tener por esto ejecución.—El Marqués de Múzquiz fué nombrado sucesor de Azara en la Embajada de París.—Batalla de Novi.—Retirada del ejército francés de Nápoles.—Insurrección de la Calabria.—El Cardenal Ruffo entra en la capital á la cabeza del ejército real.—Suplicios y atrocidades.—Nelson.—El Rey Fernando IV regresa de Sicilia á su capital.—Pónese fin á las Repúblicas *Parthenopea* y *Romana*.—Toda Italia, á excepción del Piamonte y Génova, vuelve á ser regida por Gobiernos legítimos.—Batallas entre los ejércitos rusos y franceses en Suiza.—Souwarow y Korsakoff pelearon bizarramente, pero no pudieron vencer á las tropas republicanas.—Los cuerpos rusos se retiran á Baviera, desde donde regresaron á su imperio.—Mala suerte de la expedición anglo-rusa enviada á Holanda al mando del Duque de York.—Situación de las Potencias aliadas al fin de la campaña. —Pío VI en Siena.—Bula de este Pontífice para la futura elección de Papa.—Azara se encarga de comunicarla á los Cardenales.—El Papa es trasladado desde Siena á la Cartuja de Florencia.—El Gran Duque de Toscana y el Rey y la Reina de Cerdeña visitan á Su Santidad.—El Directorio quiere que el Papa vaya á Cerdeña.—Pío VI se negó á ello por el mal estado de su salud.—Su traslación á Francia.—La ciudad de Grenoble le es señalada para su residencia.—Después fué trasladado á Valencia del Delfinado.—D. Pedro Labrador, Encargado de Negocios del Rey de España en Florencia, acompaña al Pontífice.—Cuantiosos socorros suministrados al Papa por el Rey Carlos IV y

por los Prelados españoles.—Varios Breves obtenidos del Papa por D. Pedro Labrador.—Fallecimiento de Pío VI en la ciudad de Valencia del Delfinado.—Mérito de este Pontífice.—Decreto del Rey Carlos IV sobre las dispensas matrimoniales en la vacantede la Silla pontificia.—Del Canónigo Espiga.—La Inquisición le forma causa como *jansenista.*—Sentido de esta voz.—*Jesuitas.*—Guerra entre ambos partidos.—El Ministro Urquijo se propone defender los derechos del Episcopado contra la pretensión de la Curia romana.—Oposición de la Francia á reconocer la elección del Cónclave reunido en Venecia.—España declara su resolución de reconocer por Papa al que fuese elegido por el Cónclave.—El Cardenal Chiaramonti es nombrado Papa y toma el nombre de Pío VII.—Carta pastoral de Imola.—Cooperación de las fuerzas marítimas del Rey de España con las escuadras de la República.—Una división de cinco navíos sale del Ferrol para Brest al mando del Teniente General de la Real Armada, Melgarejo, con tropas de desembarco.—La escuadra de Cádiz se mantiene en el puerto para llamar la atención de los buques ingleses y facilitar así la salida de la expedición que llevaba á Bonaparte á Egipto.—El Almirante Bruix se hace á la vela con su escuadra de Brest.—Mazarredo parte de Cádiz para Cartagena, y allí se le reúne el Almirante francés.—Proyectos de los Comandantes de las escuadras.—Arribo de las dos armadas á Cádiz.—Ordenes de los Gobiernos francés y español para que las escuadras vayan á Brest.—Llegada á este puerto.—La división naval al mando de Melgarejo regresa al Ferrol.

Mal estado de nuestra Hacienda.

Nuestra alianza nos empobrecía cada vez más. Por el mantenimiento de fuerzas navales tan considerables para la guerra contra la Gran Bretaña, el Erario se hallaba sin medios de hacer frente á sus urgentes atenciones. Interrumpidas las comunicaciones con

los dominios de América, no era posible recibir de allí caudales. El comercio estaba entorpecido y la administración interior no daba los recursos necesarios. La Corte seguía gastando á placer y viviendo en su manera acostumbrada. Abiertas estaban siempre las arcas reales para el pago de las cantidades que pedía, sin que hubiese coto en sus gastos ni asignación ninguna que señalase las cantidades que hubiere de percibir. Bastaba una orden del Rey, sin previo examen de utilidad ni otras formalidades que asegurasen la legalidad, para pedir á la Tesorería las cantidades de que el Real Palacio tenía necesidad. A este mal, ya muy pernicioso, se añadía el desorden general en la administración de las rentas públicas, el mal método de contribuciones y los vicios de su cobro. En tal estado, ¿cómo podría hacerse frente á los armamentos marítimos ni tener prontas las escuadras? No obstante, era menester someterse á la voluntad de los imperiosos aliados, á trueque de no oir sus reconvenciones, ó por mejor decir, sus amenazas.

Las rentas ordinarias del Estado ascendían cada año á 500 millones de reales, poco más ó menos. A ellas se añadían de 100 á 120 millones que entraban en las arcas reales procedentes de las posesiones de América. Evaluando ambas rentas, así de la Península como de Indias, en la suma de 600 millones, se estaba muy lejos de poder cubrir con ella los enormes gastos que causaba la guerra. En el año de 1798 el déficit fué de 800 millones, según los cálculos más bajos. Tal fué el parecer de la Junta que el Ministro de Hacienda Saavedra creó en aquel año, para que examinase, así el estado de la Hacienda pública, como los medios que el Gobierno tenía por convenientes para cubrir los gastos extraordinarios indispensables,

ó propusiese otros que fuesen más conducentes para el expresado objeto. Vamos á hablar al punto de los trabajos de esta Junta. Otros pretenden que el alcance anual contra el Erario era mucho mayor, pues hacen subir los gastos de dicho año á 2.198.355.357 reales de vellón. En el año inmediato de 1799 ascendieron todavía, según estos mismos, á 2.210.381.337 reales de vellón. Los que afirman que estas cantidades son ciertas, no presentan ni los documentos que las comprueben ni el empleo circunstanciado de ellas por el Gobierno. Así, no hay razón para tener sus evaluaciones por verdaderas y exactas; pero sin recurrir á sus asertos ni admitir sus cálculos, es indudable que los gastos excedían en mucho á los productos. En el año de 1799 los gastos hechos por cada uno de los Ministerios fueron los siguientes:

Casa Real	105.180.774	reales	21	mrs.
Ministerio de Estado	46.483.729	»	20	»
Ministerio de Gracia y Justicia	7.962.367	»	10	»
Ministerio de Guerra	935.602.926	»	10	»
Ministerio de Hacienda	428.368.513	»	10	»
Ministerio de Marina	300.146.056	»	24	»
TOTAL	1.823.544.368	reales	16	mrs.

El producto líquido de las rentas, habiendo sido en aquel año de 493.884.418 reales 15 maravedís, resulta un déficit de 1.329.659.650 reales 1 maravedí (1), y aunque al total de las rentas de la Península se añadan 120 millones procedentes de los Estados de Amé-

(1) *Historia de la guerra de España contra Napoleón Bonaparte*, tomo I; *Introducción*, pág. 125.

rica, en que se estimaban aquéllos anualmente por cálculo aproximado, resultará siempre un alcance de más de 1.200 millones contra el Tesoro público en el año expresado, suma enorme que no podía menos de causar la ruína del reino, sobre todo si el descubierto continuaba siendo tan considerable en los años siguientes.

Creación de la Junta de Hacienda.

Esta desproporción entre las rentas reales y los gastos del reino llamó la atención del Ministro de Hacienda, D. Francisco Saavedra, y por su Secretaría se transmitió Real orden con fecha de 4 de Mayo de 1798 para la información de una Junta que, hecha cargo de la situación del Erario y teniendo á la vista los trabajos que existían en la Secretaría del ramo de los tiempos de los anteriores Ministros, D. Diego Gardoqui y D. Pedro Varela, meditase y propusiese las medidas convenientes para atender á la defensa de la Monarquía y á su conservación y decoro. Los Vocales de la Junta fueron:

El Marqués de Iranda, del Consejo de Estado.

El Conde de Cabarrús, del idem id.

D. Felipe Canga Argüelles, del Consejo Real de Castilla.

D. Miguel Cayetano Soler, del idem id.

D. Felipe González Vallejo, Tesorero general.

D. Manuel Sixto Espinosa, Director de la Caja de Amortización.

D. Martín de Huici, Director de la Compañía de Filipinas.

D. Ramón Angulo, Director de los Cinco gremios.

Medidas propuestas por la Junta de Hacienda.

Se encargó á la Junta que procediese con suma actividad y con la reserva más inviolable. Con efecto: habiendo celebrado varias sesiones sin pérdida de tiempo, acordó pasar al Gobierno su informe, cuya redacción fué encargada al Conde de Cabarrús. Reconocida la insuficiencia de los recursos ordinarios y teniendo por sumamente urgente proporcionar al Rey medios de cumplir los Tratados con Francia y de sostener dignamente la guerra contra la Gran Bretaña, la Junta entraba á proponer las providencias que tenía por más oportunas. No fué de parecer de abrir un nuevo préstamo patriótico, como insinuaba el Gobierno, por la razón perentoria de hallarse abiertos otros con condiciones más ventajosas sin haberse llenado, y porque no habiendo de causar réditos, ni debiendo ser reembolsado sino al cabo de un número muy considerable de años, semejante préstamo sería mirado como un donativo. No se debe olvidar, decía la Junta, que no llegaron á 140 millones los que produjo en la última guerra con Francia un entusiasmo que todo concurría á excitar y nutrir y que ya no existe. Sin excluir, pues, los donativos que quisiesen hacer al Rey los corazones animados de ardiente patriotismo, parecía á la Junta que era necesario recurrir á una contribución que proporcionase medios eficaces de cubrir las obligaciones del Estado.

«Sí, señor, decía el informe. La Junta se hace cargo de la repugnancia de V. M. á establecer contribuciones, y conoce plenamente cuán desagradable es el ministerio que ejerce en este instante; pero prevé tam-

bién la odiosidad injusta que le aguarda, y debe prescindir de todos estos reparos é igualar su celo á la importancia de las circunstancias. Debe recordar á V. M. que la pusilanimidad de Luis XVI en no exigir oportunamente del clero, de la nobleza, de los acreedores del Estado y de las clases pudientes el sacrificio que reclamaba el apuro del Erario, le precipitó en la espantosa revolución que acabó con su Corona, con su vida y con las mismas clases á quienes se había querido contemplar. No hay tiempo que perder, señor, para aprovechar tan elocuente lección. ¡Ojalá que los Ministros, habiendo visto nacer desde tantos años y acrecentarse la deplorable situación del Erario, en vez de paliarla y empeorarla con empréstitos y con la multiplicación indefinida de papel, hubieran contado más con las virtudes personales de V. M., siempre pronto á admitir cuanto se le presente de más justo y más conducente! Por no haberlo hecho así, el daño ha crecido fuera de toda proporción: por consiguiente, los sacrificios han de ser ahora mayores (1).»

El arbitrio que la Junta proponía era un servicio extraordinario por dos años, que deberían comenzar en 1.° de Junio de aquel año y acabar en igual día del año de 1800, de una décima en los dominios del Rey, así de Europa como de Indias, sobre todos los sueldos,

(1) La Junta escribía esto tres meses después de que el Príncipe de la Paz había dejado la dirección pública de los negocios del reino. Con todo, D. Manuel Godoy tiene la simpleza de decir en sus *Memorias* que los males de la Hacienda vinieron de las medidas tomadas desde su salida del Ministerio hasta que volvió á la dirección del reino en 1801. Vamos á referir estas providencias, y ciertamente fueron ó ruinosas ó insuficientes. Pero los males que se intentaba remediar por ellas existieron y se aumentaron en el Gobierno de D. Manuel Godoy, como lo dice la Junta.

réditos, pensiones del Erario, rentas eclesiásticas y seglares de tierras, casas, imposiciones de caudales, ganancias de comercio, y generalmente toda renta de dinero y frutos, preservando únicamente al artesano, al labrador y al jornalero, esto es, á las clases menos acomodadas del Estado, pues sólo debiera recaer la carga sobre los pudientes ó los que, habiendo vivido exclusivamente del Erario, habían contribuído á sus apuros y tenían más interés en su remedio. No es dudoso que semejante contribución excitaría grandes clamores y quejas en las clases que quedasen sujetas al servicio, y así la Junta procuraba hacer ver al Rey que no debía detenerse por lamentaciones nacidas del interés y que ella tenía por infundadas. «Tiendan la vista, decía, sobre la suerte de las demás naciones beligerantes, y verán al numen exactor de Pitt, después de haber agotado todas las ideas conocidas en materia de imposiciones, queriendo que se redima el capital de ellas, reservándose, sin duda, la facultad de volverlas á establecer; verán luego á los austriacos y piamonteses gemir bajo la mole inmensa de sus contribuciones, á los holandeses pagando desde el principio de la guerra 28 por 100 de su capital; verán, sobre todo, á los franceses en medio de sus victorias y de sus conquistas pagando más que antes de su revolución, á pesar de la destrucción de su industria y de la desolación de millares de familias arruinadas por la cuasi aniquilación de la deuda nacional. En fin, piensen en las circunstancias del día, y verán que el sacrificio que se pide no es más que un premio de seguros, corto y pasajero, á la vista de un naufragio inminente, para salvar el resto de la propiedad.»

Con profundo respeto, si bien con noble entereza, la Junta expone al Rey la necesidad de que el bolsi-

llo secreto de S. M. y de su augusta esposa, y los alimentos de los señores Infantes con sus encomiendas, quedasen sujetos al servicio extraordinario de 10 por 100, y que además una economía severa é inflexible debía también reducir los gastos de la Casa Real. «La Junta, careciendo de datos exactos, no puede decir con precisión cuál sea el importe de éstos en la actualidad por hallarse embebidos y confundidos en la clase que llaman de Hacienda; pero si fuese cierto que no bajan de 120 millones de reales, siendo las rentas del Estado, según se ve en la Real orden, 400 y tantos millones, vendrá á gastar la Real Casa un 30 por 100 ó cerca de la tercera parte de la renta pública. ¿Y qué habría de quedar para la marina, ejército, administración de justicia, gobierno económico, pago de la deuda y los inmensos ramos de fomento que tanto necesita el reino?»

Además de la imposición ó subsidio de 10 por 100, la Junta proponía otros medios: 1.°, que se abriese un donativo; 2.°, que se tomasen providencias para hacer venir caudales de Indias, ya enviando navíos y fragatas de la escuadra en busca de ellos, con particularidad á Veracruz, por más que todos los derroteros estuviesen observados y, por decirlo así, cogidos por la vigilante actividad de los ingleses, y que los buques destinados á este objeto saliesen de Cádiz en el mes de Noviembre; ya se aprovechasen de las largas noches y del rigor de los temporales del invierno para evitar, si era posible, el encuentro de los enemigos, ó ya negociando libranzas sobre las Tesorerías de Indias por medio de particulares ó de las Compañías orientales, que tenían interés, según se decía, en recibir caudales en los puertos del mar del Sur para llevarlos en derechura á la China. La Junta insinuaba que se po-

dían dar estas libranzas al Banco y á los gremios en pago de lo que el Rey les debía, porque estas corporaciones tendrían mayor facilidad que el Gobierno para la conducción de los caudales.

Entre los arbitrios que se habían imaginado para aumentar las rentas públicas, se hallaba el de conceder nobleza y cruces por dinero. La Junta se pronunció abiertamente contra tal proyecto. Uno de los grandes males de la España era el excesivo número de privilegios y exenciones. El Estado llano se veía recargado con los servicios que dejaban de prestar los nobles y ricos. Aparte de este inconveniente, que era muy grave, había otros de orden todavía más elevado. Comprar el inconmensurable valor de las distinciones políticas con dinero, sería medio seguro de envilecerlas, y la Monarquía perdiera el precioso tesoro del honor con que se puede premiar los importantes servicios; sería aflojar uno de los muelles más poderosos de la máquina del Gobierno, cuando habría, por el contrario, necesidad de reforzarlos todos. En fin, aunque se adoptase el pensamiento de hacer negociaciones de los honores, evitando los escándalos y abusos de los agentes intermedios, es tal la revolución que se ha hecho en la opinión pública, decía la Junta, que este arbitrio, fecundo en otro tiempo, rendiría hoy cortísimo producto.

La Junta tenía por muy conveniente la venta de los bienes de la Corona, que era otro de los medios propuestos. Estos bienes poco ó nada fructifican, decía, en favor de la nación, y trasladados á manos de particulares servirían al aumento de la población; abriendo nuevos manantiales de producciones y riquezas, acrecentarían las rentas de la Corona y servirían de estímulo y de ejemplo para facilitar la venta

de bienes de las comunidades religiosas de que ya se trataba. La venta debía extenderse también á las encomiendas de las Ordenes militares, y el producto de las fincas vendidas habría de servir para dotar la Caja de Amortización. A la Junta parecía igualmente que se podía extender el uso del papel sellado para las letras de cambio y demás papeletas del comercio.

Por fin, el informe de la Junta decía al Rey que aun adoptando los arbitrios indicados, sólo se alejaría el riesgo inminente que amenazaba á la Monarquía; mas no habría medio de salvarla si no establecía un equilibrio preciso y estable entre las rentas y los gastos. Insistiendo, pues, en la formación de una Junta compuesta de las personas más capaces y experimentadas de las diferentes clases del Estado, para que propusiese á S. M. un plan completo de economía pública que, á más tardar, pudiese regir al cabo de dos años, la Junta terminaba su escrito de este modo: «Señor: La Junta siente sobremanera haber tenido que afligir el corazón paternal de V. M.; pero se trata de su corona, de su persona, de la de sus hijos, y, sobre todo, de esta familia inmensa que le ama y que la Providencia confía á su cuidado; se trata de los intereses más sagrados de la humanidad, del orden social, de la moral y de la religión, que se sobresaltan con los amagos de las convulsiones de la anarquía, compañera inseparable de la disolución de los Estados. Todavía es tiempo de salvarlo todo. V. M. hallaría el premio de los sacrificios personales que hiciese en su conciencia, en las bendiciones de los pueblos y en la justicia de la posteridad.»

No llegó el caso de elevar la Junta su informe al conocimiento del Rey. La Corte traslució sus deliberaciones, y lejos de sacar provecho de los consejos de

aquellos fieles y honrados vasallos que, para evitar los riesgos de que el reino estaba amenazado, proponían medios útiles y acertados, se ofendió de su libertad y entereza. Es muy común entre los hombres enojarse con los que dan buenos consejos en situaciones apuradas. Se ve también con frecuencia asustarse cuando se acercan los males, y no tener valor ni serenidad bastante para reconocer su mayor ó menor gravedad, sin lo cual no es posible aplicar los remedios convenientes. Creciendo siempre la desproporción entre las rentas de la Corona y los gastos del Erario, era indispensable minorar éstos y hacer en todos los ramos ahorros y economías, ó recurrir á impuestos extraordinarios que suministrasen recursos eficaces; medios ambos que suscitarían clamores, pero que al fin restablecerían el equilibrio entre las rentas públicas y las atenciones de la Tesorería, y salvarían al Estado por el restablecimiento del orden. Mas la Corte, acostumbrada á seguir falsas tradiciones en materias de Hacienda; temerosa, sobre todo, de acrecentar el descontento, que era ya muy general contra ella, en vez de apelar á medidas bien meditadas y enérgicas, se contentó con usar de falaces é insuficientes paliativos. La virtud austera de Saavedra y Jovellanos, móvil principal de los trabajos y deliberaciones de la Junta, comenzaba también á irritar á los que estaban contentos con los antiguos abusos.

Medidas que el Gobierno adoptó.

Las únicas medidas tomadas por el Gobierno para remediar las escaseces del Erario, fueron un préstamo patriótico sin interés, con calidad de haberse de rein-

tegrar en el preciso término de los diez años siguientes á los dos primeros, que se contarían desde el día de la publicación de la paz, y un donativo voluntario, en que las personas de todas clases y jerarquías ofreciesen espontáneamente cualquier cantidad en moneda y alhajas de oro y plata que les dictase su celo por la causa pública; medios ambos sin eficacia para el remedio de los gravísimos apuros en que estaban las arcas reales, pues, como había observado con razón la Junta, no se podían esperar grandes recursos y sacrificios por este medio sino en tiempos de ardoroso entusiasmo, y éste ciertamente no existía. Con todo, el Rey, esperanzado de encender el patriotismo de los vasallos con su ejemplo, declaró que se sometería por el bien del Estado á cuantos sacrificios personales fuesen compatibles con el decoro y la majestad del trono, y con aquellos actos de benevolencia por que clamaban de continuo tantos infelices; mandó ceder la mitad de las asignaciones hechas para los bolsillos secretos, así del Rey como de la Reina, y que inmediatamente se pasasen á la Casa de Moneda todas las alhajas de plata de la Real Capilla que se considerasen menos precisas para el servicio de sus Reales personas y para la decencia del culto divino. Ordenó también que en todos los ramos de la Real servidumbre se hiciesen las supresiones, ahorros y economías posibles. El regio ejemplo produjo algunos donativos, en medio del desaliento de todas las clases y del descrédito de la Corte; pero este recurso fué tenue, por no decir imperceptible, á vista de las urgentes y grandes necesidades del Erario.

Por enfermedad del Ministro Saavedra, D. Miguel Cayetano Soler le sucede en el Ministerio de Hacienda.—Varios decretos sobre el mismo ramo.

Entre tanto enfermó gravemente el Ministro Don Francisco Saavedra y entró á sucederle D. Miguel Cayetano Soler, quien con el título de Superintendente general de Hacienda y Director de la Secretaría del Despacho de este ramo, había tenido hasta allí á su cargo los negocios bajo las órdenes del Ministro. Era Soler activo y deseaba buscar medios para cubrir los enormes gastos, que cada día crecían más. Así es que fueron publicados varios decretos Reales con este objeto. Los decretos prescribían: 1.°, agregar á la Caja de Amortización los caudales y rentas de los seis Colegios mayores de San Bartolomé, Cuenca, Oviedo y del Arzobispo de la ciudad de Salamanca, Santa Cruz de Valladolid y San Ildefonso de Alcalá, obligándose á pagar el rédito de 3 por 100 por todas las sumas procedentes de dichos Colegios que fuesen entregadas; 2.°, la enajenación de todos los bienes raíces pertenecientes á hospitales, hospicios, casas de misericordia, de reclusión y de expósitos, de cofradías, memorias, obras pías y patronatos de legos, y la agregación de los productos de la venta de dichos bienes raices á la Real Caja de Amortización, la cual pagaría un rédito de 3 por 100; 3.°, una contribución sobre los legados y herencias en las sucesiones transversales, tanto en España como en Indias é islas Filipinas; 4.°, la enajenación de los vínculos cedidos por algunos particulares en el último donativo hecho á S. M.; 5.°, los restos de las temporalidades de la extinguida

Compañía de Jesús, así en España é islas adyacentes como en Indias é islas Filipinas, serían también vendidas, y las sumas que resultasen serían entregadas á la misma Real Caja, bajo igual obligación del rédito de 3 por 100; 6.°, todas las cantidades que fuesen objeto de litigio entre partes se depositarían también en la Real Caja; 7.°, todos los Administradores de secuestros, y en particular los Síndicos que se nombran en las quiebras de los comerciantes, trasladarían á la Real Caja los depósitos judiciales que se hallaren constituídos ó se constituyesen en lo sucesivo, fuera de las Depositarías públicas ó Tablas sumularias de las ciudades y villas de España é islas adyacentes.

El nuevo Ministro creía que tan considerable número de arbitrios, aplicados á la vez á sacar al Erario de sus apuros, serían de infalible efecto. Persuadido de ello escribía á D. José Nicolás de Azara, Embajador del Rey en París, diciéndole: «Para pruebas de los grandes recursos de la Monarquía, van adjuntas las copias de los siguientes Reales decretos de 23 de Septiembre (de 1798): por ellos verá Europa los medios con que la Corona puede asegurar el cumplimiento de sus promesas y contratos. De la publicación de estos decretos resultará en los reinos extraños el restablecimiento del crédito público en España.» El Ministro se engañó en el pronóstico, porque el crédito no se mejoró ni en Europa ni en España. Al principio tuvo cierta mejora en el reino, pero no fué duradera. Se juzgó con razón que el pomposo anuncio de medios hecho por los anteriores decretos estaba lejos de poder suministrar los recursos necesarios para hacer frente á las atenciones del Estado. Tenues algunos y de lenta ejecución todos ellos, mal podrían suministrar las sumas que reclamaba con urgencia el servicio del Era-

rio. Apenas puede creerse que el Ministro hablase con sinceridad cuando se prometía restablecer por ellos el crédito público. Aun en tiempo de paz hubieran sido tenues estos recursos para acudir á los gastos ordinarios, porque las entradas en el Tesoro público habrían debido ser por necesidad muy lentas. ¿Qué sería, pues, mientras que durase la guerra, que ocasionaba gastos cuantiosos y urgentes?

Préstamo de 400 millones sobre los caudales de Indias.

Por tanto, en 19 de Octubre siguiente fué ya necesario recurrir á un préstamo de 400 millones, que fuese anticipación de los caudales detenidos en Indias. Algunos sospecharon que el lujo ostentoso de recursos que manifestaban los anteriores decretos tenía por objeto llenar este préstamo. El decreto señalaba el modo y los plazos del reembolso; pero tampoco este arbitrio fué provechoso, porque viendo al Rey cada vez en mayores apuros, fueron muy pocas las personas que confiaron en sus promesas.

A medida que se aumentaban los gastos, se fueron sucediendo también providencias á cual más desacertadas: entre otras, señalaremos el decreto de 11 de Enero de 1799, que concedía á los poseedores de vínculos ó mayorazgos la facultad de reservar para sí la octava parte del valor de los bienes que vendiesen, imponiendo el resto de su producto en la Caja de Amortización. El motivo que se daba para esta concesión era que los propietarios pudiesen pagar sus deudas, contraídas las más veces, se decía, por consecuencia necesaria de sus cortos rendimientos y particular constitución de las propias vinculaciones; pero la especie

de premio otorgado á los poseedores, tenía por verdadero objeto facilitar las ventas de los bienes vinculados, interesando en ellas á los propietarios ó poseedores de ellos.

Creación de nuevos Vales Reales.

Poco tiempo después, en 8 de Abril del mismo año, se hizo una creación de Vales Reales por el valor de 53 millones de pesos. Entonces el mal llegó á lo sumo y el descrédito fué total en el papel-moneda. Seguíanse, sin interrupción unas á otras, medidas que trastornaban el crédito. Se declaró que los Vales de la nueva creación deberían ser recibidos como valor efectivo, y que el curso de ellos fuese legal y forzoso, como las *especies metálicas*. Dicho se está que resolución tan inconsiderada en tiempo en que el papel tenía ya tan gran descrédito, debía acrecentar más y más la desconfianza. En vano el decreto determinaba los recursos destinados á entrar en la Caja de Amortización para el pago de los intereses de Vales, es á saber: 10 por 100 con que anualmente contribuían los propios del reino, tuviesen ó no sobrantes; los rendimientos de las vacantes de dignidades, prebendas y beneficios eclesiásticos; el importe de la contribución temporal extraordinaria sobre frutos civiles; los 7 millones de subsidio extraordinario con que servía el Estado eclesiástico; los productos del indulto de la extracción de plata; la asignación anual de 4 millones sobre la renta de salinas, y el importe total de la moderada contribución sobre los legados y herencias en las sucesiones transversales. Destinábanse también al mismo objeto los productos de la Mesa maestral de las cua-

tro Ordenes militares de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa; los de las encomiendas de estas Ordenes que se administraban por cuenta de la Real Hacienda; la tercera parte de todas las mitras de España é Indias que pertenecían á la Corona por concesión apostólica; todo el líquido de los productos de la Acequia Imperial y Real Canal de Castilla; los de la renta del papel sellado; los de la Lotería, y 12 millones de reales que se consignaban anualmente sobre la renta del tabaco de Indias. «Con el conjunto de estos derechos, asignaciones y arbitrios, no solamente sobra, decía el decreto, para satisfacer los 87.899.799 reales y 25 maravedís y medio de vellón, que importan los intereses de todos los Vales, sino también para la de los réditos de los capitales hasta ahora impuestos sobre la Caja, quedando algún resto á favor del fondo de amortización de los Vales.»

Estado del crédito nacional.

¿Qué confianza podían inspirar al público tales promesas viniendo de un Gobierno cada día más ahogado, que se veía en precisión de ostentar recursos que no tenía y de prometer lo que no podía cumplir? Grandes fueron el descrédito y la confusión. Creció ésta más todavía con la providencia que se tomó para remediarla. Todos los Vales Reales fueron declarados moneda real y efectiva; no se permitió ningún contrato en que para los pagos se excluyesen los Vales Reales: su valor era legal, con el solo descuento de 6 por 100. Cualquiera que denunciase negociaciones hechas contra el tenor de este decreto, tendría por recompensa la mitad de los valores denunciados.

Se deja conocer la consternación que ocasionaron estas providencias y el sumo descrédito que trajeron consigo. Sujetos se ven los Estados á las mismas leyes que los particulares. Cuando carecen de orden en la administración, ó por decirlo más claramente, cuando gastan más de lo que tienen, se hallan reducidos á vivir de expedientes que generalmente se llaman trampas. Si por olvidar su verdadera situación, ó por consecuencias aciagas, entran en compromisos que aumentan sus gastos demasiadamente, nadie cree ya en sus promesas y todos dudan de la exactitud y puntual cumplimiento de sus empeños. A veces la pérdida de crédito llega á tal punto, que el Estado se ve expuesto á vivas conmociones por consecuencia del desorden con que se administran los caudales públicos. Para salir de los nuevos apuros causados por la providencia que acabamos de referir, se recurrió á la creación de Cajas de descuento en las ciudades principales, Madrid, Cádiz, Sevilla, Málaga, Bilbao, la Coruña, Alicante, Cartagena, Valencia, Santander, Pamplona y Mallorca, las cuales reembolsarían, no todos los Vales que se les presentasen dentro de la esfera señalada á cada una de las Cajas, sino en el caso de que les fuese demostrada la urgencia, circunstancia que no podía menos de dar lugar á mil manejos. No siendo general la providencia, era injusta so color de humana, y debía producir efecto contrario al que el Gobierno se proponía. Los medios adoptados para la ejecución de esta medida fueron tan mezquinos como la medida misma. Cuatrocientos noventa y cinco millones, á saber: 160 en dinero y 335 en billetes de Banco. El Gobierno debía aprontar la décima parte de la suma, y el resto los particulares del reino por suscripciones voluntarias y forzosas. Mas no se llegó

á juntar la cantidad expresada, y por más que un decreto Real hubiese señalado á las Cajas de descuento diversos recursos con que pudiesen atender en lo sucesivo al objeto de su creación, nunca se consiguió éste por ser el número de los que solicitaban el descuento superior en gran manera á los fondos con que las Cajas podían contar.

Junta eclesiástica de Vales Reales.

Por lo que queda dicho, aparece cuán inconsideradas fueron estas providencias y cómo, lejos de restablecer el crédito público, acabaron de arruinarle. La única medida que habría sido eficaz, sin duda ninguna, para extinguir los Vales Reales, ó por lo menos para darles valor, era el proyecto de encargar de ello á los Cabildos de las iglesias Catedrales; pero este pensamiento, aunque conveniente, no se llevó á efecto. Formóse en Madrid, por orden del Gobierno, una Junta compuesta de 14 prebendados en las siete iglesias Metropolitanas y de número igual de Catedrales, como Cádiz, Barcelona, Cuenca, Murcia, Calahorra y otras. Fué conocida entonces con el nombre de *Junta eclesiástica de Vales Reales*. El Rey nombró por su comisionado cerca de ella á D. Santiago Romero, Intendente de ejército y de la provincia de Guadalajara y de sus fábricas, sujeto entendido, íntegro y estimable á todas luces. El anuncio solo de la formación de esta Junta y el rumor de que S. M. aprobaría sus proyectos, bastó para que los descuentos bajasen un 13 por 100 en pocos días. Varios fueron los planes que se discutieron entonces en la Junta: entre otros, el de Don

Félix Amat, Canónigo Magistral de Tarragona, uno de los miembros que la componían, y era el siguiente: «El clero de España, por medio de los Cabildos de las Catedrales, se obligaría á presentar al Real Erario cada año un determinado número de vales para la extinción, empleando en su compra las sumas que pagaba á la Real Hacienda por razón del subsidio noveno y excusado, ó caja mayor dezmera, fondo pío beneficial, vacantes, medias annatas, anualidades, etc. De lo cual resultaría que cada iglesia particular, sabiendo que en cinco años debía extinguir tal cantidad de vales, procuraría adquirir éstos cuanto antes para aprovecharse de la enorme pérdida de 80 por 100 que sufrían. Los tenedores de vales que no tuviesen precisión de descontarlos luego, y las mismas Comunidades eclesiásticas, si sus rentas estaban en ellos, previendo que necesariamente habían de adquirir algún crédito, no se desharían de este papel hasta que tuviesen mayor valor. La consecuencia debía ser poner los vales á la par, ó poco menos, como estuvieron al principio (1).»

El Gobierno no adoptó el pensamiento. A la verdad importaba poco determinar el modo de la extinción, con tal que las rentas que el clero pagaba á la Corona fuesen administradas por él para el objeto de amortizar los Vales Reales, pues el Estado eclesiástico hubiera conseguido la amortización por cualquiera otro medio. D. Juan Antonio Llorente, Canónigo de la Catedral de Calahorra, miembro y Secretario que fué de la Junta, hizo ver al Ministro Soler que las rentas eclesiásticas debían valer al Real Tesoro 150 millones de reales por año. Si no llegaban á Tesorería más que

(1) *Vida del Ilmo. Sr. D. Félix Amat*, pág. 84.

60 millones, decía, era por el modo con que se administraban (1).

Encargábase el clero de la administración de los Vales Reales por las oficinas y empleados bajo sus órdenes. Para pagar los intereses y verificar sucesivamente la amortización, se le dejaban todas las contribuciones que pagaba (2), y además las rentas de correos, Cruzada, etc. Al intento se establecería en Madrid una Junta de seis prebendados, á cargo de la cual corriese la dirección de todas las operaciones.

Como D. Juan Antonio Llorente fuese redactor del plan, se pondrá aquí lo que dice acerca de haberse frustrado su ejecución:

«D. Miguel Cayetano Soler, Ministro de Hacienda, quedó tan contento del plan, que me mandó imprimir 3.000 ejemplares para repartir entre los Ministerios de España, Embajadores, Plenipotenciarios y Cónsules de las Potencias extranjeras en Madrid, con el objeto de

(1) *Noticia biográfica de D. Juan Antonio Llorente*, escrita por él mismo.

(2) Las contribuciones que pagaba el clero de España, sin contar el de Indias, eran las siguientes:

1.ª	Subsidio antiguo y moderno..........	11	millones	de reales.
2.ª	Excusado ó casa mayor dezmera......	17	—	—
3.ª	Diezmos de tercios Reales............	12	—	—
4.ª	Mesas maestrales de Órdenes militares.	4	—	—
5.ª	Encomiendas unidas á la Real Hacienda.	4	—	—
6.ª	Fondo pío beneficial..................	2	—	—
7.ª	Pensiones sobre mitras hasta la tercera parte de su valor..................	4	—	—
8.ª	Espolios y vacantes de mitras.........	4	—	—
9.ª	Medias annatas y mesadas............	1	—	—
10.	Vacantes de prebendas...............	1	—	—
11.	Pensiones á la Real Orden de Carlos III.	» 1/2	—	—
	TOTAL..................	60 1/2	millones.	

que corriese la voz y comenzasen los vales á recobrar el crédito. A la verdad, el solo rumor de que S. M. aprobaba el *plan eclesiástico*, bastó para que los descuentos bajasen un 13 por 100 en pocos días; pero yo hice entender al Ministro que no convenía esa publicación mientras que todos los Arzobispos y Obispos, y los Cabildos de iglesias Metropolitanas y Catedrales, no enviasen su adhesión al plan, pues la Junta carecía de autoridad para suplir el consentimiento de los que habían de hacer sacrificios personales y pecuniarios.

»Imprimí pocos más que los precisos para la comunicación, y conociendo yo en qué puntos debía estar el obstáculo para el consentimiento, dispuse una carta-circular impresa y otra manuscrita reservada, diciendo en aquélla las razones públicas y en ésta las ocultas que debían mover los ánimos al asenso: la impresa fué aprobada en conjunto; la reservada lo fué por todos los individuos sin congregarse, y, con efecto, tuvimos la satisfacción que todos los Prelados y Cabildos accediesen, aunque muchos con grande repugnancia, según cartas que nos escribían por separado.

»El Ministro se lisonjeaba de la Real aprobación y de un éxito feliz; pero no sucedía lo mismo á los miembros de la Junta, que, por estar menos elevados, estábamos infinitamente más instruídos de los enredos que se cruzaban sin intervención del Ministro para impedir por conducto más poderoso la ejecución del plan. Era una de sus circunstancias confiar al clero la administración de todas las rentas decimales pertenecientes al Rey, para que fuesen administradas sin separación material de la parte de diezmos correspondiente al clero, porque sólo así podía contarse con el verdadero valor, que era más que doble y casi triple de lo que resultaba llegar á la Real Tesorería. Este

artículo del plan debía privar de grandes intereses á la Compañía de los cinco gremios mayores y á otros que se enriquecían administrando ó arrendando los diezmos de tercias reales, los de la casa mayor parroquial, los de maestrazgos, encomiendas, patronatos y vacantes. En efecto, ellos arribaron (por medios cuya explicación no considero conveniente) á que se comunicase á la Junta una Real orden, en que se decía que S. M. no podía ceder las rentas decimales para la extinción de *Vales Reales*, porque las necesitaba para otras urgencias. El plan quedó sin efecto, y el valor de los vales decayó notablemente, á pesar de la Real cédula que mandó, bajo graves penas, recibirlos por la suma que sonaban, como si fuese moneda metálica, pues la opinión pública siempre ha tenido en estos puntos más poder que los Reyes (1).»

La relación de Llorente tiene todas las apariencias de verdadera. D. Manuel Godoy, á quien no parece tal, llama inconsiderada la aserción de Llorente relativa á los manejos que hubo para impedir la ejecución del proyecto. El lector juzgará. Muy recomendable es el testimonio de un sujeto veraz, candoroso y comedido cual era Llorente, quien, por otra parte, estuvo en situación de saber lo que pasó; por el contrario, la denegación de D. Manuel Godoy no inspira confianza, pues se ve en las *Memorias* que llevan su nombre que se falta en ellas con frecuencia á la verdad. Sobre este asunto mismo dice tales cosas, que parecen más bien escritas de un país extranjero que de España. «Si se hubiera puesto la suerte del reino, dice, en manos del clero, ¿no habría tenido éste ten-

(1) *Noticia biográfica de D. Juan Antonio Llorente*, escrita por él mismo, págs. 99 y siguientes.

tación de sujetar al Gobierno, de esclavizarle á su antojo en los negocios políticos, así del interior como del exterior? (1).» Dejando aparte que no había por qué convocar la *Junta eclesiástica de Vales Reales* si se tenía este temor, y que el hecho de la convocación le desmiente, los que hemos vivido en aquel tiempo sabemos que, entre los Obispos de todas las iglesias de Europa, se señalaban los Prelados españoles por sus ejemplares virtudes y generoso desprendimiento, y que lejos de mezclarse en negocios temporales, obedecían al Rey con profunda lealtad, sin hacer valer su obediencia. Escándalos había en el reino que todos lamentaban, cuyas funestas consecuencias eran fáciles de prever, y por no causar dolor al Soberano, que no los sabía ó los toleraba, los lloraba en secreto, sufriéndolos con resignación quizá excesiva, pues en remediar estos males iba el bien futuro del Rey y del reino. ¿Y podía temerse que Prelados tan virtuosos quisiesen dar la ley al Monarca y entrometerse en el gobierno de sus Estados? No. El soborno que Llorente deja entrever, y no el temor que se tuviese al clero, sería ciertamente lo que impidiese la ejecución de un proyecto ventajoso al país. Es de notoriedad que había entonces en Madrid una Casa de contratación en la que se vendían honores, empleos y por la cual era fácil conseguir toda especie de decretos Reales. Llorente no creyó oportuno nombrar esta Casa por motivos que honran su carácter (2).

(1) *Memorias* de D. Manuel Godoy, tomo II, pág. 240.

(2) La amortización de los Vales Reales la hubiera logrado el clero infaliblemente, sin otro talismán ni hechicería más que aplicar á las rentas decimales de la Corona el orden con que administraba las suyas. A la dispendiosa percepción del Ministro de Hacienda habría sustituído el método sencillo de recaudación practicado por sus honrados

El desorden en la administración de la Hacienda pública producía males tanto más graves, cuanto que el furor de la guerra no se aplacaba, y en vez de disminuir los gastos, había necesidad de aumentarlos. La invasión que los franceses acababan de hacer en Egipto era obstáculo nuevo y poderoso para llegar á la conclusión de la paz, porque la Gran Bretaña no podía consentir que este país fuese dominado por ellos sin exponerse á resultas muy perniciosas para su comercio. Así, pues, el Gabinete de Saint-James no dejó piedra por mover para suscitar á la Francia nuevos enemigos. A la verdad, las negociaciones para la paz del Imperio germánico continuaban en Rastadt, aun después que Bonaparte hubo partido para Egipto con la expedición de su mando; mas los Plenipotenciarios que componian el Congreso no arribaban al ajuste de un Tratado definitivo. El Austria y la Prusia, siempre en acecho la una de la otra, vivían recíprocamente temerosas de que su rival se engrandeciese con perjuicio suyo. En el Tratado mismo de Campoformio se hallaba un estorbo casi insuperable para la paz, porque determinaba por uno de sus artículos que el Rhin sirviese á la Francia de límite, y que se diesen al Emperador resarcimientos que compensasen las pérdidas sufridas por él en los Países Bajos y en Italia. ¿Cómo se darían estas compensaciones al Emperador? No era posible desmembrar la Baviera ni Salzburgo sin ocasionar trastornos en el Imperio. Además, la Prusia estaba resuelta á no permitir que la Casa de Austria se engrandeciese todavía

administradores. En los Cabildos de las iglesias Catedrales habría habido además sujetos inteligentes y prácticos, capaces de dirigir bien esta administración.

más en Alemania. La República francesa era la que por su parte vivía satisfecha con la extensión dada á sus fronteras, y estaba contenta, sobre todo, de enseñorear la Italia, por lo cual no tenía interés en volver á tomar las armas sino en el último extremo. A esto se agregaba que los franceses empezaban también á desear la paz, cansados ya de tantos horrores, guerras y continuos desasosiegos. Lo estipulado en Campoformio les satisfacía, y así no perdonaban diligencia por mantenerlo.

La Gran Bretaña trabaja por formar nueva coalición contra la Francia.

Mientras que la Francia, el Austria, la Prusia y los círculos del Imperio procedían con tanto miramiento para no volver á encender el fuego de la guerra, la Gran Bretaña trabajaba con el más fuerte ahinco en formar una nueva coalición contra la República francesa. Para ello le eran muy favorables los sentimientos de Pablo I, Emperador de Rusia. Sabido es que á su advenimiento al Imperio manifestó este Monarca ánimo resuelto de seguir en los asuntos de la Revolución francesa otro sistema diferente del de su madre, puesto que el nuevo Emperador se negó á concluir el Tratado de alianza con Inglaterra, que la Emperatriz tenía sobre la mesa la víspera de su muerte, con ánimo de poner su firma en él al día siguiente. Con todo, al cabo de algún tiempo el nuevo Emperador se declaró enemigo de los revolucionarios de París, y quiso reunir los esfuerzos de las principales Potencias de Europa contra la República francesa. Su primer conato fué obrar de acuerdo con los ingleses para poner

coto á las desavenencias y rivalidades del Emperador de Alemania y del Rey de Prusia, haciendo ver á entrambos Soberanos que el interés de la conservación de los tronos obligaba á todos los Estados á hacer resistencia abierta á la Francia. Al intento envió al Príncipe de Repuin á las Cortes de Berlín y Viena sucesivamente, Embajada ruidosa que no dejó duda ninguna acerca de la política del nuevo Czar. Duraron por espacio de muchos meses las negociaciones por no querer el Emperador Francisco empeñarse otra vez ligeramente en la contienda, ni el Rey de Prusia hacer abandono de su cara neutralidad. Referiremos después las gestiones y vivas instancias de la Rusia. Veamos ahora los sucesos que ocurrieron en el entretanto en el resto de Europa.

Política de la Francia.

Aunque el Directorio francés, obrando con loable cordura, no quisiese romper el Tratado de Campoformio, que le era provechoso, no por eso trabajaba menos por extender su influjo y dominación en los países vecinos á la República y por propagar al mismo tiempo las teorías democráticas en que estaba fundada. El hombre es propenso de suyo á promover y acreditar las ideas que tiene por ciertas; tendencia que se convierte en imperiosa necesidad y á las veces llega á ser verdadero frenesí cuando se le junta el interés de la propia conservación. Ese era cabalmente el caso en que creían hallarse los franceses. Habiendo destruído la antigua Monarquía, no se contemplaban seguros sino cuando en torno de la nueva República hubiese otros Estados democráticos que le sirviesen de escudo

para los combates en que pudiera verse empeñada en lo venidero. En algunos de los que componían el Gobierno francés obraba eficazmente el fanatismo, en otros la vanidad y en otros también el amor del dinero; pues por aquel tiempo esta sórdida pasión se entrometía en los negocios públicos más importantes, disfrazada unas veces, sin disfraz y aun con descaro en otras.

No era tan sólo el cuidado de la seguridad interior el que prevalecía en Francia; el deseo de engrandecimiento y el influjo de una desmedida ambición removían también las imaginaciones de los nuevos republicanos: fundar por todas partes Gobiernos democráticos era el afán del Directorio, creyendo ganarse por este medio el afecto de los demás pueblos, y en todo caso crearse un protectorado sobre ellos. Vamos á referir las variaciones que intentaron en Suiza, Nápoles y el Piamonte al descubierto y sin disfrazar sus intentos. A vista de estos trastornos fué, en verdad, no menos extraño que doloroso que el Rey de España no se alarmase con la destrucción de otras monarquías, ni hubiese tenido recelo de que tal sería el fin de la suya. ¿En qué podían fundarse las seguridades de su alianza?....

Intenciones del Directorio francés respecto á Suiza.

Uno de los Estados que por su proximidad á Francia llamaba la atención del Directorio más particularmente era la Suiza. Aun con ser su Gobierno verdadera democracia federativa, no satisfacía á los partidarios de la República una é *indivisible*. Como si los Estados no tuviesen existencia propia, fundada en

razones particulares, á cada uno de ellos el Directorio y sus agentes se propusieron alterar, no tan solamente el régimen teocrático de los romanos, sino hasta aquellas Repúblicas mismas que eran antiguas en Europa, denominándolas aristocráticas, y dando á entender por ello que la constitución de tales Estados, aunque republicana, era imperfecta por no estar fundada en los principios de absoluta y pura igualdad que servían de base á la Constitución francesa. Ya anteriormente el Directorio había sacrificado sin ningún reparo la existencia política de Génova y Venecia á sus intereses particulares. La Suiza, aunque más cercana al centro revolucionario, pudo llegar hasta el año 1797 sin graves trastornos ni compromisos, merced al prestigio de sus antiguas instituciones, á su neutralidad constante en las guerras de Europa y, sobre todo, á las atenciones urgentes que rodeaban al Gobierno revolucionario de Francia; pero la tempestad vino al cabo á descargar su furia sobre los cantones suizos, del mismo modo que lo había hecho sobre otros pueblos. Bonaparte, queriendo enviar 20.000 hombres desde Italia á París para sostener á la mayoría del Directorio contra los Diputados que formaban el club de Clichy, pensó que atravesasen por el Vallés y así lo dijo al Directorio; pero Barthélemy, uno de los Directores que había sido por largo tiempo Embajador en Suiza, era sujeto muy moderado y no pensaba del mismo modo que sus otros tres compañeros, Barrás, Teillard y Larevellière Lepaux (Carnot era también moderado): escribió, pues, á Bonaparte desaprobando su idea de violar la neutralidad de la Suiza y haciéndole ver cuán provechoso era mantenerla.

Carta de Barthélemy á Bonaparte.

«Ciudadano General: El Directorio Ejecutivo ha tomado conocimiento de vuestro proyecto de que pasasen tropas por el Simplón. Ya tenía noticia anteriormente de que había enviado esta proposición á la Dieta de Transcenfeldt y de que los cantones, naturalmente recelosos, estaban alarmados con tal solicitud. El Directorio está casi cierto, por avisos que transmite el ciudadano Bacher, de que la Dieta se opondrá al paso que se le ha pedido y de que se fundará para ello, tanto en los principios de neutralidad, como en que necesita obrar con suma prudencia, si se ha de mantener independiente y si el Cuerpo Helvético y sus aliados han de vivir con la seguridad necesaria. El parecer del Directorio ha sido que no debíamos exponernos á esta repulsa y que conviene evitar toda disputa con los suizos, que pudiera ocasionar tibieza entre ambos pueblos. Su ánimo fué siempre ofrecer testimonios tan claros de respeto y moderación á estos amigos antiguos de la Francia, que se diesen ellos mismos el parabién de haber preferido el partido de la neutralidad. La respuesta más concluyente á las calumnias que corren en Europa sobre nuestros planes de engrandecimiento, será respetar á todo Gobierno, por débil que sea, si es aliado nuestro. Vos lo sabéis mejor que nadie, General. La moderación y buena fe con los otros pueblos son los únicos medios de conservar las ventajas logradas por nuestros ejércitos y señaladamente por vuestras inmortales hazañas.

»Nada hubiera tan fácil como alegar motivos para

entrar por fuerza en el Vallés, pues tenemos por qué quejarnos de esta República; pero es flaca y sus faltas se hallan cubiertas con la magnanimidad francesa. Por otra parte, no se os puede ocultar que si declarásemos guerra á este país, provocaríamos por ello á sus aliados, que son los amigos más antiguos de la Francia, y el Gobierno no quiere dar el escándalo de que los pueblos libres peleen los unos contra los otros.»

Atropellamientos cometidos contra Suiza.

El hombre honrado que escribió esta carta tuvo que salir muy pronto del Directorio, y la Suiza se vió arrebatada por el torrente revolucionario de los amigos de la República. El Directorio se quitó al fin la máscara, y oyendo á los emisarios suizos que querían constituir á su país al modo de Francia y por principios puramente democráticos, trabajó por lograrlo. Aprobó el plan del tribuno de Basilea, Ochs, que, aboliendo todas las Constituciones particulares, erigía á la Suiza en República *una é indivisible*, á imitación de la República madre. Por último, á los manejos ocultos siguieron actos positivos y manifiestos. El General Burne, al frente de las tropas del ejército de Italia, exigió que se variase el Gobierno, que se reconociese la soberania del pueblo, que fuese destituída la oligarquía; en una palabra, que la Revolución francesa fuese reconocida también en Suiza. Después de mil tentativas y explicaciones para este objeto, las tropas del Cantón de Berna, que se mostraron celosas y denodadas por defender el honor nacional, hubieron de ceder á los soldados aguerridos del enemigo. Berna mudó su Gobierno, y al mudarle perdió 42 millones de francos que los con-

quistadores tomaron del Erario público. Los otros Estados también se sometieron á la influencia republicana. Estos sucesos pasaron en los primeros meses del año de 1798. El Directorio, al revolucionar la Suiza, se propuso también coger el tesoro de Berna para ocurrir á los gastos de la expedición de Egipto.

Estado *auténtico de lo que costó á la ciudad y Cantón de Berna la invasión de los franceses en* 1798.

Al entrar el ejército se tomaron del Tesoro.	7.000.000	francos.
De la moneda, barras, etc.	3.700.000	—
En contribuciones	4.000.000	—
Por compras de títulos	2.000.000	—
857 quintales de trigo, á 20 francos	16.700.000	—
6.000 carros de vino, á 240 francos	1.440.000	—
Artículos tomados en los arsenales	7.000.000	—
Total	42.280.000	—

Nueva forma de Gobierno de la Confederación Helvética.

La Suiza quedó entonces arreglada políticamente de esta manera. Los trece Cantones, el Estado de Saint-Gall y otras pequeñas Repúblicas que componían la Confederación Helvética, se reunieron todos, al parecer libremente, y en realidad por fuerza, para formar una sola República indivisible, democrática y representativa, con una nueva Constitución. El territorio de la Suiza fué dividido en 18 cantones. El Gobierno consistía en un Directorio compuesto de cinco miembros; un Cuerpo legislativo formado por dos Consejos, uno con el nombre de Senado, que consistía en cuatro

Diputados de cada Cantón, y el otro con el nombre de Gran Consejo, cuyos Diputados eran ocho por Cantón. En cada uno de éstos había, además, un Prefecto y otros Magistrados subalternos. La ciudad de Lucerna fué elegida por capital de toda la Helvecia, y en ella residían el Directorio, el Senado y el Gran Consejo.

Comunicóse el establecimiento de este Gobierno á todos los Soberanos, y se les notificó que era aliado de la República francesa. Por consiguiente, el Rey Carlos IV le reconoció al punto y envió sus credenciales al Enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario que tenía cerca de la República Helvética.

El reino de Nápoles es convertido en República Parthenopea.

Otro Estado, cuya Constitución había sido siempre monárquica, fué convertido también por los franceses en República, es á saber, el reino de Nápoles, en el cual se erigieron un Gobierno democrático parecido en todo al de Francia, con el nombre de *República Parthenopea* (1), creación poco duradera á la verdad, pero que fué precedida y acompañada de importantes sucesos, así militares como políticos.

Desde el momento que los perturbadores, apoyados por el ejército francés, proclamaron la República ro-

(1) El origen fabuloso de la ciudad de Nápoles fué el siguiente: *Parthenope*, una de las sirenas, después de haberse arrojado al mar despechada de no haber podido inspirar amor á Ulises, llegó á Italia, en donde murió trabajando en la construcción de una ciudad que llevaba su nombre de *Parthenope*. Los habitantes de aquel país la demolieron después, porque todos iban á vivir en ella, y Cumas se quedaba desierta; pero habiéndoles dicho el oráculo que para no padecer los horrores de la peste era menester volver á levantar la ciudad de *Parthenope*, la construyeron dándola el nombre de Neapolis, *Nápoles*.

mana é hicieron salir al Pontífice Pío VI de su capital preso y desterradó, la situación del Rey de Nápoles pareció ya sumamente arriesgada. El ansia de democratizar á todos los pueblos de Italia que aquejaba al Directorio francés y á sus partidarios, ponía en grave conflicto á Fernando IV por la vecindad de los Estados pontificios. La desconfianza no puede menos de ser viva entre Gobiernos de tan diferente naturaleza. Los insultos comenzaron inmediatamente por parte de los republicanos de Roma contra el Rey de Nápoles. Las propiedades que este Soberano poseía procedentes del patrimonio de la familia Farnesio, fueron secuestradas. Los republicanos de Roma emplazaron también á S. M. Siciliana para que hiciese pleito homenaje de su Corona al pueblo romano como heredero que era éste de los derechos del Papa. Salió á luz en aquella capital un papel que era una suerte de acusación fiscal contra S. M. Siciliana, por no haber reconocido á la nueva República ni abierto comunicaciones con ella. En este escrito se decía que Fernando IV era usurpador, puesto que reinaba en virtud de Bula pontificia. El Rey de Nápoles despreció tan continuas injurias y agresiones del nuevo Gobierno romano, y no hizo gestión ninguna que indicase propensión á reconocerle. Dando al desprecio la hostilidad de la nueva República, la naturaleza sola de su origen bastaba para no prestarse á entrar en relaciones con ella.

Carlos IV, aunque aliado de la República francesa, no quiso reconocer tampoco al nuevo Gobierno romano, ni consintió en ser el primero que abriese comunicaciones con él, para no dar lugar á creer que hubiese habido acuerdo ni aprobación de tales sucesos por su parte.

El Rey Carlos IV fija su atención en la isla de Sicilia para colocar en ella á su hijo D. Carlos.

El Rey Fernando IV, convencido de que el Rey de España, su hermano, era servidor de los revolucionarios franceses, no contaba para nada con sus consejos, y menos todavía con sus auxilios. A los primeros respondía, con razón, que cada cual debía obrar según la situación en que se hallaba, y que la suya era diversa en todo de la de su hermano. Por lo que hace á los segundos, no se le ocultaba que la alianza del Rey de España con los franceses le imponía la obligación de no prestar auxilio á los que se declarasen enemigos de la República, y que, por consiguiente, era inútil reclamarlos. Esta diversidad de situaciones acabó por entibiar de tal manera la correspondencia entre las Cortes de Madrid y Nápoles, que en el año mismo de 1798 corrieron más de ocho meses sin que el Rey y la Reina de España recibiesen más de una carta de sus parientes napolitanos, y ésta de pura ceremonia y riguroso cumplimiento. A tal punto llegó la frialdad entre ambas familias, que el Rey Carlos IV, teniendo ya á su hermano el Rey de Nápoles por desposeído, no tan solamente de este reino, sino también de la Sicilia, dado caso que se declarase la guerra contra la República francesa, puso la mira en la adquisición de esta isla, desentendiéndose de todo punto de la suerte que pudiese caber al Rey Fernando IV y á su familia. D. José Nicolás de Azara, Embajador de España en París, que tenía conexiones estrechas con el Directorio, hubo de entrever que la República se proponía separar á Nápoles de la Sicilia, é insinuó

al Rey Carlos IV que pensase en no malograr la ocasión y en colocar en esta isla al Infante-Duque de Parma con título de Rey, pues para ello pudiera alegarse que aquel reino perteneció al Rey de España, el cual no había podido nunca renunciarle según el derecho común, y que además no fuera la primera vez en que después de haber pasado á otra segunda rama de la casa de España por una renuncia semejante, había vuelto á incorporarse á nuestra Monarquía. Agradó á Carlos IV sobremanera el pensamiento de que la isla de Sicilia volviese á su Corona; previno á sus Ministros que tenía intención de coronar allí al Infante D. Carlos, su hijo segundo, manteniendo al Infante de Parma en sus Estados. Del contentamiento de los habitantes de Sicilia cuando se vieran regidos por un Príncipe de España, no era posible dudar, decía el Rey, pues así como siendo la isla gobernada por Virreyes aquellos naturales no podían estar nunca seguros ni satisfechos, la verían con satisfacción gobernada por una rama de la casa de España, que conserva allí un gran partido, y á cuya sombra prosperaría la agricultura y el comercio.

La República francesa propone al Rey de España que se haga dueño de Portugal.

No era de esperar, por cierto, que la República francesa quisiese engrandecer á la Monarquía española con la isla de Sicilia. La intención verdadera de los gobernantes franceses de aquel tiempo era servirse de la cooperación y de los auxilios del Rey Carlos IV, y en ningún caso aumentar sus Estados ni acrecentar su influjo. Grande fué la ceguedad del Gobierno del

Rey sobre esto, y lo más singular es que viniesen á nuestra Corte estas veleidades de ambición cuando no tenía probabilidades ni medios de satisfacerlas, mientras que, por otra parte, desdeñaba aquellos engrandecimientos que tenía en su mano lograr. Hemos visto que los franceses, no por bien de España, sino por hacer mal á Inglaterra, estimulaban sin cesar á nuestro Gobierno para que se apropiase algunas provincias de Portugal, territorio cuya adquisición nos era conveniente, y el Rey nunca se resolvió á tentar empresa que era tan provechosa. «Cien veces me han propuesto los Directores, decía Azara (1), la conquista de Portugal, echándome en cara la conducta que seguimos de no quererla admitir para nuestra Monarquía y la proporción que perdemos de redondearnos. El Director Treillard ha llegado á decirme que si tememos el paso de las tropas francesas por nuestro territorio, harán de manera que pasen por mar ó que tomen lo menos posible de terreno en España, añadiendo que observarán una disciplina ejemplar. Yo he desechado ésta y otras proposiciones semejantes, hasta declararles que no me hablen más de esa guerra, porque estando *mi amo tan decidido á no hacerla*, no contestaré más á ello.» ¡Qué fatalidad! Aquello que era asequible con nuestros propios medios y también conveniente bajo todos aspectos, no lo quería el Rey por no desposeer á su hija del trono de Portugal, ó por lo menos, por no menoscabar los Estados en que su hija había de reinar, y al mismo tiempo pretendía que la República le cediese la isla de Sicilia, olvidando el proceder de la Francia hasta allí. ¿Cuántas gestiones no había ya hecho hasta entonces el Gobierno de Madrid

(1) A D. Francisco Saavedra, 10 de Septiembre de 1798.

para que los Estados del Infante-Duque de Parma tuviesen alguna mayor extensión, cosa que hubiera sido tan fácil al Directorio conceder, y, sin embargo, no engrandecimiento, sino vejaciones y atropellamientos del territorio parmesano, habían sido el fruto de la amistad de la República y de sus promesas de mediación con los cisalpinos? Una sola vez propusieron los franceses que el Infante-Duque reinase en la isla de Cerdeña, y pidieron al Rey que les cediese por ello la Luisiana. ¿En qué se fundaba, pues, la esperanza de poseer la Sicilia?

Alianza del Rey de Nápoles con el Emperador de Alemania.

El Rey de Nápoles no contó con el apoyo de su hermano el Rey de España, ni en esta ocasión, ni en las demás desavenencias que sobrevinieron entre su trono y la República francesa. Su apoyo fué el Emperador de Alemania, que estaba interesado en recobrar los Estados que había perdido en Itália por el Tratado de Campoformio, como también en volver á adquirir el influjo que su posesión le daba en aquella Península; por cuyos motivos no podía menos de obrar de consuno con el Rey Fernando IV para obligar á los franceses á que volviesen á pasar los Alpes. Tal era, con efecto, el propósito del Emperador. No bien se había formado la República romana, cuando el Conde de Campochiaro se presentó en Viena en nombre y por encargo del Rey de Nápoles á firmar un Tratado de alianza con el Emperador; el 19 de Mayo quedó ajustado un convenio entre dicho Plenipotenciario y el Barón de Thugut. En el preámbulo se lee lo siguiente: «El Emperador y el Rey, viendo la rapidez de los su-

cesos de estos últimos tiempos y la necesidad de precaverse para el caso de nuevas turbulencias que pudieran agitar la Europa y señaladamente la Italia, SS. MM. Imperial y Siciliana, que se hallan unidos también por vínculos de parentesco, han tenido por conveniente ponerse de acuerdo sobre las medidas relativas á la conservación del sosiego público y á la seguridad de sus pueblos y Estados.» Por las disposiciones del Tratado, el Emperador se obligaba á mantener 60.000 hombres en Italia y en el Tirol, y el Rey de Nápoles 30.000 en las fronteras de su reino más inmediatas á los Estados austriacos. Si fuese necesario, el Emperador debería aumentar el número hasta 80.000 hombres, y el Rey de las Dos Sicilias hasta 40.000. En virtud de este Tratado, que se tuvo secreto, el Rey de Nápoles mandó levantar tropas y excitó para ello el celo de los barones y grandes feudatarios del reino. No eran solamente las agresiones de la nueva República romana las que inquietaban entonces al Gobierno de Nápoles; traíale también cuidadoso el armamento formidable de Tolón que se iba á hacer á la vela: ignorábase cuál fuese su objeto, ya principal, ya accesorio, y se recelaba que la ocupación de la Sicilia ó del reino mismo de Nápoles entrase en el proyecto. S. M. Siciliana contaba, á la verdad, para este caso con la escuadra inglesa al mando del Almirante Nelson, y con cuantos socorros pudiese dar la Gran Bretaña, porque el Gobierno británico estaba muy resuelto á sostenerle, impidiendo así que los franceses se hiciesen dueños de toda la Italia.

Unión que existía entre la Corte siciliana y el Gobierno británico.

La unión de S. M. Siciliana con la Inglaterra era íntima. Bastaba la reciprocidad de intereses para que los dos Gobiernos obrasen en todo de común acuerdo; pero además de las consideraciones políticas, hubo también otras circunstancias que fomentaron la unión de los dos Gabinetes y la hicieron más estrecha. En la Corte del Rey Fernando IV se llegó á formar una atmósfera, por decirlo así, inglesa. Todas las personas que tenían influjo con el Rey y la Reina eran afectas al Gobierno británico. Conviene dar idea de cada una de ellas para que pueda formarse concepto más cabal de los sucesos de aquel tiempo.

Acton.

Acton, primer Ministro de Fernando, gobernaba la Monarquía en su nombre. El ascendiente que tenía sobre el ánimo del Rey, y en especial sobre el de la Reina, era tal que su poder en el reino podía llamarse ilimitado para la dirección de los negocios de Estado. Irlandés de origen, había nacido en Francia, en 1737, en Besançon. Al concluir los estudios, entró á servir en la Marina. Pasó después á Italia y tomó servicio en Toscana. Cuando Carlos III, Rey de España, envió la expedición contra Argel en 1775, mandada por el General O'Reilly, Acton fué gobernando buques toscanos y cooperó á la empresa. Sus admiradores dijeron entonces que por su diligencia y capacidad se

salvaron 3 ó 4.000 españoles que hubieran perecido infaliblemente sin los socorros que él les dió. En la relación del verídico D. José Mazarredo, que era Ayudante Mayor General de la escuadra, sobre las operaciones navales de esta expedición, no se hace mención de este hecho; pero sí se lee que Acton mandaba las fragatas toscanas en la rada de Argel en el momento del reembarco de las tropas, y que contribuyó á ejecutar, por su parte, las providencias marineras con orden y celeridad. Como quiera que fuese, su conducta en esta ocasión le granjeó nombradía, y el Rey de Nápoles, á propuesta del Marqués de Sambucca, su Ministro, le ofreció servicio en su armada. Acton aceptó el ofrecimiento, y como el Gobierno napolitano hubiese pedido al Gran Duque de Toscana su beneplácito, dijo éste al Rey en respuesta que, si bien Acton era sujeto muy entendido, convendría estar á la mira de sus acciones por ser sumamente travieso, y, por consiguiente, peligroso. Al cabo de algún tiempo supo hacerse lugar con el Rey de Nápoles, y sobre todo con la Reina, lo cual le facilitó la entrada en los Ministerios de Guerra y Marina, y después en la dirección de todos los negocios del reino. Acton hacía alarde de aborrecer á los franceses.

Noticias sobre Lady Hamilton.

En aquella sazón era Embajador de Inglaterra en la Corte de Nápoles el caballero Hamilton, sujeto que gozaba en ella de estimación y aprecio por su instrucción y buenas prendas; pero cuyo influjo en los negocios públicos hubiera sido mucho menos eficaz sin el enlace matrimonial que contrajo con Emma Lyon ó

Harte, célebre después con el nombre de Lady Hamilton, la cual, por la amistad estrecha que la unió con la Reina Carolina y por la pasión que encendió en el corazón del Almirante Nelson, tuvo gran parte en los sucesos acaecidos en el reino de Nápoles. Las *Memorias* de aquel tiempo contienen muchos pormenores sobre la vida de esta mujer extraordinaria. El caballero Hamilton, habiendo quedado viudo en Nápoles, hizo un viaje á Inglaterra al cabo de veinte años de ausencia de su patria. El motivo de su viaje fué impedir que su sobrino, M. Carlos Grenville, de la familia antigua de los Warwick, se casase con Emma Lyon, mujer muy hermosa, tan interesante por sus gracias como despreciable por la vileza de sus costumbres. Se ignora dónde nació: lo que se sabe únicamente es que era de muy baja extracción, y que habiendo entrado de niñera en una casa, salió de ella para darse á la prostitución. Andando por las calles de Londres en el último grado de envilecimiento, la casualidad hizo que diese con un charlatán que se hacía llamar el *Dr. Graham*, al cual, como la viese tan hermosa, le vino el pensamiento de exponerla á los ojos del público cubierta de un cendal, en representación de Hygia, hija de Esculapio, venerada de los antiguos como la diosa de la Salud. Sabido es que en un templo de su padre, en Sicyone, había una estatua de esta diosa cubierta con un velo, á la cual las mujeres de la ciudad venían á hacer ofrenda de sus cabellos. Cuando Emma pareció así ante los pintores, escultores y curiosos de Londres, venidos en tropel á admirar á la *Diosa de la Salud*, la capital se llenó de estampas que representaban á este personaje mitológico. Romey, cuyo pincel era entonces tan celebrado, la expuso bajo todas las formas imaginables de Venus y de Cleó-

patra, y lleno de los encantos del modelo, sintió una pasión ardiente por él. Pero Emma, no menos ambiciosa que bella, puso sus miras más altas, y á favor de su habilidad y hermosura llegó á coger en sus redes á M. Carlos Grenville, conocido por su talento é instrucción y por sus buenos modales. Tuvo de ella tres hijos. Su pasión por Emma era tan vehemente, que se hubiera casado con ella si su tío el Embajador no hubiera ido á oponerse á su designio. El caballero Hamilton regresó á Nápoles sin haber visto á la hechicera. No tardó M. Grenville en verse arruinado; dió todos sus empleos, y se halló en la dolorosa necesidad de quitar á Emma los auxilios que le daba: esto sucedió cabalmente en el momento en que, más apasionado que nunca, iba á casarse con ella, á pesar de la oposición del tío. En situación tan apurada, no le quedó más recurso que enviar á Emma á Nápoles para que viese á su tío y le expusiese la estrechez que padecía. Cuando el Embajador hubo visto á Emma, perdió enteramente el seso; su entusiasmo fué tal, que dejó muy atrás á su enamorado pariente.

Hízose, pues, un convenio entre ambos, es á saber: que el tío pagaría todas las deudas del sobrino, y que éste cedería al tío por su parte todos los derechos que pudiese tener á la persona de Emma. En virtud de este arreglo, Sir William Hamilton quedó por poseedor exclusivo de la sirena, la cual se condujo con juicio y reserva y vivió en la casa misma del Embajador. Emma tenía despejo y penetración, y así adquirió pronto al lado del Embajador todo lo que se necesitaba para alternar con las gentes bien criadas de Nápoles, si bien la nobleza, aunque no se picase mucho de severidad en punto á costumbres, rehusaba tratar á la concubina del caballero Hamilton, por cu-

yo motivo éste se decidió por fin á casarse con ella, á fin de que pudiese presentarse en la Corte de Nápoles y en las reuniones principales de la nobleza de aquella capital. Para realizar el matrimonio, hizo el Embajador un viaje con Emma á Londres, aunque de corta duración, y volvieron los esposos á su antiguo destino. No bien el caballero Hamilton hubo presentado á su mujer en la Corte, cuando la Reina Carolina y Lady Hamilton se unieron ya muy estrechamente. Todos los días había fiestas en Palacio. En ellas la Reina y Lady Hamilton iban siempre vestidas del mismo modo y conversaban con grande familiaridad. La Reina tenía cenas secretas, á las que convidaba al Ministro Acton y á la Embajadora de Inglaterra. Esta dormía en el cuarto mismo de su augusta amiga. Las damas de honor estaban obligadas á guardarle las mismas atenciones que á la hija de María Teresa, no sin mostrar á veces repugnancia por ello. Dícese que en las crisis que vinieron después, algunas de las damas expiaron cruelmente su antipatía por la bella inglesa y que fueron comprendidas en las listas de reos de Estado.

La época más memorable de la vida de Lady Hamilton fué el tiempo en que conoció al Capitán inglés Horacio Nelson, Comandante del navío de línea *Agamenon*, enviado á Nápoles con una Comisión por el Almirante Hood en 1793. Como el Embajador y su mujer gozasen de gran favor en la Corte, el Capitán Nelson les visitó. Parece que lo mismo fué verse y hablarse, que quedar prendados mutuamente los unos de los otros. El hecho es que el caballero Hamilton y su mujer hicieron las más vivas instancias á Nelson para que se hospedase en su casa, y que aceptó sus ofrecimientos. Desde entonces comenzó una amistad íntima

ma entre estos célebres personajes. Nelson manifestó el entusiasmo más vivo y la adoración más tierna por Lady Hamilton, cuya circunstancia, así como la gloria que este célebre marino adquirió, afianzaron y estrecharon más en lo sucesivo la amistad de la Reina Carolina y de la Embajadora inglesa (1).

(1) Acusan á Lady Hamilton de haberse mostrado inhumana en el suplicio del Príncipe Caraccioli, el mejor de los Oficiales de la marina napolitana, el cual, habiendo reconocido á la Republica *Parthenopea*, fué preso á su regreso desde Messina á Nápoles y ahorcado de las vergas de una fragata. Lejos de haber intercedido por el Príncipe, culpable sin duda ninguna, pero merecedor de indulgencia por sus cualidades personales y por sus servicios, Lady Hamilton tuvo la inhumanidad de presenciar tan horrendo espectáculo. Nelson, por lo menos, aunque firmó la sentencia de muerte de este marino, se apiadó de su desgraciada suerte y derramó lágrimas á vista de tan lamentable destino.

Cuando la Corte de Nápoles regresó á la capital en el año de 1800, el Gobierno inglés tuvo por conveniente llamar á su Embajador á Inglaterra, y cesó así su Embajada. Nelson dejó también el mando de la escuadra y acompañó á su adorada Lady Hamilton á Londres; pero el escándalo de sus amores ofendió vivamente á los ingleses, acostumbrados á respetar la santidad del matrimonio. El alto aprecio que gozaba justamente el bizarro marino no fué bastante á ponerle á cubierto de la censura publica. Por lo que hace á Lady Hamilton, el entusiasmo que algunos de sus compatriotas tuvieron por ella en otro tiempo, se trocó en horror cuando se supo en Inglaterra su conducta en Nápoles. Viviendo todavía su marido dió á luz secretamente una niña, á la cual puso por nombre Nelson. Poco tiempo después murió el caballero Hamilton, y su viuda se retiró á una casa de campo que Nelson había comprado para ella. Sabido es que en el año de 1805 este héroe murió gloriosamente en la batalla de Trafalgar. Después de este suceso, Lady Hamilton se entregó á sus perversas inclinaciones, y disipó en breve tiempo los bienes que le habían dejado su marido y su amante. Reducida desde entonces á una muy corta pensión, pasó á Francia, en donde residió en una casa de campo en las inmediaciones de Calais, hasta 1815, en cuyo año falleció.

Nelson.

De regreso de la escuadra, Nelson tuvo siempre á gran ventura que los intereses del servicio marítimo le llevasen á Nápoles. Fueron varios los viajes que hizo á esta capital; pero no haciendo á nuestro propósito referirlos todos, mencionaremos tan solamente su arribo el 16 de Junio del año de que hablamos (1798) mandando la escuadra inglesa, que entró en el Mediterráneo en busca de la expedición de Tolón. Habiendo pasado en su chalupa á casa del Embajador, halló allí á la Reina, que fué de incógnito, con la cual tuvo una conversación secreta. Luego que la Reina se retiró, fué servido un banquete suntuoso, y en él Lady Hamilton, que le presidía, pronosticó delante de todos los convidados que la escuadra francesa sería destruída. Nelson, animado con los vaticinios de su amante, juró morir en la demanda ó volver victorioso. A la cena siguió un baile. Al día siguiente toda la ciudad supo ya el motivo de este regocijo. Aquella noche misma el Almirante volvió á bordo de su navío, y con ayuda de pilotos napolitanos dobló el estrecho de Messina, que es muy peligroso.

Preparativos de guerra en Nápoles.—A petición del Rey de las Dos Sicilias, el Emperador de Alemania envía al General Mack para tomar el mando de las tropas napolitanas.

Fácil es de comprender el regocijo de Nápoles cuando ancló allí la escuadra victoriosa con el héroe que la mandaba. Al ver realizadas aquellas esperanzas tan

gloriosamente con la destrucción total de la escuadra francesa de Aboukekir; al considerar que los navíos que estaban delante del puerto acababan de dejar libre al Mediterráneo de la dominación francesa, y que Nelson, triunfante, venía á presentar allí los trofeos de tan brillante jornada á los ojos de la Corte y del pueblo, con quienes estaba tan bien quisto, no se guardó medida en las demostraciones contra la Francia. Más bien que alborozo, pudiera llamarse delirio el que hubo en la Corte y en el pueblo. En vano el Rey, que era de carácter detenido y más propenso también á la paz que los demás personajes de su Palacio, quiso moderar aquel ardor inconsiderado. La Reina, que tenía sobre el Rey Fernando IV un imperio irresistible, y el Ministro Acton, que, separado por un instante del Ministerio, recobró de nuevo su anterior influjo, lograron superar la repugnancia del Monarca. *Guerra contra los franceses*, fué el clamor universal. El Gobierno no pensó ya en otra cosa más que en tomar medidas para el buen éxito de la contienda. Ni contestó siquiera á las reclamaciones del Encargado de Negocios de la República, *Lachaise*, que se quejaba de que hubiese sido recibida en Messina la escuadra de Nelson y de que se le hubiese provisto de víveres para que siguiese su derrotero por el Mediterráneo, en contravención al Tratado con la República francesa. Los preparativos de guerra continuaron con mayor actividad. Ya anteriormente se había mandado por un decreto del Rey que todos los napolitanos, aun los individuos de la Familia Real, fuesen soldados, desde la edad de diez y siete años hasta la de cuarenta y siete, y que estuviesen obligados á ejercitarse en las evoluciones militares para poder marchar al primer aviso. Ahora se dispuso la pronta formación de un ejército de

40.000 hombres que debía ir inmediatamente á las fronteras. Y como para mandar las tropas con acierto se tuviese necesidad de un General hábil y experimentado, el Rey pidió al Emperador que le enviase un Jefe capaz de medirse con los Generales franceses. Al ver la Corte de Viena los preparativos marciales de Nápoles, le envió sin pérdida de tiempo al General Mack, quien se puso al punto en camino y llegó á Nápoles en los primeros días de Octubre de 1798. Mack era Oficial instruído y de vasta capacidad para la formación de planes de campaña, si bien á estos conocimientos teóricos no acompañaban, según parece, otras prendas que son indispensables en el que ha de mandar ejércitos; por lo menos no hizo ver que las tuviese en las acciones militares en que se halló, ya anteriores, ya posteriores á la campaña de Nápoles. Es justo decir, por lo que respecta á las desgracias que ocurrieron en ésta, que un General extranjero que dirigía tropas bisoñas ó indisciplinadas, se hallaba por el mismo hecho en situación sumamente desventajosa.

Mientras tanto que en Nápoles se tomaban disposiciones para dar principio á la guerra, los Directores franceses, lejos de apagar el fuego, le encendían más, con las notas arrogantes de sus Agentes diplomáticos y con las vehementes declamaciones de las *Gacetas* contra aquella Corte. No es esto decir que los republicanos de París quisiesen romper los primeros la guerra, pues bien veían que abriéndola ellos mismos arriesgaban todo lo que habían conseguido por el Tratado de Campoformio, habiendo de seguirse al rompimiento con Nápoles las hostilidades contra el Emperador. Pero se ofendía fuertemente el orgullo republicano de que el Gobierno de Nápoles se preparase á disputar la existencia á algunos Estados democráticos

creados por la Francia en Italia, y, sobre todo, á la República romana. *El Redactor*, que era el papel periódico protegido por el Directorio, hablaba de este modo el día 3 de Octubre: «¿De dónde viene la increíble demencia que arrastra á la Corte de Nápoles á su perdición? Las demás Potencias del continente, después de una guerra tan larga, cediendo por fin al clamor general de los pueblos, dejan todas las armas, y en este mismo instante un *reyezuelo*, el último de los que hubiera interés en destronar, ¿quiere aparecer con talante marcial? Todos los napolitanos desde la edad de diez y siete años hasta la de cuarenta y cinco son soldados, según el último decreto publicado en aquel reino, y todos tienen que ejercitarse en el manejo de las armas para estar prontos á marchar al primer aviso. El *miedo* es el que ha aconsejado esta medida impolítica á *Sus Majestades* (hay tres Majestades en Nápoles, es á saber: la Reina, Acton y, en fin, el Rey); tiemblan á los franceses, á los cuales han ofendido antes y después de la revolución, con la preferencia escandalosa que muestran por los ingleses y con las persecuciones que han tolerado y promovido contra los agentes de la República y contra todos los franceses; temen á muchos de sus propios vasallos exasperados con toda suerte de vejaciones, pues hay todavía en las cárceles una multitud de ciudadanos honrados que pertenecen á las familias más distinguidas del país; y, sobre todo, lo que les asusta más es esa República romana que toca al reino de Nápoles y, por decirlo así, le amenaza. ¿Por qué, pues, retarla?»

El Redactor examina después qué es lo que hubiera debido hacer en las críticas circunstancias una Corte que hubiese estado dirigida por sanos principios y no por *una mujer irritable*, *altanera*, *inconsiderada*, y á

este propósito traza un plan de la conducta que tenía. Allí se achacaba á la Corte de Nápoles el fomento de las insurrecciones, «que se manifiestan cada vez más en el país romano y no se apagan sino con sangre, la rebelión de Terracina, el asilo concedido á los insurgentes..... Por otra parte, esta Potencia imprudente, proseguía *El Redactor*, en contravención á sus Tratados con Francia, ha admitido en sus puertos á la escuadra inglesa, que corrió presurosa, aunque inútilmente, en busca de Bonaparte, la cual peleó después con la ventaja del número y de la posición contra los navíos que llevaron su ejército á Egipto. ¿Cómo podría dejarse sin castigo semejante atrevimiento, ni ser olvidada tal inconsecuencia, en caso que estas *provocaciones suscitasen la guerra en el continente?* No. En vano el Rey de Nápoles habría fortificado al Garigliano y á Gaeta. Si una pronta paz continental no viene á servir de broquel á su reino, un crecido tropel de republicanos de diferentes naciones pasará el riachuelo que separa al territorio napolitano de la República romana.»

Mucho más directa fué todavía la acometida que el poeta Chénier hizo contra el Rey de Nápoles en la *Proclama del Cuerpo legislativo al pueblo francés*, que era obra suya. «Si algunos atletas coronados, decía, sentidos de sus anteriores reveses quisiesen volver á entrar en lid, en tal caso, por la voz solemne de los dos grandes Cuerpos del Estado, la República francesa daría otra vez la señal de la victoria, y vosotros, franceses, responderíais unánimemente *estamos prontos á pelear*. ¿Hay alguna nación que se halle ya á punto de declararse libre? ¿Cuál es el Monarca que se siente fatigado de reinar?»

El Rey de Nápoles rompe las hostilidades contra la Francia.

Este lenguaje manifestaba que la próxima destrucción de la Monarquía de las Dos Sicilias se tenía por cierta en París, llegado que fuese el caso de romperse la guerra contra el Emperador de Alemania. Digo *llegado* este caso, porque á pesar de los denuestos de las *Gacetas* francesas y de sus furibundas declamaciones contra los napolitanos, el Directorio no pensaba empeñarse en la guerra ni acometerlos hasta no ver el resultado de las negociaciones con el Austria, en lo cual obraba con cordura. Pero el Gabinete del Rey Fernando IV, no tan mirado como el Directorio, abrió de repente la campaña, sin aguardar á que los imperiales se moviesen y llamasen hacia ellos la atención de los ejércitos republicanos desparramados en Italia. Las divisiones napolitanas se pusieron en marcha contra los franceses que guarnecían los Estados de la nueva República romana.

¿Por qué no aguardó el Gabinete de Nápoles á ser sostenido por los ejércitos imperiales? ¿Cómo fué que se determinase á acometer á los franceses antes de que aquéllos hubiesen amenazado su flanco? Varios fueron los motivos que le decidieron á obrar así. Los insultos de la República romana contra el Rey y la Reina de Nápoles; los reconocimientos que se practicaban de orden del Gobierno romano en las fronteras de Nápoles para señalar los puntos vulnerables de ellas; la llegada á Roma del General Championnet, que era uno de los revolucionarios más ardientes, todos estos antecedentes no dejaban duda ninguna de que se medi-

taba una agresión. A la verdad, el momento de realizarla no estaba determinado todavía ni era quizá inminente, porque el Directorio no quería entrar en guerra con el Emperador, y, por otra parte, no conseguía tampoco la neutralidad de la Prusia. Era, pues, claro su designio de ganar tiempo para dar el golpe con seguridad. El estado del ejército francés en Roma no era tal que pudiese inspirar grandes temores por entonces: su número no era considerable; se hallaba también mal provisto de artillería, ya por los suministros de esta arma hechos para la expedición de Egipto, y ya por el ansia de dinero que tenían los empleados en la Hacienda pública, los cuales vendieron casi todas las piezas de artillería que había en Roma. Las tropas estaban mal vestidas y peor pagadas; su mantenimiento no era tampoco abundante. A estos motivos de acelerar el rompimiento se añadía que Nápoles no tenía recursos para conservar en pie por largo tiempo un ejército tan considerable como el que acababa de levantar, y que permanecer en inacción era arruinarse. El ejército napolitano ascendía á 120.000 hombres, y aunque su organización fuese defectuosa, así por haberse llenado los cuadros de los regimientos con reclutas bisoños, como por carecer de buenos Oficiales, se esperaba que el entusiasmo podría suplir á la disciplina. Puestos todos los motivos en la balanza, se inclinaba ésta en favor de las hostilidades. En tal estado se hallaban las cosas en Nápoles, cuando llegó Nelson del bloqueo de Malta con dos navíos de línea y 150 franceses de que se había apoderado en la toma de la isla de Gozzo. Su arribo enardeció los ánimos, y el Rey anunció de oficio que iba á partir para ponerse á la cabeza de sus tropas. El Emperador no había movido todavía sus ejércitos,

mas no era dudoso que los movería dentro de muy breve tiempo.

Tratado entre Nápoles é Inglaterra.

Por lo que hace á Inglaterra, el Marqués de Gallo y el caballero Hamilton firmaron el 1.º de Diciembre en Nápoles un Tratado. Por él se obligaba el Rey de la Gran Bretaña á mantener en el Mediterráneo fuerzas navales superiores á las del enemigo, y el Rey de las Dos Sicilias á contribuir por su parte á este armamento con un contingente y á cesar todo comercio con los franceses. Un día antes se ajustó otro Tratado en Petersburgo con el Emperador de Rusia por el Duque de Serra Capriola, Embajador de S. M. Siciliana. Además de las escuadras rusa y otomana que tenían orden de entrar en el Mediterráneo, Pablo I prometía enviar un socorro de tropas de tierra, compuesto de nueve batallones de infantería, con la artillería correspondiente y 200 cosacos.

Mack penetra en el territorio de la República romana á la cabeza de 40.000 napolitanos.

Mack penetró en el territorio de la República romana con 40.000 hombres. A su entrada había precedido la publicación de un manifiesto del Rey de Nápoles. Una división napolitana fué conducida á Liorna por mar en los navíos de Lord Nelson, y en virtud de un convenio con las autoridades toscanas tomó posesión de la ciudad. El General Championnet, que acababa de encargarse del mando del ejército republica-

no en el Mediodía de la Italia, vió que no le era posible mantenerse en Roma con sus pocas fuerzas, las cuales no pasaban de 16.000 hombres. Así, pues, dejando abastecido el castillo de Sant Angelo, salió de Roma habiendo prometido antes al Comandante que quedó en él que antes de treinta días estaría de vuelta en aquella capital, triunfante de sus enemigos. Partió, pues, de Roma y dejó la entrada libre al Rey de Nápoles. Las instrucciones comunicadas por el Directorio á Championnet le prescribían que en caso de ser acometido por las armas napolitanas, se retirase á los confines de la República cisalpina, en donde se apoyaría en el ejército principal, que mandaba el General Joubert; pero Championnet, creyendo ver timidez en estas precauciones y quizá también mengua y deshonor para sus tropas, se contentó con salir de Roma acompañado de los Comisarios franceses, del Senado, de los Cónsules, del Tribunal romano y de toda la demás comparsa democrática, en la que había también jóvenes que pertenecían á familias distinguidas de Roma, entre ellos los Príncipes Borghese y Santa Croce, y siguió su retirada hasta las montañas. Allí dejó un puesto avanzado para observar á la vez el camino antiguo que va desde Roma á Civita Castellana y el que lleva á Milán, y se situó con el grueso de sus batallones detrás de Civita Castellana, cuyo fuerte hizo ocupar. Fortificó también el puente de Borghesto sobre el Tíber. El General Lemoine se estableció en Rieti y el Cuartel general en Terni.

Entrada del ejército napolitano en Roma.

Retirado el ejército francés de Roma, Mack condujo allí en triunfo al Rey de Nápoles el día 29 de No-

viembre. Al día siguiente, este Soberano recibió en su Palacio *Farnesio* los homenajes de los grandes Prelados y de las diferentes Corporaciones de la ciudad. El populacho, nada afecto á los comediantes, que con sólo haberse revestido las togas de los antiguos Cónsules romanos pretendían estar adornados de sus virtudes civiles, corrió por todas partes destruyendo las armas de la nueva República, arrancando los árboles de la libertad y poniendo en su lugar cruces expiatorias. La plebe atropelló á los judíos: de ellos hubo algunos que fueron muertos y arrojados al Tíber. En una palabra, la entrada del Rey de las Dos Sicilias en Roma fué la señal de una reacción espantosa. El Monarca triunfador creó allí un Gobierno provisional, y escribió al Papa, que á la sazón se hallaba en la Cartuja de Florencia, para que viniera á sentarse en su trono pontificio, por más que le constase que Pío VI no estaba en libertad. Fué de muy corta duración este uso de la autoridad soberana, porque el ejército que había de mantener al Rey en Roma comenzó al punto á sufrir descalabros y se vió obligado á encerrarse otra vez en el territorio napolitano.

Reveses de los napolitanos.—Rendición del General Moeick en Otricoli.—Entrada de los franceses en Roma.—Proclama del Rey de Nápoles á sus vasallos.—Partida de la Familia Real de Nápoles para Sicilia.

Mack había creído que los franceses, sobrecogidos con la invasión de los napolitanos, no se detendrían en su retirada hasta llegar á la alta Italia; así, en vez de perseguirles, perdió cuatro días en varias intimaciones al castillo de Sant Angelo. Sabedor, por fin,

de que Championnet se había detenido, mandó á sus diferentes columnas que le cargasen; pero éstas lo hicieron con éxito tan poco venturoso, que el día 5 de Diciembre habían ya perdido la tercera parte de las tropas que tomaron parte en la pelea y 15 cañones. Intentó después, también sin fruto, forzar el centro del ejército enemigo en Terni. Championnet, advertido de que tal era el designio del enemigo, concentró sus fuerzas y resistió al ataque. El General austriaco Moeick se rindió en Otricoli con 4 ó 5.000 prisioneros. En virtud, pues, de éstos y otros contratiempos, Mack emprendió su retirada el día 11 de Diciembre. El 15 los franceses habían vuelto á entrar en Roma, después de diez y siete días de ausencia, en los cuales habían muerto ó hecho prisioneros 15.000 napolitanos, tomándoles 40 cañones, 20 banderas y todos los equipajes de aquel ejército, que estaba tan abundantemente provisto. Mack salió de los Estados de Roma sin detenerse, y fué á rehacer las tropas detrás del Volturno, al abrigo de los baluartes de Capua. El Rey Fernando IV, después de un corto descanso en Caserta, adonde se dirigió primero, llegó á Nápoles, y deseoso de consultar con la Reina y con el Consejo, llamó á Gallo, á Nelson, á Hamilton, á Caracciolo y á Pignatelli, y les dijo que las tropas habían manifestado cobardía y los Generales mala voluntad; que Mack había extendido demasiado su línea de operaciones, y, en fin, que la empresa se había desgraciado completamente por diversas causas, de que hizo mención. Los brillantes proyectos de agresión y de conquista se trocaron entonces en necesidad urgente de atender á la propia defensa, porque los franceses, con impetuosidad propia de su carácter, se adelantaban ya dentro del territorio napolitano, fiados, más acaso que

en el valor de sus tropas, en el desaliento de los soldados vencidos, en los manejos del partido afecto á los franceses y contrario á la Corte y en la confusión que acompaña siempre á semejantes invasiones. Por grandes esfuerzos que Mack hiciese, no parecía posible á los Generales franceses que un ejército ya desordenado y, sobre todo, receloso del Jefe extranjero que le mandaba, pudiese volver á ordenarse. Para conjurar la tempestad, no quedaba al Rey de Nápoles más medio que inflamar al pueblo, llamándole á la defensa de su Soberano, de sus hogares, de su religión y de cuanto tenía de más caro. «No, amigos míos, decía el Rey en la proclama que hizo á sus vasallos; no, mis hermanos queridos, no hay que engañarnos: si no corréis presurosos á defenderos, lo perderéis todo, la Religión, la vida, los bienes; veréis deshonradas á vuestras mujeres, á vuestras hijas, á vuestras hermanas. A las armas, pues, mis leales vasallos; poneos en defensa; salid al encuentro del enemigo; no le dejéis entrar en el reino, ó si penetrase en vuestro territorio, que halle en él su exterminio. Invocad el patrocinio de vuestro gran protector San Jenaro. Poned vuestra confianza en Dios, que sostiene siempre á los que pelean por la justa causa.» Entre tanto el ejército francés se adelantaba, sin que los cuerpos militares napolitanos le opusiesen seria resistencia. Venciendo los obstáculos del mal temporal, continuaba su marcha hacia San Germano, dirigiéndose á Nápoles. El pueblo se mostraba muy animado contra los franceses: no así la nobleza, que propendía á entrar en parlamento con Championnet, ni los partidarios de la revolución, que, viendo la proximidad de las tropas republicanas, tenían á gran ventura su llegada á Nápoles para plantear la forma de gobierno de que eran tan ardientes admiradores. Con

todo, el Rey estaba resuelto á defender su Corona, contando con la lealtad y el valor de su pueblo; mas no tardó en ver que con la exaltación de las pasiones populares andaba también mezclado el desorden, y que, por lo tanto, la muchedumbre, á pesar de sus encarecidas promesas de fidelidad, valía realmente mucho menos de lo que aparentaba, pues aquella situación crítica pedía, ante todas cosas, obediencia á las leyes y mantenimiento de la paz pública. Llegó á Nápoles un correo del Emperador de Alemania, por el cual aquel Soberano hacía saber al Rey Fernando IV que no había aprobado la invasión de los Estados romanos, puesto que el Emperador no estaba pronto todavía, por su parte, para entrar en campaña, y que así el ejército napolitano había quedado reducido á sus solas fuerzas, sin esperanza de que se pudiese llamar la atención de los franceses por la alta Italia. Esta noticia consternó al Rey y á la Reina, y siendo de tan grande importancia, mandaron que el correo pasase á la bahía á abocarse con Nelson. En el camino el populacho, teniendo al correo por francés, cargó sobre él y le trajo cubierto de heridas ante el balcón del mismo cuarto del Rey. Todos los extranjeros que había en Nápoles se llenaron de espanto con este suceso, porque ansiosa la plebe de saciar su enojo contra los franceses, buscaban víctimas por todas partes. Creciendo así la confusión por instantes, y solicitando vivamente las personas más principales de Nápoles que se capitulase con el enemigo, el Consejo de Ministros envió al General Championnet una Diputación compuesta del Marqués de Gallo, primer Ministro; del Embajador del Rey de España, y del Ministro cisalpino. El Rey Fernando IV quiso ocultar así su determinación de ausentarse, pues por consejo

de Nelson y del caballero Hamilton partió con la Reina y sus hijos para la Sicilia, dejando á los napolitanos expuestos ó á las vejaciones é insolencias del soldado extranjero, ó á los atropellamientos y ciegas venganzas de las clases más bajas. Championnet ni recibir quiso siquiera á la Diputación que iba á pedirle la paz, y antes bien la hizo saber que él no tenía orden para concluir ningún ajuste, sino para marchar contra Nápoles.

Mack se ve obligado á refugiarse en el real enemigo.—Nueva forma de gobierno en Nápoles.

El General francés obró en esto con visible imprevisión é imprudencia, pues su situación distaba mucho de ser ventajosa. En vez del triunfo que creía alcanzar, se expuso á perder todo su ejército. Habiéndose internado en el territorio napolitano, se halló rodeado de una población enemiga que interceptaba sus comunicaciones, hacía prisioneros pequeños destacamentos y dificultaba hasta el mantenimiento de las tropas. Mack había llegado por fin á reunir y organizar á fuerza de diligencia y trabajo un ejército de 30.000 hombres, con el cual se estableció en un campo atrincherado cerca de Capua. El río Volturno, que es allí profundo y no tiene vado ninguno, le proporcionaba una línea de defensa que era inexpugnable. El ejército francés se veía, pues, en muy grave compromiso. La fortuna se place á veces en favorecer á los imprudentes, y sacó de este apuro á Championnet y á sus soldados, y por sucesos que no nos es dado referir circunstanciadamente, como querríamos, les puso en posesión del reino de Nápoles, ayudados por un par-

tido que había allí entusiasta de las máximas de la Revolución francesa. Mack, habiendo perdido la confianza de sus propias tropas y vístose en peligro de perder también la vida á manos de hombres irritados ó envidiosos, tuvo que buscar asilo en la tienda del General enemigo. El ejército napolitano, disuelto ó desordenado, dejó el paso libre á las divisiones francesas, que se presentaron delante de Nápoles y hallaron las puertas abiertas, merced á la actividad de los amigos apasionados que tenían en la ciudad. Fué entonces proclamada la *República parthenopea*, cuya forma de gobierno consistía en una Junta de 25 personas, divididas en cinco Salas ó Comisiones de Guerra y Marina, Justicia y Policía, Comercio é Interior, Hacienda y dominios de la Corona y Relaciones exteriores. Cada una de las Comisiones nombraba su Presidente todos los meses, y los cinco Presidentes componían el Directorio de la República. Por Superior de este poder ejecutivo nombraron á aquel famoso revolucionario francés llamado Lambert, al que el Rey de Nápoles se vió precisado á arrojar de sus Estados en los años anteriores.

El Rey Carlos IV reclama de la República francesa la posesión del reino de las Dos Sicilias.

Con satisfacción singular vió el Directorio de París formarse al otro extremo de Italia una nueva República, cortada, digámoslo así, por el patrón de la suya, obra de sus manejos, y útil en gran manera para afianzar su imperio en aquella Península. Por tanto, admira, en verdad, la confianza del Gobierno de Carlos IV. Persistiendo en tener por sincera la amistad

de la República francesa, hizo presente otra vez al Directorio el derecho de la Corona de España al reino de las Dos Sicilias, y le pidió ser reintegrado en su posesión. Olvidándose de los pasados desengaños, hizo observar al Gabinete francés por su Embajador en París «que había desaprobado el mal proceder del Rey de Nápoles y su ciega pasión por la Inglaterra, y que su descontento por ello había llegado á tal punto, que aunque S. M. Siciliana y el Rey Católico fuesen hermanos, no había ya ninguna confianza entre ambos. Añadía que por bondad se había retraído hasta allí de reclamar sus irrecusables derechos al trono de las Dos Sicilias, las cuales le pertenecían por ser el mayor de la familia, puesto que el Rey padre no pudo privarle de su derecho por haber renunciado el trono en favor de su hijo menor. En el supuesto, pues, de que hubiese de haber variaciones en el gobierno de aquel reino, el Directorio haría bien en restablecer los derechos de la familia de España en todo ó en parte, mayormente teniendo certeza de que un Infante español seguiría el sistema político de su padre, y de que debiendo España ser aliada fiel de la Francia por su posición geográfica y por sus intereses, ésta no pudiera menos de hallar provecho en tal arreglo.» Se alcanza fácilmente que el Directorio no respondiese siquiera á estas reclamaciones, por más que fuesen acompañadas de los más vivos testimonios de amistad por parte del Rey. Mal pensaría, por cierto, en restituir el trono de las Dos Sicilias á un Rey Borbón quien no ansiaba más que por acabar con todas las Monarquías y por *democratizar* el universo entero, si era posible. Azara, conociendo mejor el terreno, decía que al hacer tales proposiciones, no tenía esperanza de que fuesen adoptadas; pero que había

ciertas simientes que pudieran producir algún fruto con el tiempo. «Los Directores, añadía, han oído mi proposición con aire *risueño* y *festivo;* pero no se han mostrado escandalizados de ella.» La Corte de Palermo se ofendió cuando supo que el Rey de España, abandonándola así á su mala suerte, reclamaba de los franceses su antiguo patrimonio. Al resentimiento de la Reina Carolina y á su influjo en el Gabinete del Emperador, se atribuye la frialdad que sobrevino poco después entre este Monarca y el Rey de España.

El Directorio francés despoja al Rey de Cerdeña de sus Estados.

Por aquel tiempo el Directorio despojó también de su Corona á Carlos Manuel, Rey de Cerdeña, y convirtió los Estados de este Príncipe en otras tantas provincias ó departamentos de la República. La situación de este reino fué sumamente crítica desde los principios de la Revolución francesa, porque sirvió de puesto avanzado á los ejércitos del Emperador de Alemania. En las primeras campañas resistió á los ataques de los republicanos, no sin ser humillado por sus imperiosos auxiliares los austriacos. Mas cuando las armas francesas penetraron en Italia, quedó ya entregado á discreción de los vencedores. Temerosos éstos de reveses, cuidaron muy particularmente desde entonces de asegurar las comunicaciones con Francia, sujetando á la condición de vasallo suyo al Rey que dominaba los Alpes. Por el Convenio de Cherasco (15 de Mayo de 1796), los franceses se posesionaron *hasta la paz general* de las ciudadelas de Alejandría, Tortona, Suza y Cera, y guarnecieron con tropas suyas Coín, Castillo Delfín y Valencia. Toda la artillería y almacenes

de dichas plazas de guerra quedaron en su poder. Para que nada faltase á la humillación del Rey de Cerdeña, que era entonces Víctor Amadeo III, este Príncipe tuvo que gastar tres millones en demoler las obras de fortificación de Suza, de la Brunette, de Exiles y de Demonte, que cubrían al Piamonte por la parte de Francia. Agobiado con tamaños infortunios, Víctor Amadeo murió, dejando ya su Corona tan mal parada al Príncipe del Piamonte, aclamado Rey con el nombre de Carlos Manuel IV. El Directorio, impaciente por trastornar las Monarquías de Italia, no hubiera tolerado ciertamente por mucho tiempo la existencia de un Soberano que tenía aún la llave de los Alpes, sin las reiteradas instancias que Bonaparte hizo por conservarle; pero éste sostuvo constantemente al Rey de Cerdeña, y quiso que, en virtud de un Tratado de alianza, 10.000 hombres del ejército de este Príncipe fuesen á reforzar las filas del suyo. El ascendiente del vencedor de Italia sobre el Directorio pudo libertar á Carlos Manuel del destronamiento que le amenazaba, si bien nunca se logró que los Directores ratificasen dicho Tratado. Así, cuando Bonaparte hubo dado la vela de Tolón, el Rey de Cerdeña quedó en manos de sus enemigos, sin que ninguna fuerza humana bastase ya para salvarle.

No tan solamente tenía sus plazas principales en poder de los franceses, y la entrada de su reino estaba enteramente libre para el paso de los ejércitos republicanos á Italia, sino que en sus Estados había un fermento revolucionario, cuya propagación era difícil de evitar. Por la creación de las Repúblicas cisalpina y transalpina, la Corte de Turín tenía en su vecindad dos madrigueras de jacobinos que ponían en continuo riesgo sus Estados. De la Liguria partían frecuentes

agresiones á mano armada hechas por hombres admiradores, ilusos y fanáticos de una libertad ideal ó instrumentos dóciles del maquiavelismo del Directorio de París. Mientras que el Directorio no creyó llegado el momento oportuno de quitarse la máscara, el Gobierno del Rey fué vencedor en los combates que hubo de sostener contra estos aventureros, á los que se agregaban algunos de sus vasallos. Pero estos mismos vencimientos y los rigores con que era indispensable tratar á los rebeldes, agriaban cada vez más los ánimos y avivaban el odio contra el Rey Carlos Manuel. Conociendo bien este Soberano cuán arriesgada y escabrosa fuese su situación, hizo decir al Gobierno directorial, por medio del Conde de Balbo, «que viéndose el Piamonte amenazado otra vez por los revolucionarios, el Ministerio de Turín ignoraba cuál podía ser la importancia de sus proyectos, no sabiendo si las Repúblicas vecinas entraban en ellos indirectamente; pero que sabía muy bien que su existencia política estaba en manos de la República francesa, y que, por tanto, el Rey había mandado á su Embajador en París que pidiese al Directorio ejecutivo una declaración sobre sus intenciones, pues se hallaba determinado á abdicar la Corona, si es que estaba resuelto que la hubiese de dejar.» No convenía al Directorio descubrirse, y así dió una respuesta evasiva, dejando á Carlos Manuel en el mismo apuro, es decir, obligado á oponerse á las medidas de los revoltosos, no obstante que tenía certeza de que el Directorio dejaría por fin los disfraces y le intimaría que cesase de reinar. Orgullosos los insurgentes y los ligurianos con la protección secreta que el Directorio les dispensaba, se adelantaron hasta Seravalle y sitiaron la ciudad. Entonces los Generales franceses, obrando con infame hipo-

cresía, se declararon mediadores entre los dos países. El resultado de los manejos del partido del Directorio fué un ajuste con el Rey, por el cual entregó la ciudadela de Turín á la Francia por prenda de su buena fe; fortaleza que era una de las mejores que había construído Vauban y que el Directorio deseaba poseer para poner por obra sus proyectos ulteriores. Esta capitulación afrentosa se ajustó en Milán el 28 de Junio de 1798. El General Brune, que mandaba las tropas republicanas, tomó á su cargo hacer que cesasen las hostilidades de la República liguriana, y que no hubiera tampoco agresiones por parte de la cisalpina. Cuán desinteresada fuese la mediación de los franceses, se ve por la siguiente proclama de este General republicano: «Mando que las plazas y países conquistados, ya por los piamonteses ó ya por los ligurianos, queden libres al punto. Las tropas francesas *guardaran dichas plazas y territorios en depósito* hasta el Tratado definitivo que se concluirá entre la Liguria y el Piamonte; tomarán las providencias convenientes para que las plazas queden libres, y también para que los franceses las ocupen inmediatamente.» Desde que los franceses tomaron posesión de la ciudadela de Turín y de las demás plazas del reino, el Rey de Cerdeña se debió contemplar como preso en su propia capital y expuesto á cada paso á los insultos del partido popular que protegían las armas francesas.

En este estado se hallaban las cosas, cuando el General Joubert fué enviado por el Directorio á Milán para reemplazar al General Brune en el mando de las tropas de la República. Joubert era mozo y conocido por el ardor de sus sentimientos republicanos, si bien en el año siguiente sus opiniones variaron del todo, como se verá más adelante. El 26 de Noviembre un

correo trajo la noticia de que el ejército del Rey de Nápoles había penetrado en el territorio romano. Al mismo tiempo los principales revolucionarios piamonteses le avisaron que no era posible tener confianza en las intenciones del Rey de Cerdeña. El riesgo le pareció, pues, inminente. Si los imperiales rompían el Tratado de Campoformio, lo cual era de temer, el ejército de su mando podría verse acometido por ellos en la línea del Adige y del Adda, y al mismo tiempo tenerlos también á la espalda, puesto que les sería fácil bajar del país de los grisones y unirse con los piamonteses. Su imaginación, sobrecogida con este peligro, no le presentó otro medio de precaver los riesgos que el de asegurar la posesión de los Alpes, haciéndose dueño de los Estados del Rey de Cerdeña. Para explorar las intenciones de Carlos Manuel, envió al Ayudante general Musnier á intimar á este Soberano que aprontase su contingente de 10.000 hombres, y que hiciese también entrega del arsenal de Turín á los franceses. En caso de que el Rey no se allanase á conceder estas cosas, una parte del ejército debía ponerse en marcha para determinarle á que las concediese. Como el Gabinete de Turín eludiese el cumplimiento de lo que pedía Joubert, se puso éste en marcha hacia la capital, después de haber prevenido al General Grouchy que trabajase por saber lo que pasaba en la Corte, y que tomase medidas prontas y eficaces para armar y defender la ciudadela de Turín. «No hallé dificultad en tener informes seguros, dice Grouchy: á mi arribo á Turín estuve oculto dos días, sin otro objeto que saber la opinión del pueblo y entablar comunicación con algunos patriotas perseguidos, los cuales, por esa razón, no ansiaban más que tener ocasión favorable de contribuir al triunfo de la libertad. Me valí,

pues, de ellos, y por los que tenían entrada en la Corte se pudo proporcionar llegar hasta el Rey. Las primeras proposiciones que se le hicieron fueron infructuosas por lo que respecta al objeto principal. Lo único que se pudo lograr fué saber exactamente las medidas tomadas por el Rey, ya en el mismo Turín ó ya fuera de la capital.

»La ciudadela tomó un aspecto más amenazador: coronó el frente que mira hacia la ciudad con bocas de fuego, y los habitantes cobraron miedo. En la Corte no se notaba inquietud particular sobre los peligros que la amenazaban; el Rey estaba resuelto, al parecer, á dejar curso libre á los sucesos. El 3 de Diciembre el General en Jefe me hizo saber que era ya llegado el momento y que iba á poner por obra su plan; que hiciese yo entrar en la ciudadela á todos los franceses que hubiese en la ciudad, al Embajador d'Eymar y al Ministro de la Cisalpina. Era menester introducir muchos objetos que hacían falta para abastecer la plaza y defenderla. El Brigadier Alix, con suma destreza y celo, supo burlar la vigilancia de los piamonteses hasta el último momento: de esta manera se entraron del arsenal en la fortaleza pólvora, mixtos y balas, en el instante mismo en que la retirada del Embajador y de los franceses no dejaba duda ninguna de que las hostilidades estaban á punto de romperse.»

Entonces publicó el General Joubert una proclama, en la que enumeraba los pretendidos agravios hechos á la República por la Corte de Turín, y declaró su resolución de ocupar militarmente el Piamonte. El Embajador de Francia hizo, por su parte, quitar las armas de la puerta de su casa y se retiró á la ciudadela.

El momento era decisivo. Si al ver que los france-

ses iban á precipitar al Rey de su trono, una voz enérgica hubiera llamado á los piamonteses á defenderle, no es dudoso que hubiera habido un levantamiento general del pueblo. En tal caso, sobraban medios de contener á los republicanos, los cuales no pudieran resistir á un mismo tiempo á las milicias, á los habitantes del campo y al ejército. Pero se necesitaba para esto que así el Rey como sus consejeros tuviesen ánimo esforzado, y eso fué cabalmente lo que no tuvieron. En los preparativos hostiles de los franceses no vieron otra cosa más que medidas tomadas por consecuencia de la agresión de los napolitanos contra Roma, temores de movimientos ofensivos por parte del Austria ó precauciones que aconsejaba la prudencia. En sentir de los cortesanos, ponerse el Rey de Cerdeña en defensa era comprometerse. Para confirmarles más y más en estas ideas, Grouchy dejaba entender en una carta al Gobernador de Turín que las providencias que tomaba eran por pura precaución, y añadía que si se molestaba en lo más mínimo á cualquier patriota, ya francés, ya piamontés, pondría al punto fuego á la ciudad y no dejaría en ella piedra sobre piedra. En vista de esta carta, el Gobernador publicó un bando, en que decía que los franceses eran aliados fieles del Rey y que *no había nada que temer de ellos*.

El General en Jefe no omitió diligencia ninguna para engañar al Gobierno sardo sobre el destino de dos divisiones del ejército francés que, según él decía, debían volver á Francia, atravesando el Piamonte: una de ellas llegó á Novara el 5 de Diciembre por la noche, y cuando estaba ya muy cerca de la ciudadela, un trompeta se adelantó, pidiendo que se dejase entrar en ella á un correo extraordinario que

venía con premura. Acércanse al mismo tiempo muchos carros cubiertos, y de repente se ve salir de ellos soldados con armas, que se apoderan del puesto que guarda la entrada de la ciudadela. La división sigue á los soldados y entra en pos de ellos; se apodera de los cuarteles y hace prisionera á la guarnición piamontesa, con todos los empleados de la plaza. En el mismo instante otra división entraba en Alejandría al favor de una estratagema parecida á ésta; Suza y Chivasso caen también en manos de los franceses, y el puerto de Arona sobre el *lago mayor*. Joubert marcha entonces á Turín sin detenerse, á la cabeza de dos divisiones. La noticia de haber sorprendido las plazas fuertes y desarmado sus guarniciones, llegó á la Corte en el momento en que por orden del Rey se publicaba un bando, anunciando que los franceses eran sus más fieles aliados y que no había nada que temer de ellos. La traición se descubrió y causó indignación profunda, por lo mismo que se había vivido hasta entonces en la confianza más ciega. Mas ¿cómo variar de repente la dirección que se había dado al espíritu de los pueblos? Con todo, al día siguiente el Gobierno publicó de orden del Rey un bando contrario al anterior, en que se protestaba contra el dolo y las imposturas de los Generales franceses. El Directorio y sus agentes cuidaron de recoger este documento importante; así fué que apenas se tuvo noticia de él en Europa. En el bando se decía que el Rey había procedido siempre lealmente con la República francesa, suministrándole todo cuanto le había pedido, contribuciones, equipos, y, en fin, municiones para el ejército de Italia, aunque la carga hubiese sido sumamente pesada y superior á las obligaciones contraídas por S. M.; que por prudentes consideraciones había en-

tregado la ciudadela de Turín á las tropas francesas cuando sus Generales lo pidieron; que habiendo solicitado éstos con vivas instancias que aprontase el contingente de 10.000 hombres, estipulado por el Tratado de alianza, dió en el mismo día las órdenes para que se reuniesen; que por lo que respectaba á la *entrega de los arsenales*, habiendo ocurrido obstáculos insuperables, pasó á París un Comisionado á fin de entenderse con el Gobierno francés; que el Rey veía con dolor que, sin aguardar al resultado de estas negociaciones, el Comandante de la guarnición francesa de la ciudadela de Turín había entrado por fuerza en las ciudades de Novara, Alejandría, Chivasso y Suza; en fin, que no se había omitido medio ninguno por parte del Rey para conciliar todos los intereses, y que se habían practicado cuantos buenos oficios eran imaginables. «S. M., concluía el edicto, satisfecho de haber obrado con buena fe y conforme al amor que debe á sus vasallos, cierto de no haber faltado á ninguno de los deberes de fidelidad á los franceses, ha querido manifestar auténticamente su conducta leal por este edicto, y protesta que no ha dado ningún motivo para los últimos infaustos acontecimientos, tan dolorosos para sus amados vasallos, á cuya fidelidad y amor corresponderá siempre con su afecto y con su ternura paternal.»

¿De qué manera impidieron el General Grouchy y el Ayudante general Clauzel el efecto de esta proclama? Oigamos la relación secreta del primero de estos militares.

«Estábamos ya, dice, en el caso de mover todos los resortes que yo tenía preparados: lo hice así, y al cabo de poco tiempo se presentó una persona enviada por el Rey. Era preciso ganarla y la gané. No fué

aquélla sola. Lo difícil era que las proposiciones saliesen del Rey; que adivinase él mismo lo que se quería; que su voluntad se lo hiciese hacer, y que ningún escrito procediese de mí para no verme cogido algún día, conducta que era más necesaria por lo mismo que la guerra no estaba declarada contra el Rey de Cerdeña; que no se sabía la resolución que tomaría el Directorio y el Cuerpo legislativo, y que era menester obrar de tal manera que la abdicación del Rey, teniendo apariencia de ser voluntaria, no pudiese encender los ánimos contra la República ni romper el Congreso de Rastadt. Así, pues, me limité á asustar todavía más al Enviado y le hice salir de la ciudadela. Media hora después se me presentó de nuevo y le volví á despedir, porque me pedía que pusiese por escrito mis condiciones, si bien dí á entender que no habría inconveniente ninguno en hacerlo; pero le dí orden de que no se me presentase ya más, y añadí que al Rey tocaba salir de la situación en que se veía, que la República no le pedía nada, que mirase por sus intereses y que yo no podía entrometerme en este asunto.

»Entre tanto los otros agentes que yo tenía no se descuidaban: habían entregado diferentes cartas; los miembros de la Familia Real y de otras familias poderosas habían hablado. El Enviado volvió trayéndome proposiciones por escrito, y como no bastasen para mi objeto, las desaprobé altamente. Acto continuo dije que las columnas se acercaban (la verdad es que yo no tenía ninguna noticia de ello); manifesté la proclama del General en Jefe de 5 de Diciembre, y declaré que el momento de la venganza era llegado; que no había medio ninguno de salvación para el Rey; que no había posibilidad de que se huyese; que Turín es-

taba cercado por todas partes, y que, en fin, yo no podía ya dar oídos á ninguna proposición. Un cuarto de hora después, he aquí otra vez al Enviado. El Consejo del Rey y toda su familia estaban en Junta desde por la mañana; las personas que me servían bajo de mano habían triunfado. Las proposiciones que traía se acercaban ya á lo que se quería; no me enviaban más que un Oficial para tratar: yo dije al Ayudante general Clauzel que fuese á terminar este negocio importante; le dí orden de que exigiese ante todas cosas, como preliminar indispensable, que las tropas piamontesas llegadas á la ciudad de un mes á aquella parte saliesen al punto, y que la guarnición quedase reducida al *mínimum* de los tiempos de la más profunda paz. El Rey firmó la orden delante de Clauzel y la envió á los diversos Cuerpos. Ocho batallones, de los cuales algunos acababan de llegar á marchas forzadas, salieron de la ciudad y regresaron á los puntos de donde venían. Clauzel, después de algunas idas y venidas á la ciudadela y después de algunos debates, pudo por fin determinar al Rey á firmar todos los artículos que yo quería.»

Abdicación de S. M. Sarda.

El Rey, falto de libertad, en peligro de ser entregado en manos de los revolucionarios de su país ó de ser encerrado en una prisión, firmó la abdicación de la Corona, y los franceses tuvieron la avilantez de mirarla como valedera, por más que hubiese sido nula y del todo irrisoria. El tenor de la abdicación, que por entonces corrió alterado, es el siguiente:

«Artículo 1.° S. M. declara que renuncia á ejercer

la autoridad, y ante todas cosas manda á sus vasallos, de cualquier condición que sean, que obedezcan al Gobierno interino que el General francés va á establecer.

»Art. 2.° S. M. manda al ejército piamontés que se tenga por parte integrante del ejército francés de Italia y que obedezca al General en Jefe como á su misma persona.

»Art. 3.° S. M. desaprueba altamente la proclama distribuída por su Ministro y manda al caballero Damiani (M. de Riocca) que se presente en la ciudadela de Turín como garante de su palabra y de la firme intención que tiene de que no haya reclamación ninguna contra este acto, procedente sólo de su propia voluntad.

»Art. 4.° S. M. manda que el Gobernador de la ciudad de Turín dé cumplimiento á todas las órdenes que el General Gobernador de la ciudadela tuviere por conveniente expedir para el mantenimiento de la tranquilidad pública.

»Art. 5.° No se hará novedad en nada de lo que concierne al culto católico y á la seguridad de las personas y propiedades. Los piamonteses que quisiesen salir del reino y vivir en otro país, podrán hacerlo, llevándose los muebles que les pertenezcan, y tendrán facultad de vender y liquidar sus bienes y créditos y de llevarse su importe. Los piamonteses ausentes podrán volver al Piamonte libremente y gozar de los mismos derechos que tienen los demás ciudadanos. Los piamonteses no podrán, bajo ningún pretexto, ser acusados ni perseguidos por palabras, escritos ó hechos políticos anteriores al presente acto.

»Art. 6.° El Rey y toda la Familia Real podrán ir á Cerdeña, pasando por Parma. Entre tanto se segui-

rán observando las disposiciones que conciernen á la seguridad de su persona. Hasta su partida, sus palacios y casas de campo no serán ocupados por las tropas francesas; nada se extraerá de lo que haya en ellos, y su custodia quedará confiada á los mismos que la tienen ahora.

»Art. 7.° Se expedirán los pasaportes y órdenes necesarios para que S. M. y toda su familia lleguen con seguridad al paraje adonde se retiran. Le escoltarán destacamentos de su Guardia y de tropas francesas en número igual.

»Art. 8.° En caso que el Príncipe de Carignan se quedase en el Piamonte, disfrutará de sus bienes, casas y propiedades; bien entendido que podrá salir del reino en todo tiempo, como queda determinado para los habitantes del Piamonte en el art. 5.°

»Art. 9.° Se formará inmediatamente inventario del estado del Tesoro público y de los archivos, y se sellarán las arcas.

»Art. 10. No podrán ser admitidos en los puertos de la isla de Cerdeña navíos pertenecientes á Potencias que estén en guerra con la República francesa ó que estuvieren en adelante.»

Este acto, hecho en Turín el día 9 de Diciembre de 1798 por el Ayudante general Clauzel y por el Caballerizo Mayor Ramón de Saint-Germain, tuvo la aprobación del Rey en estos términos: *Consentido y determinado por mí.—Carlos Manuel.*

De este modo fué arrojada de sus Estados la Casa Real de Saboya. Cuando se considera el dolo con que procedieron los agentes del Directorio para apoderarse de las plazas fuertes del reino y los amaños con que determinaron á Carlos Manuel á abdicar su Corona, se ve claramente cuál fué la escuela en que habían

cursado los Generales franceses, que en el año de 1808 ayudaron á Napoleón en España para que llevase á cabo sus negras y vergonzosas maquinaciones contra la Familia Real. Idénticas fueron las sorpresas de las plazas de Barcelona y Pamplona á las de la ciudadela de Turín y Alejandría; las mismas fueron también las vivas y reiteradas protestas del Gabinete francés de amistad y alianza con el Gobierno de Madrid que con el de Turín; igual, en fin, la escandalosa perfidia con que quebrantó las promesas más sagradas en ambos reinos. La Providencia no permitió que fuesen consumadas estas obras de iniquidad. Las familias de Cerdeña y de España, desposeídas violentamente por corto tiempo, volvieron otra vez á ocupar el solio de sus mayores, que por ventura del linaje humano raras veces se atropellan impunemente tan sagrados derechos. El triunfo de la fuerza no es duradero cuando no va acompañado de la justicia.

El Rey Carlos Manuel y su familia partieron de Turín en la noche del 11 de Diciembre de 1798, precedidos de criados que llevaban hachas de viento y rodeados de vasallos fieles que se enternecían y lloraban á vista de tan extraña y dolorosa separación. El desgraciado Monarca se encaminó á Roma, en donde residió por algún tiempo. No fueron pequeños los sinsabores que este hospedaje trajo al Infante-Duque. El Directorio supo que el Rey destronado se había detenido algunos días en Parma, y se quejó al punto al Embajador de España de que el Infante le retuviera allí. Fué tan grande el resentimiento de los orgullosos Directores, que ya comenzaban á hablar de castigos para vengar el desacato. El Infante tuvo que sincerarse del cumplimiento de ser débil, cual hubiera podido hacerlo de una mala acción. Dejando aparte que

el Duque de Parma se sorprendió al saber el destronamiento del Rey de Cerdeña y que el Directorio mismo había trazado el camino ó itinerario que debía llevar para restituirse á esta isla, el Infante alegaba que había pedido instrucciones al General en Jefe del ejército republicano residente en Milán, y que le había aconsejado que le hospedase y tratase como á Rey. Al llegar Carlos Manuel á Parma se hospedó en un convento, y el Infante no se resolvió ni á visitarle ni á enviarle una guardia de honor sin haberlo consultado antes con el Comandante de la escolta que le acompañaba. La causa de haberse detenido el Rey de Cerdeña en aquella capital, fué una carta del General en Jefe del ejército francés en que le avisaba que ya no se embarcaría en Liorna, sino que iría por el puerto de la Spezzia; resolución que necesitaba algunos días de estancia en Parma para prepararse á emprender este nuevo viaje. Desde Parma fué el Rey á Florencia. Allí llovieron también reconvenciones y amenazas sobre el Gran Duque de Toscana, por más que en los obsequios á su augusto huésped no llevase otro fin que cumplir con deberes que eran sagrados. Por fin, después de algún tiempo partió para la isla de Cerdeña.

Nueva forma de Gobierno.

Verificada la abdicación de S. M. Sarda, el General Joubert formó en Turín un Gobierno interino, compuesto de 25 personas que reunían la autoridad legislativa y ejecutiva y formaban cinco secciones, es á saber: de Seguridad pública, de Hacienda, del Interior, de Relaciones exteriores, de Guerra y de Justicia; Gobierno meramente nominal, puesto que estaba

dependiente de las órdenes del Directorio de París.

No parece que las agresiones violentas del Directorio francés, así contra la Suiza como contra los Reyes de Nápoles y Cerdeña, sobresaltasen al Rey Carlos IV, como dejamos dicho. Lamentando la suerte de estas Potencias, la atribuiría quizá á errores cometidos por sus Gobiernos, y se daría el parabién de la íntima unión que él sabía guardar con la República francesa, numen tutelar que preservaba á sus reinos de los mismos males. No pensó que cada una de estas agresiones de la Francia añadía un eslabón más á la cadena que le tenía aprisionado. No sospechó que por este medio se acercaba el día funesto en que su persona, su familia y su reino experimentasen el mismo destino. Por esta falta de previsión de los males que le amenazaban, la unión íntima con Francia continuó siendo el fundamento de su política; y como este sistema naciese de la tendencia irresistible del Rey á la paz, ó por mejor decir, de su aversión á las inquietudes, ansiedades y peligros de la guerra, la variación de Ministros no alteraba en nada la administración acerca de este punto fundamental. Los que tomaron las riendas del Gobierno después del Príncipe de la Paz, hubieron de continuar en la misma funesta intimidad con la República francesa, como hemos dicho ya.

Por entonces el Directorio francés intentó en vano separar á D. Mariano Luis de Urquijo del Ministerio de Estado. Aunque este paso no fuese seguido de desavenencia entre ambas naciones, estuvo á pique de indisponerlas. Azara intervino oportunamente y evitó las malas resultas que se temían.

Mala inteligencia entre el Embajador Azara y el Ministro Urquijo.

Había ya algún tiempo que el Embajador D. José Nicolás de Azara no se avenía con el Ministro interino de Estado, D. Mariano Luis de Urquijo. La mala inteligencia que había entre ellos provenía de que el Embajador, opuesto al bando de los jacobinos, llevaba amistad estrecha con el partido moderado del Directorio, y especialmente con el Ministro de Relaciones exteriores, Talleyrand. Urquijo, por el contrario, estaba unido con los terroristas. Uno de sus corresponsales era Paganel, Oficial mayor de las Secretarías francesas, que perdió al fin su puesto por *jacobino*. Este era el centro de los demás corresponsales. En casa del Cónsul español Lugo, que tenía amistad con Urquijo, se juntaba públicamente en París un club de terroristas furibundos enemigos de toda Monarquía.

Habiendo enfermado D. Francisco Saavedra, encargó el Rey el despacho de los negocios de la Secretaría de Estado á D. Mariano Luis de Urquijo, que era Oficial mayor en ella; y como este encargo debiese ser provisional é interino, le nombró también Ministro plenipotenciario cerca de la República batava; pero el padecer de Saavedra se fué agravando, y Urquijo despachó la Secretaría por espacio de seis meses, poniendo siempre antes de su firma la cláusula de *Por indisposición de D. Francisco Saavedra.* Díjose entonces que la presencia gallarda del Oficial mayor de Estado contribuyó también eficazmente á que lograse el Despacho interino del Ministerio, si bien parece que la veleidad de la augusta protectora fué pasajera, por motivos bien fundados al parecer.

Desavenencia entre Guillermardet, Embajador de Francia cerca del Rey de España, y D. Mariano Luis de Urquijo, Ministro interino de Estado.

Saavedra, en vez de hacer progresos en su convalecencia, atrasaba en ella, y al fin fué menester exonerarle del cargo de Secretario de Estado por esta razón, con lo cual Urquijo quedó más asegurado en su interinidad. Se hallaba de Embajador de la República francesa en Madrid el ciudadano Guillermardet, médico en la ciudad de Autun, desde donde fué enviado á la Convención nacional como miembro de ella. Votó que Luis XVI fuese condenado á la pena de muerte. En las vicisitudes que el Gobierno republicano experimentó después, Guillermardet siguió el partido contrario á los *terroristas* y fué uno de los que más trabajaron por mantener el Directorio en la jornada del 18 *fructidor*. Nombrado Secretario de algunos departamentos, obró siempre conforme á los mismos principios. Se cuenta que hallándose en la ciudad de Nevers desempeñando dicho cargo, rehusó reconocer la cualidad de franceses á muchos sujetos que habían nacido en aquella ciudad, dando por razón que tenían por nombres *Catón*, *Bruto*, *Scévola*, y que estas denominaciones eran visiblemente extranjeras. Algún tiempo después el Directorio le nombró para la Embajada de la República en Madrid. Sus modales no eran finos, y antes, por el contrario, los que le trataron durante su Embajada, se quejaban de su tono altanero y tosco, cosa muy común en los republicanos franceses de aquel tiempo; pues ó habían salido del bajo pueblo, ó adolecían de la singular manía de afectar maneras comunes propias de las clases bajas, cre-

yendo que esto se avenía maravillosamente con los principios democráticos. Vivas están todavía las tradiciones. Cincuenta años han pasado desde entonces, y aún somos á veces testigos de la misma rareza. Hombres que se precian de ser más cultos y más adelantados que los demás, hacen alarde al mismo tiempo de imitar á las clases inferiores en sus gustos y en sus costumbres. Por lo demás, Guillermardet era fiel servidor de su Gobierno, y así lo manifestó por todo el tiempo que se mantuvo de Embajador en Madrid.

El Directorio francés trabaja porque Azara se ponga á la cabeza del Gobierno español.

Importaba mucho al Directorio tener á la cabeza del Gobierno español á una persona entendida y merecedora de su particular confianza y aprecio, con la cual pudiese concertar todos los planes para la mejor ejecución del Tratado de alianza. Azara se había granjeado buen concepto, así en Roma como en París, y era tenido por hombre de Estado. El Directorio, pues, sabedor del padecer de Saavedra y de que era preciso retirarle de la Secretaría de Estado, resolvió hacer presente al Rey de España que convendría al bien de las dos naciones encargar á Azara la dirección de los negocios del reino.

No es posible referir lo ocurrido en esta ocasión con mayor claridad é interés que lo hizo el mismo Azara en su carta al Príncipe de la Paz, fecha en Barcelona á 26 de Noviembre de 1799, después de haberse restituído á aquella ciudad desde París, cuando estaba ya separado de su Embajada. Por tanto, pondremos aquí aquellos fragmentos de dicho papel que den mayor luz

sobre la desavenencia que estuvo á punto de estallar entre los Gobiernos de España y de Francia por este motivo. Mucho se habló entonces de esta carta, de que el Príncipe de la Paz hizo correr adrede muchas copias para desacreditar ó herir al Ministro Urquijo. Lo que parece más importante para la historia de aquella época es lo siguiente:

«Mi primer negociación en París, dice Azara, fué la paz de Portugal, y casualmente, habiendo hecho el Ministerio francés entera confianza de mí, me mostraba las más íntimas negociaciones. Ví por ellas que tenían ganada una persona en las oficinas de Londres, la cual les comunicaba copias de todos los despachos, particularmente los de Portugal, en los que se comprendían los oficios que mi Corte pasaba á Pinto, y que éste entregaba al Ministro Walpole sin ninguna reserva. Lo avisé más de una vez á D. Mariano Urquijo, como debe constar á SS. MM.; pero tan lejos de notar la reserva que dictaba la prudencia y la lealtad, hallé que crecía la confianza entre dicho Urquijo y el Ministro portugués. Llegó esto al punto que habiéndome yo explicado con demasiada viveza contra la conducta de la Corte de Lisboa, y probado con hechos que nos vendía y que negociaba su paz por medios indirectos, con la circunstancia de ofrecer á los franceses todas las ventajas que exigían, y aún mayores, con la sola condición de que se alejase á la España de la mediación y que no interviniese de ninguna manera en el Tratado, y habiendo tenido en mi mano la proposición original de Pinto, envié copia de ella á Urquijo.

»El efecto que produjeron mis fatigas, fué comunicar al Ministro portugués mis cartas y cometer la increíble facilidad de remitirme á mí en original las notas que al margen de ellas había puesto Pinto para

que no quedase duda de que se trataba de derribarme del crédito y confianza que de mí tenía la Corte de Lisboa. En efecto, por otras razones el Directorio entró en sospechas contra Urquijo y resolvió hacer todas las diligencias para derribarle del Ministerio, aunque fuese necesario usar de medios violentos. El Directorio me comunicó su idea, añadiendo que era menester que yo fuese á ocupar su lugar. Defendí á Urquijo lo mejor que supe, y protesté que no me convenía ir al Ministerio de Madrid, y que para los negocios de las dos naciones sería yo mucho más útil Embajador en París que Ministro en España, y concluí diciendo que no quería oir hablar de este proyecto ni mezclarme directa ni indirectamente en él. No insisto en persuadir esto, porque me haría sospechoso tratándose de una personalidad mía; pero mi conciencia sabe bien que es verdad esto, y todos los cinco Directores y el Ministro ante quien pasó la escena, están vivos todavía.

»El Directorio, pues, resolvió escribir una carta al Rey, exponiéndole su descontento de Urquijo, é insinuando las cualidades que las circunstancias exigían en el Ministro que le hubiese de reemplazar. Esta carta yo no la ví hasta después que había partido; pero me dieron copia. Mandaron á Guillermardet que pidiese una audiencia al Rey, y que después de entregarle dicha carta le dijese que *le mot de l'enigme* (ésta fué su frase) era que el Directorio deseaba que me confiase su primera Secretaría de Estado.

»Mi buena fe, que merecía otro nombre, fué avisar á Urquijo todo lo que pasaba; y él, para conjurar la tempestad que le amenazaba, tomó el partido de excitar la etiqueta, y con infinita mala gracia negó al Embajador la audiencia que pidió. Riñó además con él de una manera escandalosa y pública, y le retardó por

dos días con pretextos ridículos la licencia de caballos para despachar un correo. Entre tanto me expidió á mí uno ganando horas y mandándome que presentase al Directorio una carta del Rey en que, haciendo hablar á S. M. de un modo casi indecente, se quejaba amargamente de Guillermardet, que no tenía más culpa que la de obedecer á lo que su Gobierno le mandaba, y fundado en el principio muy verdadero de que ningún Gobierno debe entrometerse en las cosas interiores de su aliado ni en el nombramiento ó remoción de sus Ministros, incurrió en la misma carta en la contradicción de pedir al Directorio que retirase de Madrid á Guillermardet.»

Carta del Rey Carlos IV al Directorio francés.

La carta del Rey que menciona Azara era la siguiente:

«Al Presidente y miembros que componen el Directorio ejecutivo de la República francesa, mi aliada.

»Grandes y buenos amigos: Con sólo leer el papel que me ha pasado vuestro Embajador el ciudadano Guillermardet, y de que os remito copia literal, conoceréis lo primero la poca razón con que se aventura á obscurecer la opinión de un vasallo mío distinguido, apoyándose en órdenes vuestras que yo no creo; y lo segundo, el poco favor que os hace suponiéndoos capaces de intentar que queréis dirigir el régimen interior de los Gobiernos contra nuestra Constitución, contra nuestras leyes y contra la sabia manera con que siempre os habéis conducido.

»La salud de mi Ministro D. Francisco Saavedra se halla en un estado vacilante después de repetidos ac-

cidentes. He tenido por esto á bien exonerarle de su Ministerio y dejárselé interinamente á mi Embajador D. Mariano Luis de Urquijo, á quien se le había confiado antes y que le ha estado supliendo durante seis meses y medio. En este tiempo habéis visto que, como en los demás, he seguido constantemente los principios de mi sana política, estrechando cada día más los vínculos de nuestra feliz alianza; el mismo ciudadano confiesa que no ha recibido sino pruebas de afección de Urquijo, y á pesar de todo, incurre en la notable contradicción de asegurar que no merece la confianza de los dos Gobiernos, y suponiendo órdenes vuestras, pide que se le envíe á la Embajada del Haya. Fácilmente concebiréis que sería necesario evitar más bien que sirviese lejos de mí y donde yo no pudiese corregir de cerca los pasos de este sujeto, si no mereciera la confianza de los dos Gobiernos, y, sobre todo, en un país amigo y aliado como es la República batava, y que el intentar su remoción del Ministerio es obra segura de la intriga y de la cábala que ha manejado incautamente á dicho ciudadano, sirviéndose de él y hallándole pronto á este paso, tal vez porque en el tiempo de la pasada interinidad de Urquijo no ha conseguido proteger á los deportados del 18 *fructidor* que he mirado yo como á vuestros verdaderos enemigos, y otras pretensiones tan ajenas de él como impropias de todo buen francés, y de que no me he quejado á vosotros por contemplarlo efecto de ligereza y que podría volver en sí, no dejándose alucinar en estos puntos acaso por las personas pagadas por nuestro común enemigo, y que á pesar de la mayor vigilancia existen en ambos países.

»Pero este último suceso me hace conocer cuán poco á propósito es para mantener y fomentar más, si es

posible, nuestras relaciones, y que no conoce mis verdaderos sentimientos, los que siguen y seguirán constantemente los Ministros que yo elija, seguro de que si lo contrario hiciesen, yo sabría reprimirlos y castigarlos.

»Yo os pido que le perdonéis el agravio que os ha hecho en suponeros autores de las ideas de su papel. La moderación, la libertad á todo Gobierno de establecer agentes á su placer respetando sus elecciones; la fidelidad en el cumplimiento de las promesas; la inviolabilidad con que las hacéis ejecutar, he aquí vuestro carácter. Repetidas pruebas habéis dado de ello para que yo os lo recuerde, á fin de que me deis una más separando á este Embajador Guillermardet, que ha querido manchar vuestra opinión. Confío en que lo haréis al instante por vosotros mismos, y que viviréis seguros de que cuando yo elija á un vasallo mío para un empleo, sea el que quiera el rango de su persona, es porque le juzgo á todos títulos acreedor y digno de él y que ellos le han ganado la confianza de mis vasallos. En este número entra Urquijo: dió pruebas bien repetidas de afecto á vuestra nación cuando residió en Londres, y tales que excitaron el descontento de su Gobierno maquiavélico; obró según mis instrucciones; las ha seguido hasta aquí; no presentará un solo testimonio de lo contrario el ciudadano Guillermardet, y se atreve, sin embargo, á querer desaprobar una elección mía, y pedir que yo coloque en los puestos y empleos á los sujetos que merezcan sólo su opinión personal, y, finalmente, á intentar prescribir reglas de la manera en que me debo conducir. Si él me hubiese imitado, no lo haría y respetaría esta elección pronunciada por el bien de las dos Potencias. Miro únicamente á él en todas mis opera-

ciones, y sabéis que por él haré cuantos sacrificios me sean posibles. Tenéis testimonios recientes de que todo lo abandono por la alianza, y yo tengo la más ciega confianza en vosotros. Esto basta, grandes y buenos amigos: ojalá el éxito en todo sea correspondiente á ellos, como se lo pido á Dios, y que os guarde muchos y felices años. De éste mi Real Sitio de Aranjuez á 22 de Febrero de 1799.—Vuestro buen amigo, *Carlos.*»

«Esta carta, prosigue Azara, hirió vivamente al Directorio, y yo ví el momento en que estuvo para traer un rompimiento entre ambas naciones. Procuré calmar la tempestad y obtuve que no se dieran por entendidos de lo agrio de la conducta de Urquijo, á quien con razón atribuían el partido que había tomado el Rey, y que respondieran de manera que se tuviese por no sucedido todo lo pasado, proponiendo á S. M. en términos tan moderados que no tienen ejemplo en el estilo directorial, que esperaban que su Ministro se conduciría en adelante según el sistema que convenía á la alianza, y que se daría orden á Guillermardet para que procediese también de manera que agradase á Su Majestad, continuando ambos en sus empleos.»

Apaciguóse por entonces aquella discusión. Azara siguió desempeñando la Embajada de París, y Urquijo el Ministerio de Estado, conservando entre ellos buena armonía, nada más que aparente á la verdad; pues las causas de su recíproco desvío subsistían siempre, y trajeron por fin la separación de Azara de la Embajada de París, como se dirá en su lugar. El Embajador, opuesto al bando de los jacobinos, vivió en amistad estrecha con el partido moderado del Directorio, y especialmente con su Ministro Talleyrand. Urquijo se entendió, por el contrario, con los terroristas. Es justo decir que Azara, aunque de carácter entero en de-

masía, por no decir violento, tenía mayores alcances y también más saber y práctica de negocios que Urquijo, tan sobrado de ambición como falto de detenimiento.

El Directorio trató á Azara, después de este incidente, con mayor intimidad que hasta allí. El Embajador español manifestó también por su parte vivo interés por preservar á la República de los males que la amenazaban. Cabalmente en aquel mismo tiempo se formaba la nueva coalición que puso á la Francia en muy inminente riesgo, de la cual es ya tiempo de hablar. El Embajador español dió pruebas al Directorio francés en aquella ocasión de que se interesaba muy de veras por la República aliada de su Soberano.

Sentimientos del Emperador de Rusia.

El advenimiento de Pablo I al Imperio de Rusia no dejó duda á los que le conocían de que, mal avenido con la Revolución francesa, haría cuanto estuviese de su parte por destruir el Gobierno nacido de ella. La cualidad que sobresalía en el nuevo Czar era la rectitud de ánimo. Cuando consideraba, pues, los despojos violentos y los excesos de todo género que se habían cometido en Francia; cuando veía á los hermanos de un Rey sacrificado inhumanamente por las pasiones populares, andar errantes á implorar un asilo contra la persecución constante de los enemigos de su familia; en fin, cuando se le representaba la Europa amenazada de conmociones y trastornos por los principios subversivos que propagaba la Francia, el nuevo Emperador de Moscovia ardía en vivos deseos de poner fin á tales desórdenes. Su carácter era noble y desin-

teresado. En los esfuerzos que estaba pronto á hacer para realizar sus designios, no entraban pensamientos de ambición ni miras de engrandecimiento. Su empeño era únicamente *desfacer los entuertos* de la Revolución francesa, sin pedir recompensa ninguna por poner sus ejércitos á la cabeza de la cruzada antirevolucionaria. El primer paso que dió fué abrir su pecho al Emperador de Alemania y solicitar de este Monarca que se resolviese á entrar en una coalición contra la República francesa. Aunque el Emperador Francisco oyó con satisfacción la propuesta de Pablo I, procuró hacerle entender que el buen éxito de la empresa dependía de la unión de las principales Potencias de Europa, y que ante todas cosas convendría ganar la voluntad del Rey de Prusia, sin cuya cooperación no era cierto que los franceses pudiesen ser detenidos. Esta consideración del Gabinete de Viena determinó al Emperador Pablo á enviar un Embajador á Berlín con encargo de hacer presente á aquel Gobierno la necesidad de que se uniese con el Emperador de Alemania para salvar á la Europa, y aun para poner á la Prusia misma á cubierto de los peligros evidentes que la rodeaban. El Príncipe de Repuin, que fué el elegido para Embajador de tamaña importancia, tuvo orden de pasar desde Berlín á Viena, á fin de afianzar mejor la unión de las dos Cortes, deseada por el Czar con todas veras.

La Corte de Prusia era entonces el punto principal de Europa para las negociaciones diplomáticas. Situada esta Potencia en el borde de la Alemania, tenía grande influjo en aquellos círculos del Imperio que estaban más cercanos á su territorio y más expuestos también, por consiguiente, á sufrir su enojo. Después de la paz con la República francesa, firmada en Basi-

lea en 1795, la Prusia se había constituído garante de la existencia de varios Estados de Alemania; protectorado tan ventajoso á la Prusia como perjudicial al Emperador de Alemania, el cual lo veía con inquietud.

El Emperador de Rusia, Pablo I, no se había mostrado á su advenimiento tan contrario á la Revolución francesa como su madre, Catalina II; pero acabó por declararse abiertamente su enemigo, y poniéndose á la cabeza de las Potencias del Norte, trabajó por reunirlas á todas para hostilizar á la Francia. La primera á quien se dirigió fué al Austria, haciéndola presente que el Tratado de Campoformio no había dado seguridad al Emperador ni sosiego á Europa, puesto que, ansiosa la Francia de trastornar los Imperios, iba haciendo caer, unos tras otros, todos cuantos reinos se hallaban al alcance de su influjo. El Estado romano, la Suiza y los Reyes de Cerdeña y de Nápoles, habían doblado la cerviz ante el yugo republicano. Tras de estas usurpaciones vendrían otras, á medida que los demócratas franceses agrandasen más la esfera de su poder. Para poner, pues, coto á su ambición, Pablo I ofrecía al Emperador de Alemania concurrir con todas sus fuerzas, así terrestres como marítimas, á libertar el continente del poder de los republicanos. Por más grato que fuese este ofrecimiento al Emperador Francisco, no pudo menos de considerar que, para obrar con esperanzas de buen éxito, se necesitaba proceder con pleno acuerdo de las demás Potencias, y encaminar todos los esfuerzos hacia un fin que importase igualmente á cada una de ellas. A la propuesta de la Corte de Rusia respondió que sería muy expuesto romper el Austria otra vez con Francia antes de estar segura de una alianza general, en la que fuese com-

prendida la Prusia la primera. En virtud de esta respuesta, el Gabinete ruso dió algunos pasos en Berlín é hizo tentativas para la alianza; pero viendo que los Gobiernos de Viena y de Berlín andaban mal avenidos, resolvió enviar un Embajador extraordinario que les exhortase á ambos á la unión: tal fué el objeto de la Embajada del Príncipe de Repuin.

Nombramiento de Sieyes á la Embajada de Berlín para contrabalancear la influencia del Príncipe de Repuin, Embajador de Rusia.

El Congreso de Rastadt continuaba sus sesiones; pero no se tenían vivas esperanzas de un próximo ajuste de paz. Las partes contratantes deseaban, ante todas cosas, ganar tiempo para prepararse cada cual á sostener otra vez sus pretensiones con las armas, después de esta tregua, en caso que su ambición no quedase satisfecha. La rivalidad entre el Austria y la Prusia era obstáculo insuperable para el ajuste. En el Gabinete de Berlín reinaba sumo descontento por haber sabido que el Tratado de Campoformio contenía artículos secretos de que él no tenía ninguna noticia. Por tanto, Federico Guillermo estaba firmemente resuelto á no tolerar en manera alguna que el Emperador se engrandeciese ó lograse compensaciones en el Imperio germánico. Como los franceses fuesen sabedores de los sentimientos del Rey de Prusia, no perdonaron diligencia para traerle á una alianza con ellos. El Gabinete de Berlín, firme siempre en su propósito de mantener su neutralidad, se había manifestado hasta entonces indiferente á todos los halagos y cerrado los oídos á las propuestas más ventajosas. Noticioso ahora el Directorio de las intenciones de la Ru-

sia y del objeto que tenía la Embajada del Príncipe de Repuin, dispuso, sin perder instante, renovar sus tentativas. El buen ó mal éxito de ellas dependería en gran parte del crédito, prudencia y habilidad del Negociador que la República enviase á contrapesar la influencia del Embajador ruso. ¿A qué persona podría confiarse este encargo? El Ministro Talleyrand puso la vista en Sieyes, aquel célebre Abate que había tenido parte muy señalada en las resoluciones de las primeras asambleas, y cuyo espíritu sobresaliente en la parte metafísica de la ciencia del Gobierno le parecería quizá al Ministro muy propio para las finas sutilezas de la profesión diplomática. No agradó tal nombramiento al Gabinete de Berlín, acordándose de que Sieyes era regicida y de que la Europa entera había oído con horror aquella expresión lacónica de su voto en el proceso de Luis XVI: *La muerte sin frases;* palabras que Sieyes desmintió, pero que entonces se tuvieron por suyas y aun ahora se citan como tales. El Rey de Prusia reflexionó después que él mismo había concluído su Tratado de Basilea con una Convención regicida; que el Directorio de Francia estaba compuesto de hombres que tenían esa mancha, y, en fin, que todos los Soberanos de Alemania trataban la paz del Imperio en Rastadt con regicidas. Haciéndose, pues, cargo de estas razones, se contentó con que Sieyes, en vez de presentarse en su Corte con el título de Embajador, hiciese uso de la denominación no tan fastuosa de Ministro plenipotenciario. Las instrucciones secretas comunicadas por el Directorio á su Enviado se reducían á que á cualquiera costa y por todos los medios posibles lograse la alianza con la Prusia, solicitada sin fruto por el Príncipe de Repuin para la Rusia y la Inglaterra. A este fin, el Ministro Ta-

lleyrand le entregó notas y avisos particulares que pudiesen servirle para el objeto de su encargo.

Sieyes se presentó en Berlín con extraordinaria sencillez, la cual resaltaba todavía más á vista del aparato y magnificencia del Príncipe de Repuin. Al entregar Sieyes al Rey sus credenciales, dijo que si había aceptado aquel encargo, era porque en todos tiempos y en los diferentes destinos que había tenido en su país fué constantemente de parecer que la Francia y la Prusia debían vivir siempre unidas muy estrechamente; que siendo las instrucciones que el Gobierno le había dado conformes del todo con su opinión política, su Ministerio no podía menos de ser franco, leal, amistoso y correspondiente á la honradez de su carácter; que el sistema de unión de las dos naciones, del cual pendía el bienestar de la Europa y quizá la salvación de una parte de la Alemania, era el mismo que había tenido Federico II, grande entre los Reyes, inmortal entre los hombres; en fin, que este sistema cuadraba perfectamente con la sensatez y buenas intenciones manifestadas desde principios del actual reinado. Acabada la ceremonia, el Rey conversó con el Representante de la República por espacio de media hora, distinción que no dejó de admirar á los que se hallaban en la Corte. Con todo, las personas de forma de Berlín trataron al Ministro republicano con reserva, ó por mejor decir, con desvío. Como Ministro, como filósofo y como hombre que había hecho gran papel en la revolución, Sieyes esperaba, sin duda ninguna, hallar buena acogida y llevarse todas las atenciones, y las gentes de distinción ni siquiera se prestaban á visitarle. El Mariscal Moëllendor, á quien el antecesor de Sieyes en el Ministerio de Berlín proponía que fuese á verle, respondió

secamente: «De ningún modo y *sin frases,*» aludiendo al voto de muerte de Luis XVI.

La pintura que el Príncipe de Repuin hace de su antagonista no es en verdad lisonjera. «Sieyes, decía, vive muy retirado en Berlín. Todo el mundo huye de acercarse á él. La fama que tiene de no hablar, ó más bien su elocuencia taciturna, da que recelar al Gabinete. De vez en cuando visita al Ministro de España, que es tan taciturno como él (1). Las palabras sacramentales de ambos son *silencio* y *profundidad.* No se dará un hombre menos agradable que este provenzal, cuya altanería pedantesca no respeta el amor propio de nadie; se sobrepone á los usos; se imagina que no tiene necesidad de violentarse por nada, y, en fin, cree que los demás hombres deben prosternarse ante su elevado entendimiento. Cuando toma friamente la máscara de la falsedad, aleja á todos de sí; si monta en cólera, y esto le sucede á menudo, espanta. Es metafísico obscuro; tiene una figura poco afable; raja y hiende en la conversación; carece de toda idea, así del espíritu de las negociaciones como de sus formalidades; fáltanle las prendas de hombre conciliador; por manera que no puede menos de traer á la probidad sobresaltada y de inspirar justa desconfianza.

»Así es que la Prusia trata con gran reserva á ese Enviado de los anarquistas; no solamente le vigila y no le cree, sino que le aborrece. Más ha ganado Europa con su venida á Berlín que el Directorio ejecutivo de la República francesa. Parece que ha llegado á cansar con sus notas violentas é importunas al Conde de Hangwitz, Ministro de Negocios extranjeros, por más que este Ministro sea el más firme defensor de

(1) El Marqués de Múzquiz.

la neutralidad.» No hay por qué dar entero crédito á las amargas censuras del Príncipe de Repuin, pues toda su carta está rebosando encono y animosidad; pero es indudable que así los antecedentes de la vida política de Sieyes como su carácter personal, alejaron de él á las personas de distinción en la Corte de Berlín al tratar de sus intereses. Como quiera que fuese, no parece que el Gabinete de Prusia se dejase llevar más de las ponderaciones y baladronadas del Embajador ruso que del arte silogístico del ideólogo francés. A la magnífica perspectiva que el Príncipe de Repuin trazaba de las grandes ventajas que el Rey Federico Guillermo lograría uniéndose con los dos Emperadores contra la República francesa, y salvando así, por consiguiente, al Imperio germánico, respondía el Ministro Hangwitz que el Rey estaba resuelto á no permitir que los franceses pasasen el Rhin; pero que deseaba también mantenerse neutral en las negociaciones y no caer en los yerros en que había incurrido el Rey su padre. El Ministro Hardemberg, que había ajustado en Basilea el Tratado de paz con Francia, habló todavía con mayor claridad al Negociador moscovita, y le dijo que no creía que fuese posible unirse con el Austria para poner término á las ideas ambiciosas de la Francia, porque el Gabinete de Viena no tanto se proponía fundar la paz de Europa sobre bases duraderas, como trabajar en su propio engrandecimiento. «Este Gabinete, añadió, firmó el Tratado de Campoformio con el único objeto de apoderarse de los despojos de Italia y de Alemania, y es muy de temer que en las negociaciones actuales trate también de asegurar más y más lo que le concedió aquel Tratado. Por eso la Prusia no aparta los ojos de la Baviera. Príncipe: ponga usted en cotejo este pro-

ceder del Austria con el que tuvo la Prusia en el Tratado de Basilea, sacrificando sin resarcimiento ninguno dos provincias suyas en las márgenes del Rhin, á fin de ganar tiempo para cicatrizar sus llagas y atender á la seguridad de la Alemania.» Cuando el Príncipe de Repuin ponderaba el noble carácter del Emperador Pablo I y la confianza que debían inspirar sus elevados sentimientos; cuando exponía que este Príncipe había mostrado desde la edad de diez y siete años un entendimiento superior y luces que con dificultad se suelen tener en tan temprana edad; que á su advenimiento había dado pruebas de ánimo noble y recto, haciendo desenterrar á Pedro III para colocarle en un féretro al lado del de la Czarina, con una banda que los unía y llevaba esta inscripción: *Desunidos en vida, unidos después de muertos;* cuando se decía que Baratinsky y Orloff, asesinos del Monarca, tuvieron orden de ir á la cabeza del acompañamiento, haciendo el duelo, y que el Emperador había sabido honrar la memoria de su padre por este medio, sin ofender ni vilipendiar la de su madre; cuando ensalzaba el noble desinterés con que se conducía en los asuntos de Europa el Soberano de un Imperio que por un lado tocaba en el polo boreal y por otro en el mar Caspio, hasta el cual no podía llegar nunca el contagio de la Revolución francesa; cuando aseguraba, en fin, que el Czar no tenía más objeto que velar sobre los intereses generales de los Estados y que en ninguna manera quería aumentar ni mejorar los suyos, el Barón de Hardemberg, imparcial y equitativo en su juicio, confesó que no dejaba de haber motivos en que apoyar el panegírico del Emperador Pablo; pero que convenía desconfiarse de los caracteres magnánimos, porque se dejan llevar de sentimientos generosos, gus-

tan de acciones caballerescas y suelen perder á veces de vista las reglas de la prudencia.

No parece que Sieyes tuviese motivo para estar más satisfecho de las disposiciones del Gabinete prusiano que el Embajador ruso. «La Prusia, decía el ciudadano Talleyrand (1), no quiere tomar ningún partido, ó por mejor decir, toma el peor de todos, que es no resolverse á nada. Al Rey se le ha metido en la cabeza que no ha de resolver por los avisos de sus más ilustrados Consejeros. Por ojeriza á la revolución no quiere unirse con la Francia, por más que las ventajas que le resultarían de esta alianza sean muy grandes. A que se agrega que no se atreve á coligarse. Por manera que quiere á cualquiera costa quedarse solo. Para Francia eso no es malo, porque mientras ese entorpecimiento prusiano dure, podrá acabar con otros.

»..... Repuin echa bravatas; se entiende con los austriacos; dice que 100.000 rusos se han de juntar con el ejército del Emperador, pero hacen poco caso de sus baladronadas.»

Negociaciones de Seltz.

Al mismo tiempo que el Emperador de Alemania trataba con el Emperador de Rusia, entabló también negociaciones separadas con la República francesa en Seltz, pueblo corto de Alsacia, cercano de Rastadt. Français de Neuchâteau fué el Enviado del Directorio; el Conde de Cobentzel representó al Emperador. Por ninguna de las dos partes hubo deseos sinceros de llegar á una transacción, á lo que parece. Si Cobentzel pedía que el ejército francés saliese de Suiza,

(1) Carta del mes de Julio de 1798.

el Plenipotenciario de la República exigía por su parte que las tropas imperiales se retirasen de una parte de la Baviera ocupada militarmente por ellas. Cuando Français de Neuchâteau solicitaba el mantenimiento de la República romana, el Conde de Cobentzel volvía á pedir á Mantua y las Legaciones. De modo que las conferencias de Seltz no trajeron ningún resultado. El Emperador Francisco, no pudiendo, pues, sacar partido ninguno con los franceses, ó creyéndose quizá bastante adelantado ya en sus preparativos de guerra, comenzó á tratar seriamente de su alianza con Rusia. El mismo Conde de Cobentzel pasó á Berlín y firmó allí un Convenio con el Príncipe de Repuin.

Carta de Azara al Ministro Saavedra.

Cuáles fueron los designios del Directorio en punto á la paz, se ve por la carta siguiente de nuestro Embajador Azara al Ministro D. Francisco Saavedra, de fecha 10 de Septiembre de 1798: «En cuanto al exterior, dice; á la guerra y á la paz, el Directorio es el más despótico del mundo; por manera que carece de influjo adentro é infunde terror afuera. Los cinco Directores no son los más instruídos en diplomacia ni entienden mucho de los intereses respectivos de las naciones de Europa, ni tal vez de los de la Francia misma; pero recalentadas sus imaginaciones con la novedad de hallarse en las manos con un poder inmenso, son tanto más terribles cuanto no nacieron ni se educaron para saberse moderar, y las victorias pasadas les dan una avilantez que no se para ni en dificultades ni en injusticias. Pretender instruirlos y moderarlos sería asunto muy arduo, puesto que se nie-

gan á la discusión. Sin embargo, en cuanto me ha sido posible he procurado entrar en materia con Barrás y Treillard, y aún más con el Ministro Talleyrand, que tiene mucha más instrucción y buena manera; pero como los asuntos son tan vastos y complicados, no es posible desentrañarlos en conversaciones pasajeras, y todo queda imperfecto. He querido fijar un punto, que es el más eventual, y les he rogado más de una vez que me digan positivamente y de buena fe si quieren la paz ó no. Me han respondido constantemente que sí y que la desean con ansia, pues están sufriendo los inconvenientes, los gastos y todo el peso de la guerra, sin hacerla y sin poder dar de comer á sus soldados á costa del enemigo. En tal caso, les he dicho, se necesita poner los medios. Los que veo que ustedes usan no me parecen los más á propósito, porque el haber llevado la negociación á Berlín podía ser conveniente para tratar intereses particulares con aquella Corte, mas nunca se adelantará nada para concluir la paz con Viena, siendo tal la rivalidad de ambas Cortes que si se conviene algo con la una, es infalible que se muestre contraria la otra.

»Ustedes mismos me confiesan que el Rey de Prusia desea quedar neutral; que no quiere firmar alianza con Francia hasta después de concluída la paz continental; que pide que la Francia le comunique los artículos que contrató con el Emperador y que ustedes no le han comunicado aún, y que sólo entonces promete emplear sus buenos oficios para traerle á la paz; que las compensaciones que se podían dar al Emperador en Alemania para cumplir el Tratado de Campoformio traerían sus inconvenientes, y tal vez una guerra en que la Rusia podría tomar parte, y que están ustedes resueltos á no darle ya más en Italia. So-

bre tales fundamentos, les he dicho, ¿qué es lo que piensan ustedes adelantar en Berlín? Mi parecer es que siguiendo las diversas negociaciones que ustedes traen en aquella Corte para sus intereses recíprocos, hagan ustedes lo mismo con Viena, atacando á aquel Gabinete con tal fuerza que se tenga que decidir. Para esto el mejor medio sería, á mi parecer, proponer la mediación del Rey mi amo, como ya he insinuado á ustedes varias veces, y declarar francamente por su medio la disposición que la República tiene á hacer la paz, presentando para ella las condiciones que se crean más razonables y admisibles. Les he añadido que me constaban las intenciones y deseos de S. M. de contribuir á tan deseado bien, y el gusto con que se prestaría á esta mediación; que yo había hecho un descubrimiento en Viena, pero que prometiéndome poco fruto de él, por razones particulares, me parecía necesario hacer la proposición directa por parte de la República, y que estando yo tan seguro de las intenciones benéficas de mi amo, tomaría sobre mí dar cualquier paso que se tuviere por conveniente, disponiendo de mi persona para todo.

»Les han hecho alguna fuerza mis razones.

»Entre tanto participo á V. E. la noticia del plan que, según me han confiado con mucha reserva, premeditan para este gran negocio. No quieren cumplir el Tratado de Campoformio, que miran como un disparate de Bonaparte en cuanto á los artículos secretos. No quieren dar ninguna compensación en Alemania, ni que el Emperador extienda una pulgada de territorio en Italia. Si la paz se hace, lo que en Italia es República en el día quedará República, y lo que es Monarquía continuará siéndolo, sin permitir que se revolucione ningún otro país; pero si la guerra vuel-

ve á encenderse, será de todo lo que Dios quiera.

»Para forzar al Emperador á aceptar la paz, el medio que habian imaginado hasta ahora era solicitar la alianza del Rey de Prusia, para cuyo fin enviaron á Berlín al famoso Sieyes; pero como ven que los prusianos no quieren tal alianza, van ahora á ver si pueden hacer concluir la paz del Imperio en Rastadt, con la ayuda é influjo del Rey de Prusia, que tiene grande interés en enajenar á los Príncipes del Imperio de la casa de Austria. Si consiguen esto, propondrán, ó á lo menos publicarán, que han concluído una alianza entre España, Prusia, Francia y Suiza; lo cual creen que impondrá tal respeto al Emperador, que convendrá en firmar la paz.

»Todo esto está muy complicado y no me parece que podrá verificarse: así se lo he dicho claramente á estos señores. Tampoco tengo por fácil la empresa de remover á Thugut del Ministerio de Viena, porque los ingleses le sostienen á fuerza de dinero y el Emperador es de carácter inflexible y obstinado; y como la Francia pidió y obtuvo ya su remoción después del Tratado de Campoformio, por lo cual fué nombrado Cobentzel en su lugar, el Emperador, que está arrepentido de aquella condescendencia, sostiene al primero, y con pretexto de negociaciones ha enviado al segundo á Berlín y Petersburgo.»

Varios Tratados.—Nueva coalición contra Francia.

El Directorio se hacía ilusiones acerca del estado de las cosas, porque claro estaba que los Gabinetes de Europa, alentados con la declaración de guerra de la Puerta Otomana contra la Francia á resultas de la invasión de Egipto y del desastre de Abukekir, no ma-

lograrían tan favorable ocasión de recobrar lo perdido en las campañas anteriores. Antes de que espirase el año de 1798, el Emperador Pablo I había firmado ya un Tratado con la Corte de Viena: en él se estipulaba que 60.000 rusos se pondrían en marcha inmediatamente para el Danubio. El 29 de Noviembre firmó otro Tratado con el Rey de las Dos Sicilias contra la Francia. El 29 de Diciembre otro convenio definitivo con la Puerta Otomana. Para consolidar todavía más estas alianzas, se firmó la de Rusia é Inglaterra en San Petersburgo, el 29 de Diciembre, por Sir Carlos Withwocth, á nombre del Rey de la Gran Bretaña, y por el Príncipe Besboroelks, el Vicecanciller Kotichubey y el Conde Rostopchin, á nombre de Pablo I. Al ajustar este último Tratado, se esperaba que el Rey de Prusia entrase todavía en la coalición: en tal caso, el Emperador se obligaba á darle un socorro de 45.000 hombres, cuyo sueldo debería correr por cuenta de la Inglaterra; pero Federico Guillermo no abandonó su neutralidad. A principios del año de 1799 estaba ya formada del todo la coalición, que iba á poner á la Francia en el riesgo más inminente.

El Czar quiere que el Rey Carlos IV tome parte en la coalición.

El Emperador Pablo I, que era el alma de esta cruzada, quiso también que el Rey de España entrase en ella, y al intento se hicieron proposiciones reiteradas. Vivían los dos imperios en buena correspondencia desde largo tiempo. La Emperatriz Catalina había mostrado cordial amistad por España y aprecio personal por su Rey Carlos III. Las cosas siguieron del mismo modo en el Gobierno de Carlos IV hasta el fallecimiento de la Czarina. Al advenimiento de su hijo,

el Gabinete de Madrid quiso dar un testimonio de sus sentimientos, y nombró al Duque del Parque, Embajador extraordinario cerca de la Corte de San Petersburgo, para que felicitase al nuevo Soberano. El Duque se puso al punto en camino para su destino, atravesando la Francia y la Alemania. ¿Cuál no sería su sorpresa cuando, al llegar á los Pirineos, supo por un correo de Azara que el Directorio se negaba á darle pasaporte para su viaje? A los franceses no se les ocultaba la mala voluntad que les tenía el nuevo Emperador, y acostumbrados á ver á España obediente siempre á sus caprichos, le intimaron su resolución de que quedase sin efecto el nombramiento del Duque del Parque, el cual pasó á Alemania sin carácter ninguno diplomático, como viajero que corría las ciudades de Europa meramente por satisfacer su curiosidad. Como el Emperador de Rusia viese las buenas disposiciones del Gabinete de Madrid por su persona imperial, hizo cuanto estuvo de su parte, no tan solamente para mantenerlas, sino también para atraer á Carlos IV al sistema político en cuyo triunfo él Czar estaba tan vivamente interesado. No hubo ningún género de proposiciones y ofertas que no hiciese llegar. Soldados, navíos, dinero; ventajas de toda especie para el comercio y la marina; mediación para ajustar un Tratado con Inglaterra; en una palabra, cuanto dependiese de su voluntad y poder, todo lo ofrecía con tal que el Rey consintiese por su parte en romper su alianza con la República. El conducto por donde hizo llegar estas ofertas fué la Corte de Portugal. Pero Carlos IV, bien hallado con su dependencia de la Francia, no admitió los partidos propuestos por la Rusia, y tuvo buen cuidado de poner este nuevo sacrificio en noticia del Directorio, reiterándole las seguridades de

su buena fe y su deseo de cumplir invariablemente el Tra'ado de unión.

No debió admirar al Emperador Pablo que el Gabinete español, prefiriendo la amistad de la República á sus ofrecimientos, dejase de dar oídos á ellos, ni es de creer que por esto hubiese venido á un rompimiento con el Rey Católico, pues toda Europa sabía que la unión de este Monarca con la República no nacía de afecto, sino de temor, y que Carlos IV hubiera abrazado de buena gana la causa de la coalición á no haberle dominado esta pasión. Lo que agrió los ánimos de los dos Soberanos fué el Gran Maestrazgo de la Orden de San Juan de Jerusalén, que el Emperador de Rusia admitió con la mayor solemnidad.

Al hacerse Bonaparte dueño de la isla de Malta, las dignidades y caballeros del Gran Priorato de Rusia se reunieron en el Palacio de la Orden en San Petersburgo, y protestaron ante Dios y los hombres contra tan descarada usurpación, declarando privados de sus honores y dignidades á todos los que habían aceptado ó consentido el Tratado infame de la entrega de la isla, y cortaron toda especie de trato con aquellos miembros *indignos*, *contagiados* y *corrompidos*. Después de decretar que Fernando de Hompech, último Gran Maestre, había perdido sus derechos á la honrosa dignidad con que estuvo condecorado, concluían diciendo que se echaban en los brazos de su augusto y soberano protector Pablo I, Emperador de todas las Rusias, confiados en su justicia, en sus sentimientos y en sus favores. Satisfecho el Emperador de tal homenaje, dijo que tomaba la Orden bajo su amparo; y correspondiendo aquellos caballeros á la dignación del Emperador, proclamaron en su nombre y en el de las otras lenguas y grandes Prioratos á Pablo I por Gran

Maestre de la Orden de San Juan de Jerusalén, título que aceptó el Czar con promesa de elevar al más alto grado de esplendor á este instituto militar.

Vastos proyectos tenían entonces ocupada á la Corte de Rusia. Tratábase nada menos que de crear un Protectorado para unir á todas las comuniones cristianas. Católicos, protestantes, griegos cismáticos, todas las sectas, en una palabra, que acatan el Evangelio, habían de entrar en el plan de conciliación imaginado por el Emperador. Semejantes designios podían nacer, sin duda ninguna, de nobles y muy loables sentimientos; pero llevaban en sí mismos tantos obstáculos para su ejecución, que pudieran llamarse, con razón, planes quiméricos. Eralo también muy mucho la idea del Gran Maestrazgo. ¿Cómo los Soberanos católicos, olvidando de repente sus usos y costumbres y hasta sus derechos é intereses, consentirían en que sus vasallos reconociesen por Gran Maestre de un instituto católico al Emperador de Rusia, que estaba fuera de la comunión romana? ¿Las tradiciones de la Orden de Malta tenían algo que ver, por ventura, con el Imperio moscovita, que había estado por tantos siglos fuera del movimiento de la civilización de Europa? La oposición de Carlos IV á reconocer la dignidad en que el Emperador de Moscovia ponía tan grande importancia, es honrosa para su memoria.

La Rusia nos declara la guerra.

Enojado por ello el Czar, nos declaró la guerra, si bien, ocultando su resentimiento, fundó el manifiesto en otras consideraciones políticas, tomadas de la alianza del Rey de España con la República francesa.

Nuestro Soberano publicó el 29 de Septiembre el decreto siguiente:

Declaración de guerra del Rey de España al Emperador de Rusia.

«La religiosa escrupulosidad con que he procurado y procuraré mantener la alianza que contraté con la República francesa, y los vínculos de amistad y buena inteligencia que subsisten felizmente entre los dos países y se hallan cimentados por la analogía evidente de nuestros intereses políticos, han excitado los celos de algunas Potencias, particularmente desde que se ha celebrado la nueva coalición, cuyo objeto, más que el aparente y quimérico de restablecer el orden, es el de perturbarle, despotizando á las naciones que no se presten á sus miras ambiciosas. Entre ellas ha querido señalarse particularmente la Rusia, cuyo Emperador, no contento con arrogarse títulos que de ningún modo pueden corresponderle y de manifestar en ellos sus objetos, tal vez por no haber hallado la condescendencia que esperaría de mi parte, acaba de expedir el decreto de declaración de guerra, cuya publicación sola basta para conocer el fondo de su falta de justicia. Dice así, traducido literalmente: «Nos Pablo I, por la gracia de Dios Emperador y Autócrata de todas las Rusias, etc., etc., hacemos saber á todos nuestros fieles vasallos: Nos y nuestros aliados hemos resuelto destruir el Gobierno anárquico é ilegítimo que actualmente reina en Francia, y, en consecuencia, dirigir contra él todas nuestras fuerzas. Dios ha bendecido nuestras armas y ha coronado hasta ahora todas nuestras empresas con la felicidad y la victoria. Entre el pequeño número de Potencias extranjeras que aparentemente se han entregado á él, pero que en

la realidad están inquietas á causa de la venganza de este Gobierno abandonado de Dios y que se halla en las últimas agonías, ha mostrado la España más que todas su miedo y su sumisión á la Francia, á la verdad no con socorros efectivos, pero sí con preparativos para este fin. En vano hemos empleado todos los medios para hacer ver á esta Potencia el verdadero camino del honor y de la gloria, y que lo emprendiese unida con nosotros: ella ha permanecido obstinada en las medidas y errores que le son perniciosos á ella misma, por lo que nos vimos al fin obligados á significarle nuestra indignación, mandando salir de nuestros Estados á su Encargado de Negocios en nuestra Corte; pero habiendo sabido ahora que nuestro Encargado de Negocios ha sido también forzado á alejarse de los Estados del Rey de España en un cierto término que se le ha fijado, consideramos esto absolutamente como una ofensa á nuestra Majestad, y le declaramos la guerra por la presente publicación, para lo cual mandamos que se secuestren y confisquen todos los barcos mercantes españoles que se hallan en nuestros puertos, y que se envíe orden á todos los Comandantes de nuestras fuerzas de mar y tierra para que obren ofensivamente en todas partes contra todos los vasallos del Rey de España. Dado en Petershof el 15 de Julio de 1799 años del nacimiento de Cristo y el tercero de nuestro reinado.—Firma en el original por la mano de S. M. Imperial.—*Pablo.*»

»He visto sin sorpresa esta declaración, porque la conducta observada por mi Encargado de Negocios y otros procedimientos no menos extraños de aquel Soberano, hacía tiempo me anunciaban que llegaría este caso. Asi, en haber ordenado al Encargado de Rusia, el Consejero Butzow, la salida de mi Corte y Estados,

tuvo mucha menor parte el resentimiento que las consideraciones imperiosas de mi dignidad. Conforme á estos principios, me hallo muy distante de querer rebatir las incoherencias del manifiesto ruso, bien patentes á primera vista, y lo que hay en él de ofensivo para mí y para todas las demás Potencias soberanas de Europa; y como que conozco la naturaleza del influjo que tiene la Inglaterra sobre el Czar actual, creería humillarme si respondiese al expresado manifiesto, no teniendo á quién dar cuenta de mis enlaces políticos sino al Todopoderoso, con cuyo auxilio espero rechazar cualquiera agresión injusta que la presunción y un sistema de falsas combinaciones intente contra mí y contra mis vasallos, para cuya protección y seguridad he tomado y tomo aún las más eficaces providencias; y noticiándoles esta declaración de guerra, les autorizo á que obren hostilmente contra la Rusia, sus posesiones y habitantes.—Señalado de la Real mano.—En San Ildefonso á 9 de Septiembre de 1799.»

Rompimiento de las negociaciones de Rastadt.—Plan de campaña del ejército francés.

Las negociaciones para la paz del Imperio germánico continuaban todavía en Rastadt á principios de 1799; pero el Gobierno francés puso fin á ellas por una nota pasada al Gabinete de Viena el día 20 de Febrero. En ella preguntaba con premura cuál era el objeto de la marcha del ejército ruso. No habiendo tenido respuesta á esta pregunta, declaró que la falta de contestación equivalía á un rompimiento formal. En esta virtud, mandó á sus Generales que diesen prin-

cipio á las hostilidades. Todo estaba pronto para el caso, porque muy de antemano se tuvo ya formado el plan de campaña. El General Jourdan, con un ejército de 46.000 hombres, debía entrar en Suabia y en Baviera, desembocar por Khel y Huninga, correrse inmediatamente hacia las orillas del Danubio y marchar desde allí para estorbar el paso de este río á los austriacos, movimiento que se había de hacer con la cooperación del ejército de Helvecia y del de Maguncia; la fuerza de estos cuerpos era de 30.000 hombres la del primero, que estaba mandado por el General Massena, y de 48.000 la del segundo, á las órdenes de Bernardotte, dependientes ambos de Jourdan. En Italia tenían los franceses 50.000 hombres, sin contar las tropas cisalpinas, ligurianas, polacas y piamontesas. Este ejército había de maniobrar hacia Trento, tomar á Verona y arrojar al enemigo hasta el Brenta y el Piave; con una división suelta iría á Botzen y Brixen y se pondría en comunicación con el ala derecha del ejército de Helvecia. La izquierda del ejército de Italia entraría en Toscana y cubriría al Piamonte y á la República cisalpina. Tan vasta combinación estratégica tenía por objeto desalojar á los austriacos de sus posiciones, acometiéndolas á todas á un tiempo antes de que pudiesen juntar sus divisiones, y señaladamente antes de que llegase el ejército ruso que venía marchando en su auxilio, aunque con lentitud. Si la fortuna favorecía la ejecución de este plan, los austriacos no podían entrar en Italia. Cuatro ejércitos franceses irían á caer por diferentes puntos sobre los Estados hereditarios: de esta manera, el Imperio germánico no padecía vejación alguna, y en tal caso la Prusia, protectora de los Estados de la baja Alemania, había de adquirir necesariamente mayor

importancia por su neutralidad, puesto que ambas partes beligerantes cuidarían igualmente de no descontentarla.

Miras de las respectivas Potencias coligadas.

Era sumamente ventajoso para la Francia el ser sola, porque esto daba unidad á sus operaciones, en vez que entre los Príncipes coligados contra ella cada uno estaba movido por intereses particulares. A la Gran Bretaña le convenía, sin duda ninguna, que la Francia fuese vencida en el continente, y para ello contribuía con subsidios; pero habiendo sido ya vencedora en el mar y siéndole fácil apoderarse de las posesiones de la República ó de las de sus aliados, ponía en esto su principal conato. El Emperador de Alemania aspiraba, ante todas cosas, á recobrar sus Estados de Italia. Pablo I era el único que fuese desinteresado del todo en punto á conservar ó adquirir territorios, siendo su intención tan solamente restablecer en el trono de Francia á la casa de Borbón y libertar á Europa de los revolucionarios de París. Era, pues, evidente que las miras interesadas de Inglaterra y del Austria no podrían menos de influir tarde ó temprano en las operaciones de los ejércitos coligados, y que Pablo I, viendo, en fin, que ambas Potencias se servían de los nobles sentimientos de la Rusia para llegar á los fines de su ambiciosa política, no querría continuar por más tiempo haciendo papel tan desairado, y se retiraría de la coalición.

Atentado cometido en Rastadt contra los Plenipotenciarios franceses.

Antes de referir los sucesos de esta campaña memorable, se debe contar el atentado cometido en Rastadt contra los Plenipotenciarios franceses. El Congreso estaba ya disuelto hacía algunas semanas, y los negociadores de la República se mantenían allí sin dar muestras de emprender su viaje. No se sabe la causa de tal demora. Por fin, reciben orden de las autoridades para la partida el día 28 de Abril (el Congreso se había cerrado el 8). Pónense, pues, al punto en camino; y por la noche, hombres que llevaban el uniforme del regimiento de húsares austriacos de Szeckler les dan alcance y les preguntan cómo se llaman. Apenas dijeron sus nombres, cuando los sacan de sus coches y empiezan á darles cuchilladas. Bonnier y Robersot quedaron allí muertos; á Juan de Bry le dejaron también por muerto, pero pudo escaparse. Ninguna otra persona de las de la Legación fué atropellada; hombres y mujeres fueron todos respetados. Los húsares permanecieron al lado de los coches hasta el día siguiente, en que, á solicitud de Juan de Bry, vinieron las autoridades á hacer información de lo sucedido. ¿Quién mandó cometer tan espantoso crimen? Las sospechas alcanzaron á todos los Gobiernos, aun al mismo Directorio de Francia, porque en la obscuridad que tuvo este suceso cada uno soltó la rienda á las conjeturas. El Austria, siendo la Potencia al parecer más interesada en el crimen, vió llover cargos y reconvenciones sobre ella; pero respondió que era uno de aquellos desórdenes que trae consigo la gue-

rra, y ni mandó siquiera formar causa para averiguar los autores del atentado. Así este negocio quedó envuelto en tinieblas. El tumulto de las armas impidió pensar en ello por entonces, y después quedó olvidado del todo. Lo que se ha dicho de más plausible, sin que por esto pase de ser mera conjetura, es que durante el Congreso hubo negociaciones secretas propuestas por Agentes subalternos, las cuales hubieran traído malas resultas para algunos Ministros en el caso de haber sido descubiertas, y que para evitar que lo fuesen se tomó el partido de matar á los negociadores y apoderarse de todos sus papeles.

Rómpese la guerra.

La campaña comenzó con auspicios muy venturosos para los aliados. Jourdan, lejos de haber podido penetrar en los Estados hereditarios, fué arrollado por el Archiduque Carlos. Massena hizo esfuerzos reiterados, pero inútiles, para apoderarse de las posiciones fortificadas de Faldkirh: por manera que, desde los primeros movimientos de los ejércitos, el plan de campaña del Directorio quedó frustrado en Alemania. Por parte de Italia la fortuna se mostró aún más adversa á los franceses. Sherer, que mandaba las tropas de la República, sufrió gravísimas pérdidas en los diversos combates que sostuvo contra los austriacos, hasta que por fin, reducido el ejército de su mando á la mitad de su fuerza numérica, hubo de retirarse y dejar libre al enemigo la entrada de Italia, aun antes de que Souwarow llegase y se pusiese á la cabeza de las tropas combinadas. Cuando el guerrero moscovita se acercó para acometer á los franceses, su ím-

petu fué tal, que á pesar de la pericia de Moreau, que le disputaba el terreno, los republicanos no pudieron mantenerse en la Lombardía y se retiraron á Génova y al Piamonte. Ni aun allí hubiera quizá podido el Jefe francés detener á Souwarow si éste hubiera obrado libremente con todo el ardor y actividad propios de su carácter; pero se manifestaron claramente entonces las miras interesadas de la casa de Austria. Asegurarse de la posesión de Italia, ese era el blanco adonde se encaminaban los esfuerzos del Gabinete de Viena. El General ruso hubo de ceder, no sin repugnancia, á las representaciones del Emperador Francisco, el cual le escribió haciéndole ver el peligro de los movimientos rápidos y la necesidad de asegurar la posesión de los países conquistados por la rendición de las plazas fuertes que había en ellos, antes de adelantarse á ocupar otras provincias. Por esta circunspección excesiva de los fines particulares del Austria, se salvó el ejército francés.

En vez de caer con todas las fuerzas sobre el ejército de Moreau para obligarle á abandonar enteramente la Italia, en cuyo caso el cuerpo de tropas francesas mandado por Macdonall, que ocupaba la parte meridional de ella, quedaba cortado y perdido sin remedio, el Mariscal Souwarow, cediendo á los deseos del Austria, hubo de atender á cuatro puntos á un tiempo. Contra Moreau envió un cuerpo de tropas considerable con el fin de estrecharle, obligándole á que pasase los Alpes antes de que pudiese recibir socorros de Suiza ni de Francia. Para facilitar las operaciones del Archiduque Carlos, le fué preciso penetrar por todas las gargantas y pasos que conducen á Suiza. Tuvo también que destinar fuerzas considerables para sitiar á Mantua. Finalmente, siéndole preciso contener al

ejército francés de Nápoles, destacó un cuerpo con orden de ocupar todos los pasos de los Apeninos para cortarle la retirada, y mandó también guarnecer las posiciones por donde pudiera lograr su comunicación con Génova. Para colmo de ventura de los Generales franceses Moreau y Macdonall, Souwarow tuvo orden expresa de sitiar á un tiempo á Mantua, Pesquera, Pizzighetone, la ciudadela de Milán y otras plazas de las Legaciones. El resultado de esta falsa dirección del ejército aliado, fué dar tiempo al General Moreau para hacerse fuerte en Génova y para enviar tropas que pudiesen darse la mano con Macdonall. Después de haber sostenido empeñados y gloriosos combates, éste General se reunió por fin con Moreau.

Mal éxito de la campaña para los franceses.—Agitación de los partidos en Francia con este motivo.—30 «prairial.»

Por más que los ejércitos franceses no sufriesen fuertes descalabros como los hubieran podido padecer, el mal éxito de la campaña se hizo sentir al punto en Francia, en donde el Gobierno del Directorio se hallaba desconceptuado y, por tanto, vacilante. Removiéronse los partidos al ver á los enemigos amenazando ya las fronteras de la República, y atribuyeron esta desgracia al Directorio; que los triunfos ó las derrotas de los ejércitos ensalzan ó abaten á los Gobiernos, sin que tengan muchas veces la menor parte ni en aquéllos ni en éstas. Parecía á los terroristas que así como tuvieron actividad y energía en 1793 para vencer á los enemigos exteriores, también podrían ahora repelerlos y alejarlos. Por el contrario, los partidarios de la antigua Monarquía no dudaban de que

se acercaba el momento de restablecerla. Acordes estaban los dos bandos para derribar al Directorio; pero cada uno de ellos se proponía el triunfo de su causa después de la caída de los gobernantes de Luxemburgo. Además de estas dos facciones había otra que era intermedia, por decirlo así, pues deseaba conservar la forma de Gobierno representativo y con ella los intereses principales creados por la revolución; pero conociendo que la autoridad no estribaba sobre bases sólidas, pretendía restablecer la Monarquía y colocar en el trono á una dinastía nueva. Muy viva era la agitación de estos tres partidos, y muy incierto también el resultado de sus gestiones y movimientos respectivos. Sieyes acababa de entrar en el Directorio. El malogro de todos los planes de constitución que había adoptado después de 1789, y aún más quizá que esto, su reciente viaje á Berlín, en donde vió de cerca las ventajas del poder monárquico, le convencieron de que la unidad era también necesaria en Francia. Otro Director que propendía á la misma idea, del cual se sospechaba que tenía inteligencias con los Príncipes franceses, era Barrás. Convinieron fácilmente ambos Directores en la necesidad de poner fin á la anarquía republicana; pero no se les ocultaba que esta obra tocaba á un General acreditado, pues sólo con la intervención militar se podía contener á las facciones. Joubert era joven, bizarro y estaba ansioso de gloria; por tanto, les pareció acertado destinarle á la dictadura: con esta intención le nombraron Comandante militar de París. No bastaba esta sola medida para conseguir el fin. Era menester deshacerse de los otros tres Directores, es á saber: Treillard, Merlin (de Douai) y el célebre visionario La Reveillère-Lepaux (el inventor y padrino de la secta de los *teophilantropos)*, pues todos tres

eran afectos á la República. Pusieron manos á la obra y echaron del Directorio á Treillard con pretexto de que su nombramiento había sido ilegal. A Merlin y á La Reveillère-Lepaux les obligaron á hacer dejación de su puesto, y fueron reemplazados los tres por Gohier-Roger, Ducos y Moulins. Reinhart sucedió á Talleyrand en el Ministerio de Negocios extranjeros; Bernardotte (hoy Rey de Suecia) tuvo el despacho de la Guerra; Cambaceres el de Justicia, y Fouché fué encargado de la Policía. Al General Joubert, sobre quien se fundaban las principales esperanzas, se le confió el mando del ejército de Italia. El partido de Sieyes no alcanzó este triunfo sin gran trabajo. Antes de que se formase el nuevo Gobierno hubo de hacer frente á una oposición sumamente violenta, cuya principal fuerza consistía en el bando jacobino, siempre activo y revoltoso. Sieyes tenía un gran número de enemigos. Había un club presidido por el regicida Drouet, que le hacía cruda guerra; los diarios injuriaban también continuamente al nuevo Director y á su pandilla. En el Directorio mismo no dejaba de haber desacuerdo entre los miembros elegidos y sus colegas. Gohier y Moulins protegían abiertamente á los que querían retroceder al Gobierno y á los excesos y delirios de 1793.

La situación era crítica. M. Thiers resume de este modo las fuerzas de la oposición que había contra el Gobierno: «Doscientos Diputados enemigos descubiertos, á cuyo frente se hallaban dos Generales acreditados, el Ministro de la Guerra (Bernardotte) y el Comandante de la plaza de París (Augereau); dos Directores, un crecido número de clubs y de diarios, otro no pequeño de hombres comprometidos, los que por esto eran más á propósito para un golpe de mano.

Aunque el partido de la Montaña no pudiese volver á levantar cabeza, causaría siempre sobresalto á los que tenían tan presentes los sucesos horribles de 1793.» Por fin, llegó á calmarse esta agitación y el Directorio pudo gobernarse sin temor de otras revoluciones por entonces.

Intervención de D. José Nicolás de Azara.

El Embajador D. José Nicolás de Azara creyó de su deber interponer sus oficios para que el Gobierno francés conservase autoridad y saliese á salvo por entre los esfuerzos de las facciones que se agitaban en torno de él. A la firmeza y decidida resolución con que Azara obró, fué debida la terminación de este movimiento interior de los partidos, que hubiera podido tener consecuencias funestas.

«Todo el mundo sabe, dice Azara, cómo se ejecutó el 30 *prairial* la destitución de los tres Directores; pero no todos pueden saber los resortes secretos que la obraron. Un gran partido realista se unió al jacobinismo fino, porque unos y otros querían destruir el poder que dió al Directorio el famoso 18 *fructidor*. En este objeto todos convenían; pero en lo demás se odiaban de muerte, no pudiéndose dar en el mundo cosas tan contradictorias é incompatibles como realistas y jacobinos. Estos, con su audacia habitual, consiguieron el triunfo contra el Directorio, y apoderados del mando trataron de restablecer el reinado del terror, como en tiempo de Robespierre. Comenzaron por dar á la imprenta todas las licencias; resucitaron el club famoso de los *jacobinos;* apoderáronse de la sala del *ma-*

neje ó picadero, en donde fué condenado el infeliz Luis XVI; llenaron de cañones todos los sitios públicos de la ciudad, y haciendo las propuestas más extravagantes, las enviaron á los Consejos, los cuales, declarándose en permanencia, tomaban cada cuarto de hora una resolución violenta y la enviaban al Directorio para su ejecución. Depusieron á tres de los Directores, y los dos que quedaron perdieron toda su energía, sirviendo solamente de instrumento para poner por obra las determinaciones del club y de los Consejos; nombraron tres Directores de los más acérrimos jacobinos, y en el espacio de tres días obligaron á renunciar á todos los Ministros y mudaron casi todos los empleados en la extensión de la República, reemplazándolos con los más señalados en su secta. Por aquellos días habían sucedido las derrotas de los ejércitos de Italia y de Suiza, y para remediarlas hicieron en el club la moción de declarar la guerra á España, cuya conquista y riqueza, decían, era el único medio de resistir á la coalición, y, de consiguiente, á Europa.

»En tal estado de cosas quisiera yo que me dijesen si un Embajador de España debía callar y dejar que asesinasen á su Rey y á su nación. Tomé, pues, el partido de pasar una nota al Directorio, esperando ponerle por este medio en estado de resistir á los jacobinos y de contener su prepotencia. En ella exponía que las naciones extranjeras no podíamos tener ninguna confianza con el Directorio, porque no era ya el representante de la nación, supuesto que otros Cuerpos le daban la ley y le deponían; que el Rey mi amo, siendo el primer aliado de la República, tenía derecho á saber con quién había de tratar y á exigir una garantía de que lo que se conviniere sería mantenido irrevocablemente, lo cual en aquel estado de cosas no

se podía asegurar, pues que el Directorio era esclavo de los Consejos y de los clubs. Tocaba los inconvenientes de la mutación de Ministros y de poner á un jacobino á la cabeza de los negocios, de quien yo no podía hacer mi confidente. Esto lo decía porque sabía yo que estaba destinado al Ministerio de Estado Carlos Delacroix, conocido por uno de los más acérrimos revolucionarios. Escribí, pues, una nota y la pasé al Presidente del Directorio.»

Nota de Azara.—«Ciudadano Presidente: Se dice de público que el ciudadano Talleyrand va á ser separado del Ministerio de *Negocios extranjeros*. El Embajador de España sabe muy bien que no debe mezclarse en las determinaciones de la República ni en su régimen interior; mas cree que no puede prescindir de hacer presentes al Directorio ejecutivo las resultas de esta mudanza de Ministro y del giro que va tomando este Gobierno, según se advierte.

»Al Directorio le consta que, de acuerdo con el ciudadano Talleyrand, he trazado el plan de la campaña marítima que va á abrirse contra el enemigo común; y para ejecutarle, todas las *fuerzas navales de España van á llegar á Brest*, para obrar de consuno con las de la República contra Inglaterra, por donde se ve manifiestamente la confianza sin límites que el Rey mi amo tiene en la honradez de sus aliados, puesto que le entrega sus armadas, sus tropas y todo cuanto sirve para defender sus Estados de Europa é Indias.

»Fundábase esta confianza así en el convencimiento de que el Poder ejecutivo era una autoridad libre é independiente, con la cual, ya los amigos de la República y ya sus enemigos, podían tratar, y descansaba también en los principios reconocidos por los Ministros de quienes se servía.

»Al punto que este sistema tenga la menor variación, ó que los Poderes políticos se debiliten, sea por la causa que quiera, si es extraña á su constitución, el interés recíproco no puede ya existir. Para que vuelva á haber confianza, se han menester nuevas explicaciones y seguridades positivas.

»Si el nuevo orden de cosas produjese los efectos que son de suponer; si se formase en la República un Cuerpo legal ó no que pudiese impedir ó embarazar las operaciones del Poder ejecutivo, la confianza del aliado ó se disminuiría ó se acabaría del todo. Los planes concertados no podrían ser puestos por obra.

»No pretendo, ciudadano Presidente, entrometerme en manera ninguna en vuestro régimen interior, como dejo ya dicho; respeto la forma de Gobierno que plazca á los franceses establecer, y la respetaré en todo tiempo; pero tengo derecho y necesidad de saber cuáles sean los poderes de los que representan al pueblo: para tratar sin desconfianza ni reserva, se necesita estar muy seguro de ello. Se han de considerar las naciones como individuos particulares, entre los cuales no puede haber contrato ninguno legítimo sin plena libertad é igualdad de contratar. Importa poco á los franceses que el Rey mi amo se valga en sus relaciones con la República de tal ó cual Cuerpo, de tal ó cual individuo, con tal que su voluntad sea transmitida por medio de su Ministro competentemente autorizado, porque se puede contar en tal caso con la inviolabilidad de sus promesas. Del mismo modo á S. M. le son indiferentes la forma y el modo en que la República arregle sus deliberaciones; pero debe asegurarse de la solidez del canal por donde se entiende con él, y de que ninguna fuerza, ya interior, ya exterior, ha tenido poder para variarle.

»Supongamos que la escuadra española haya llegado á Brest equipada y pronta á moverse según el plan acordado con el Directorio ejecutivo, y que el Cuerpo legislativo, ó cualquiera otra sociedad popular, quiera meterse en las operaciones de la guerra; demos caso para suponer aun lo imposible, que intenta cometer algún atropellamiento contra los españoles, no habría nadie que no acusase á mi amo de imprudencia si no lo hubiese precavido; y yo, que soy su Embajador, debería ser tenido con razón por el más estúpido de los negociadores, si no pudiese justificar mi conducta á los ojos de mi Rey y de mi nación. He supuesto el caso posible de un atropello contra la armada española anclada en el puerto de Brest, no porque semejante insulto, tan contrario al carácter y á la lealtad de los franceses, se me pase siquiera por la imaginación; pero hay locos y traidores por todas partes, y como nuestros enemigos saben muy bien valerse de bandoleros y asesinos que bajo las apariencias del republicanismo más exaltado trabajan por engañar y pervertir á las gentes más honradas, es menester vivir con precaución. En una sociedad de estos falsos patriotas se hizo antes de ayer la propuesta siguiente: «Es preciso »que España ayude á la República; es menester tra»tar de los medios que se podrán adoptar para hacer »allí grandes mudanzas y proclamar la *República his»pánica*, hallándose destruídas ya las de Italia y no »quedando en Francia otra riqueza más que la de Es»paña.» Estas máximas, aunque atroces é infernales, que nadie oiría sin execración, fueron allí muy aplaudidas. Si tales monstruos deben tener, pues, el influjo más mínimo en las operaciones del Gabinete, ¿qué seguridad habrán de tener los aliados de la República, siendo así que al mismo tiempo que se les tiende

la mano en señal de amistad, se les clava el puñal en el pecho con la otra?

»Suplico á usted, ciudadano Presidente, que comunique estas reflexiones al Directorio ejecutivo, rogándole que se sirva entrar conmigo en algunas explicaciones para tranquilizar á mi Soberano y á mi patria, y saber si puedo confiarme en las fuerzas del Directorio y en la buena fe del Ministro de Relaciones exteriores que vais á nombrar por dimisión del ciudadano Talleyrand, con quien he tratado hasta ahora todos los negocios con la franqueza que el Directorio sabe.

»Dios guarde á usted muchos años. París 24 de Julio de 1799.»

El partido terrorista de Francia fué vencido en la lucha. Los amigos de Urquijo, que pertenecían á esta facción, no perdonaron nunca á nuestro Embajador el triunfo que consiguió sobre ella: por tanto, estimularon al Secretario interino de Madrid para que le separase de la Embajada.

Algunos escritores franceses que hablan de los sucesos de aquel tiempo, sientan como cierto que el partido de Sieyes y el General Joubert movieron cielo y tierra para poner en el trono al Duque de Orleans, hijo del regicida Felipe *l'Egalité*, de odiosa memoria. Habiendo servido el Duque de Orleans, cuando mozo, en los ejércitos de la República, y siendo inocente, por otra parte, de los crímenes de su padre, se creía que su elevación á la Corona podría ser grata á la nación francesa. Es indudable que así lo decían las cabezas de este bando, si bien era de recelar que, bajo el aparente deseo de proclamar al Duque de Orleans, anduviesen quizá cubiertas de miras de interés personal y ambiciosos intentos. En el caso que el General Joubert hubiese llegado á conseguir la dictadura, no ha-

bría sido quizá más melindroso que Bonaparte lo fué después. Antes de llamar á otros á mandar, habría preferido tal vez tomar las riendas del Gobierno él mismo. Como los escritos publicados sobre esta época, y aun los avisos secretos de los Agentes diplomáticos dados desde París, hayan repetido que nuestro Embajador Azara trabajó entonces con empeño porque la Casa de Orleans fuese llamada al trono de Francia, pondremos en claro la conducta que el Embajador español observó en esta ocasión. Dice lo siguiente en sus *Memorias* inéditas que posee el señor Coronel Puig, residente en París:

«Mi situación era la más embarazosa. Mis cartas particulares á España, por las que había podido instruir á los Reyes de lo que tanto les importaba, eran interceptadas con una inquisición la más rigurosa, y era público en la Secretaría que, apenas llegaba algún correo mío, venía un Oficial del correo de Madrid para abrirlas. Lo que escribía de oficio era aún más arriesgado, porque se comunicaba á Portugal, si era negocio de aquella Corte; ó á Guillermardet, torciendo las frases y el sentido de modo que pudiera hacerme odioso en Francia; ó á Walkenaer, que es lo mismo que escribirlo á Pitt, ó, finalmente, creía, á no poderme engañar, que Urquijo ó no leía mis cartas á los amos, ó las leía truncadas y tal vez torciendo el sentido. Las correspondencias clandestinas del Ministro con París eran todas con jacobinos revolucionarios, enemigos de toda Monarquía, y, por consiguiente, enemigos míos muy acérrimos. Me constaba la idea diabólica que había dado á los Reyes de mi carácter, pintándome como hombre duro, intratable y sin religión, y todo esto porque temía que yo, por mano de los franceses, le removiese del caro Ministerio que nunca le

he envidiado, ni se me ha pasado por la cabeza el envidiarle; antes debo confesar que siempre le he dado armas con que mantenerse en él.

»Varias operaciones políticas se me han presentado así para la paz como para mudar el sistema de la Francia en el sentido que podría ser más agradable á mis amos; pero temiendo el abuso que infaliblemente haría de las noticias, confieso que se las he ocultado (al Ministro Urquijo), y no podré negar que traía entre manos un proyecto grande y que se le tenía detallado en una larga carta; pero que conociendo la delicadeza de la materia (y que aun por extraordinario se arriesgaba), le había quemado, y así era verdad, como puede dar testimonio el Duque de Osuna, á quien se lo confié..... (1).»

El proyecto de que se habla en estas últimas líneas era el que se concertó contra este Embajador y el General Joubert para restablecer á un Príncipe de la casa de Borbón en el trono de Francia. Azara da cuenta de este plan en sus *Memorias*, escritas todas de su puño y con intención de que no viesen la luz pública sino después de su fallecimiento.

Proyecto comunicado por el General Joubert á D. Nicolás de Azara.

El General Joubert fué un día á casa de Azara y con gran sigilo le reveló que estaba acordado entre los Generales en Jefe de los ejércitos echar abajo al Directorio, y para esto se contaba con España; añadió que era visto que las opiniones y costumbres de

(1) Carta al Príncipe de la Paz.

la nación francesa eran monárquicas, y que, en consecuencia, se hacía preciso que volviese á la Monarquía. Sorprendido Azara, quizá desconfiado de semejante revelación, entró en materia con timidez; pero habiendo adquirido por fin seguridad, pasó á tratar en varias conferencias con Joubert acerca de lo que convenía hacer. Dando por supuesto que el acuerdo entre los Generales lograse derrocar al Directorio, y que fuese posible volver al Gobierno monárquico, se puso en deliberación cuál sería el Príncipe que hubiese de reinar en Francia. En sentir de Joubert, los Príncipes emigrados debían ser excluídos, porque además de no estar bien quistos, tenían motivos personales de exclusión. El Conde de Provenza (después Luis XVIII) no podía andar por su pie. El Conde de Artois (Carlos X) era un libertino. España, añadía, nos dará un Rey, puesto que tiene varios Infantes. Azara, aunque interesado en ensalzar á la Familia Real colocando á uno de nuestros Príncipes en el trono de su abuelo Luis XIV, se halló en la necesidad de responder que ninguno de ellos tenía educación ni ideas que pudiesen convenir á la Francia, y que, por consiguiente, no había ninguno que fuera á propósito para tomar las riendas del Gobierno en un país tan agitado, lo cual era verdad. En vista de esta repulsa, pasaron á examinar si convendría poner en el trono al Duque de Orleans, estableciendo una Constitución con dos Cámaras, á imitación de la Inglaterra. La idea les pareció buena; pero nada quedó resuelto en cuanto á este punto, dejando al tiempo que indicase el partido más conveniente. Joubert partió para la Borgoña á casarse con Mlle. de Montholon, y desde allí fué al ejército de Italia. «Venceré á los austriacos,» le decía á Azara. «Al día siguiente de

la victoria les ofrezco la paz y me pongo en marcha sobre París.» Llevó consigo gran número de Ayudantes de campo, porque en lugar de cartas que podían descubrir su secreto, quería entenderse con los otros Generales y con Azara, enviando emisarios. Sabido es que la fortuna desbarató el plan y que Joubert fué muerto en la batalla de Novi.

Azara afirma haber enviado fondos á un banquero de Lyon, por haberle dicho Joubert que necesitaba dinero para la ejecución de lo convenido entre ellos.

Que los otros Generales en Jefe de los ejércitos franceses estuviesen de acuerdo con Joubert, lo confirman todas las Memorias de aquel tiempo. Por tanto, si Joubert hubiera sido vencedor en la batalla de Novi, el plan hubiera sido puesto por obra; pero la suerte fué adversa á los franceses en esta jornada, y todos los planes quedaron desvanecidos con la muerte del General en Jefe.

Batalla de Novi.

El encuentro entre los ejércitos ruso y francés pasó de esta manera: Souwarow tenía puesto sitio á Tortona y á Seravalle, al mismo tiempo que, bloqueando á Mántua y Alejandría, atendía también á otras diversas operaciones. Su designio era penetrar por el Estado de Génova, en la Provenza y el Delfinado, al punto que tuviese en su poder aquellas dos fortalezas. Instaba vivamente al Archiduque Carlos para que arrojase á Massena de Suiza y para que, entrando en el Franco Condado, tomase posesión entre el Saona y el Ródano, y desde Lyon se juntase con él para concertar sus operaciones. Verificada así la reunión de

los ejércitos, le parecía fácil echar abajo al Directorio y reponer en el trono de Francia á un Príncipe de la casa de Borbón. Joubert se veía, pues, en la necesidad de pelear si había de libertar á dichas plazas. Para el feliz resultado de la batalla contaba con un ejército numeroso y bien ordenado, merced al General Moreau, que había trabajado con el mayor celo en reorganizarlo. ¿Con qué confianza no entraría, pues, Joubert en la pelea, y cuán lisonjeras esperanzas no halagarían su ánimo? Los aliados estaban tan lejos de pensar que tuviese la audacia de acometerlos, que los Generales Miladowitsch y Bagracion habían convidado á las damas italianas á un magnífico sarao: para traerlas y llevarlas habían empleado los caballos de la artillería y del tren, cuando de repente llegan avisos de que el ejército francés se acerca, y desde el sarao hay que pasar al campo de batalla. Los austro-rusos bajaron al llano, en donde la caballería podía maniobrar con mayor ventaja, apoyando su izquierda en el Scrivia. Sucedía esto en el día 24 de Agosto, á cuyo tiempo llegaba el General Kray con 15.000 hombres. Este refuerzo aumentó la fuerza total del ejército aliado hasta 60.000 hombres. Souwarow no dió más orden de batalla que ésta: «Kray y Bellegarde acometerán la izquierda; los rusos el centro, y Melas la derecha.» Añadió para sus propios soldados estas palabras: «Dios lo dispone; el Emperador lo ordena, y Souwarow lo manda: mañana ha de ser vencido el enemigo.»

No entraremos en pormenores sobre esta batalla, en la cual 40.000 hombres pelearon con heróico denuedo contra 60.000, y al principio con alguna ventaja. Kray, para atacar el ala izquierda, atravesó los barrancos que la defendían y subió á las alturas co-

ronadas por los franceses; una carga de éstos les hizo retroceder: en ella murió Joubert. Los ataques dados al centro y otras dos tentativas hechas contra las dos alas, tampoco tuvieron buen éxito; pero Melas desalojó á las tropas francesas situadas en Miravalle, cargó sobre el ala derecha de su ejército, la cercó y envolvió, y los franceses, viendo su retaguardia en tal estado, se retiraron guiados por Moreau. La pérdida de los vencidos en muertos y heridos fué ponderada en demasía, como sucede siempre.

Escribiendo Souwarow después de este encuentro al Conde de Rostopchin (el mismo que incendió á Moscow en 1812), decía: «Es regular que mi primera carta sea ya de Francia.» Sin embargo, antes de que esta misiva llegase á manos de Rostopchin, todo había variado en Italia. Austria y la Inglaterra no estaban acordes en sus miras con los fines nobles y desinteresados del Emperador Pablo, ni con los designios militares de su General, pues aunque aquellas Potencias deseaban ver terminado el desorden en Francia, por una parte querían ante todas cosas no aventurar el éxito, hasta allí ventajoso, de la campaña, por movimientos rápidos y atrevidos, y, por otra, no perdían tampoco de vista sus intereses particulares. Así, pues, cuando Souwarow, con un ejército ya reunido delante de Alejandría el 12 de Septiembre, esperaba que le llegase la orden de marchar sobre Francia, supo con sorpresa que su destino era la Suiza (1). Allí le seguiremos después; es necesario referir antes lo que pasó en el Mediodía de la Italia.

El ejército francés que se hallaba en Nápoles se vió

(1) *Memoires tircés des papiers d'un homme d'état*, tomo I, páginas 269 y siguientes.

muy comprometido por las ventajas conseguidas por los rusos en la Italia septentrional contra los republicanos, y le fué preciso retirarse.

Retirada de Nápoles del ejército francés.—Sucesos de Nápoles.

Con la retirada de Macdonall, que le mandaba, quedaron en gran peligro así el corto número de tropas francesas que dejó para guarnecer los castillos de esta ciudad, como para proteger á los napolitanos, creadores ó sostenedores de la *República Parthenopea.* Habría sido más cuerdo quizá llevarse á todos los soldados, pues era claro que no eran bastantes para hacer frente por una parte al pueblo, fiel siempre á su Rey y deseoso de restablecer la autoridad Real, y por otra á los desembarcos con que amenazaban los navíos ingleses, turcos y rusos. Tal precaución hubiera sido acertada como medida militar, y más todavía como determinación política, porque el crecido número de personas comprometidas, ya por haber intervenido en el nuevo Gobierno, ó ya por su afecto á los franceses, se hubiera ido en pos de Macdonall, y por este medio se habrían evitado las lamentables venganzas y atrocidades que sobrevinieron. En vista de las grandes fuerzas que los aliados tenían en Italia, no era de creer que el ejército francés diese tan pronto la vuelta á Nápoles. Sobre todo desde que Scherer abrió las hostilidades contra los austriacos con tan adversa fortuna, era ya visto que los republicanos no podrían mantenerse ni en Nápoles ni en Roma. El General Macdonall no se había aún puesto en marcha para unirse con los cuerpos franceses que habían de apoyarle, cuando ya la Calabria se alzó por el Rey legíti-

mo. El Cardenal Ruffo, nacido en Nápoles y apreciado así por su noble alcurnia como por su alta dignidad, había tenido á su cargo en Roma la Tesorería general (Ministerio de Hacienda). Retirado después á Nápoles, siguió al Rey Fernando IV á Palermo; y como el Gabinete tuviese necesidad de una persona entendida y prudente que dirigiese con tino el levantamiento de las Calabrias, Acton, que era el Ministro todopoderoso, le propuso al Rey para tan importante objeto. Otros pretenden que el Ministro quiso alejar al Cardenal de la Corte, en donde la presencia del purpurado podía perjudicar á su crédito. El Cardenal partió de Sicilia á principios del mes de Marzo de 1799 y desembarcó en las costas de Calabria, en Bagnaza, uno de los Estados de su familia. Los calabreses se hallaban en tal estado de fermentación, que las tropas francesas no habían podido nunca establecerse en aquel territorio. La llegada del Cardenal fué la señal del levantamiento general del pueblo contra ellos. Activo é inteligente supo avivar el entusiasmo de los habitantes, y en breve tiempo tuvo ya reunidos 25.000 hombres, armados y sostenidos por los ingleses y rusos que cruzaban delante de las costas de la Calabria. Por desgracia no fué posible disciplinar aquellas tropas colecticias, á pesar de haber hecho los mayores esfuerzos para lograrlo, porque á los calabreses se habían agregado malhechores salidos de las cárceles y galeras, y esta muchedumbre, que crecía por instantes, se mostraba sedienta de sangre y deseosa de entregarse á todo género de excesos. A la cabeza de tan desordenada turba, el Cardenal llegó á las puertas de Nápoles, después de haber vencido la débil resistencia que le opusieron los republicanos en Catanzaro, Cosenza, Rosano y, sobre todo, en Altamura, que fué

entrada por fuerza y experimentó todos los desastres consiguientes al vencimiento. El Cardenal era moderado por carácter y también por reflexión. Para preservar, pues, á los comprometidos por el Gobierno republicano de los castigos y atropellamientos que les amenazaban, firmó como Vicario general del reino un salvoconducto que les autorizaba á salir del territorio napolitano. Para mayor seguridad de los que intentaban sustraerse á la furia del pueblo, el Convenio estaba firmado también por uno de los Capitanes de la armada inglesa, llamado Foot. Pero el Almirante Nelson, so pretexto de que el Cardenal no podía tener la facultad de impedir el cumplimiento de las leyes, envió embarcaciones en seguimiento de los fugitivos y entregó á los verdugos á un gran número de personas; acto que empaña el lustre de las acciones gloriosas de este célebre marino, puesto que, como extranjero, hubiera debido no tomar parte en las revueltas de los napolitanos, sino para templar el frenesí que acompaña á las disensiones civiles, y en ninguna manera para aumentarle. Ligábanle, es verdad, íntimas relaciones con el Gabinete de Nápoles, al cual quiso dar pruebas de la sinceridad de su celo; pero esto no justifica su proceder ni disipa la odiosidad de sus crueldades. Fueron muchos los que perecieron en el suplicio. Entre otras personas de rango, se cuentan el Obispo de Carpi, el Almirante Caracciolo, el Conde Reario, el banquero Batistesa y otros, que fueron condenados á muerte y ajusticiados. Está por demás decir que las víctimas del furor del populacho fueron todavía más numerosas. La muchedumbre, teniendo á los suplicios que pasaban delante de su vista por otras tantas aprobaciones solemnes de su conducta y por pruebas auténticas de la buena causa que

defendía, se entregó á la ferocidad de su instinto y regó de sangre la capital y las provincias, inmolando sin piedad á cuantos le parecía haber favorecido directa ó indirectamente á los republicanos. El frenesí popular era tal, que aun después que el Rey entró en Nápoles el 27 de Julio, continuaron las venganzas y atropellamientos. ¡Epoca de horror que desacreditaría la causa de la Monarquía como la del terror fué tenida en Francia poco antes por ultraje insigne hecho á la de la libertad, si los extravíos de las pasiones humanas pudiesen conmover el trono de la justicia ni menoscabar en manera alguna derechos que de suyo son tan sagrados é inviolables como los principios en que fundan su imperio!

Es muy honorífico para la memoria del Cardenal Ruffo el deseo que manifestó de salvar á los que gobernaban en Nápoles, poniéndolos á cubierto de la venganza de las tropas que mandaba. Nadie dejará de aprobar la juiciosa discreción con que quiso aprovecharse del ardor de sus soldados para restablecer la autoridad del Rey, sin exponer la capital á presenciar escenas sangrientas, hijas de ciego y bárbaro fanatismo (1).

La comedia representada por los cónsules, tribunos y ediles de la nueva *República romana*, acabó poco tiempo después del mismo modo que la de *Parthenope*. Cuatro mil soldados franceses escasos, compuestos por la mayor parte de enfermos, heridos ó convalecientes, entre los cuales apenas se contaban 1.500 aptos para

(1) La Reina Carolina llamó al Cardenal en 1805 y le propuso el alzamiento del reino contra los franceses como único medio que restaba á la Corte de resarcir las pérdidas que el ejército acababa de sufrir. La respuesta del Cardenal fué que *semejante desatino no se hacía más de una vez en la vida.*

pelear, no podían defender la ciudad santa y proteger al mismo tiempo á Civita-Castellana y á Civita-Vecchia contra el ejército napolitano que se acercaba. Las venganzas de Nápoles traían también sobresaltados los ánimos de los que habían tomado parte en la destrucción del Gobierno pontificio. Así, pues, al cabo de algunos días empleados en preparativos de defensa, la guarnición, no queriendo rendirse á las tropas napolitanas, ni menos ponerse á discreción de las bandas de asesinos que iban con ellos, trató con el Comodoro Jowbridge, que cruzaba delante de Civita-Vecchia, á bordo del navío el *Culloden;* pero así los austriacos como los rusos llevaron á mal que la capitulación hubiese sido concluída con los ingleses solos, y no quisieron aprobarla por esta razón; género de disensiones que se ven con frecuencia en las guerras de aliadoss Poco después acaeció otro suceso de igual naturaleza. Los franceses, que permanecían en Ancona sitiados por tropas austriacas, rusas y turcas por espacio de un mes, hubieron de rendirse al fin, y la capitulación honorífica que obtuvieron la firmó solamente el General austriaco. Descontentóse sobremanera de ello el Emperador Pablo I, que se miraba como el Agamenón de la Liga y suponía que ó todo se había de hacer en su nombre, ó por lo menos que nada se haría sin la intervención formal de sus Generales. Tal falta de acuerdo entre los coligados, nacida de los intereses y pretensiones particulares de cada uno de ellos, trajo, por último, la separación de las tropas rusas de la contienda. En cuanto á las plazas de Mantua, Alejandría, Turín y otras varias fortalezas guarnecidas por los franceses, fueron cayendo unas tras otras en poder del ejército aliado; por manera que, al fin de la campaña, la Italia toda, á excepción del Estado de Géno-

va y del Piamonte, había vuelto á poder de sus Soberanos legítimos, pues aunque la Rusia manifestó deseo de que el Rey Carlos Manuel fuese restablecido en su capital, se opuso á ello el Austria.

Batallas en Suiza entre franceses y rusos.

Hasta aquí hemos visto á Souwarow pelear con denuedo y con buena suerte, forzando á los franceses á cederle el terreno. Ahora se le verá también bizarro y activo, pero menos afortunado. El Archiduque Carlos había conseguido tener á raya en Suiza á Massena; pero necesitaba de la asistencia de los rusos para poder enviar parte de las tropas imperiales á Alemania. En virtud de las órdenes de Souwarow, Korsakoff llegó por fin á Zurich el 16 de Agosto, y el Archiduque partió al punto al socorro de la fortaleza de Philisburgo, que estaba cercada muy estrechamente después de largo tiempo. Antes de presentar batalla á los rusos, Massena quiso reunir todos los medios necesarios para resistir á sus nuevos adversarios, cuyas armas iba á probar por la primera vez: veía que Souwarow se acercaba, y era urgente empeñar una acción antes de su llegada. Korsakoff, por su parte, pidió también órdenes á su General en Jefe para acometer al enemigo, y Souwarow le mandó que acometiese. Cuando se estaba preparando para ello, Massena le tomó la delantera y cargó con impetuosidad sobre las tropas austriacas mandadas por el General Hotz, á las cuales desordenó y persiguió, dejando muerto en la pelea á este General y á su Jefe de Estado Mayor Plemekett. Por consecuencia de este revés, los rusos se vieron con sus flancos descubiertos.

Por tanto, tuvieron que retirarse, de posición en posición, hasta Zurich, sufriendo continuas descargas de metralla sin perder nunca su formación y mostrando sumo valor y serenidad. En Zurich, Korsakoff conoció que era necesario reunir todas sus fuerzas y marchar contra los franceses, ya para vencerlos ó ya para contener cuando menos el ímpetu de sus movimientos; pero lo hizo con lentitud, y dió tiempo para que llegase á los franceses su artillería ligera, que causó gran daño en las espesas filas de los moscovitas. Frustrado este ataque, no quedaba otro partido que tomar al General ruso sino abandonar á Zurich y dejar á Massena la entrada libre en aquella ciudad; mas no pudo poner por obra este intento sin que su retaguardia quedase cortada. Cinco mil rusos volvieron á entrar en Zurich, y aunque se defendieron allí con vivo empeño, los franceses entraron en la ciudad y hubo una carnicería. Korsakoff, vencido, pero no desalentado, cargó otra vez á la mañana siguiente con todas sus columnas, por más que sus soldados estuviesen cansados y la fuerza del ejército muy disminuída. El combate fué sangriento y la suerte de la jornada incierta por algún tiempo, hasta que por fin, no pudiendo ganar terreno sobre los franceses, se retiró con sus tropas diseminadas por parajes diferentes. Todo este cuerpo de ejército hubiera sido destruído sin la llegada de Souwarow, que amenazó el costado derecho del ejército francés. Las relaciones francesas dicen que Korsakoff, tenido por Oficial muy instruído en la ciencia estratégica, no dió muestras de su saber en el campo de batalla, y que le faltó en aquellos combates la presencia de ánimo y también el tino, aún más necesarios quizá en la guerra que los conocimientos teóricos.

Souwarow llegaba á Suiza cubierto de gloria. El Emperador Pablo acababa de conferirle el título de Príncipe *Itálico* y honores iguales á los que se hacen á las testas coronadas, declarando con singular entusiasmo que era el más grande entre todos los Generales pasados, presentes y futuros. ¿Sería posible que el esplendor de tanta gloria adquirida en Italia fuese obscurecida en Suiza? Si el destino lo ordenó así, no fué ciertamente por falta de actividad y bizarría del General ruso. Queriendo combinar su ataque contra el costado derecho del ejército francés con el movimiento que debía hacer el General Korsakoff contra el centro, acampó el 18 de Septiembre en Salvedra y entró el 23 en el valle del Tesin, por el cual subió hasta la falda del monte San Gotardo, ocupado ya por los franceses. La fuerza del ejército ruso consistía únicamente en 13.000 hombres, cansados, muertos de hambre y privados de todo. Los soldados se paran de repente á mirar aquellas cimas cubiertas de nieve, coronadas de tropas enemigas hasta donde era preciso subir: á vista de alturas tan escarpadas, su valor y constancia comenzaron á flaquear; la empresa les parecía temeraria. Souwarow, desesperado al ver enfriarse así el ardor de sus tropas, manda abrir una hoya, se tiende en ella y dice: «¡Cubridme con tierra; dejad aquí á vuestro General: ya no sois mis hijos, ni yo soy vuestro padre; no me queda más que morir!» Los granaderos rusos, al oir estas palabras, se arrojan hacia él, le levantan, piden que les lleve al enemigo y prometen vencer; pero él calla y al parecer no sabe qué partido tomar, hasta que por fin, insistiendo de nuevo los soldados, manda atacar á los franceses: los rusos suben con ardor al monte San Gotardo y arrojan de él á sus enemigos. No referiremos las marchas

y contramarchas del General ruso: baste decir que forzó todos los puestos que defendían la entrada de Suiza, y que vencedor de los muchos obstáculos que le opusieron la naturaleza, el arte y los soldados enemigos, amenazaba ya muy de cerca el costado derecho del ejército francés, cuando supo con indignación los reveses de Korsakoff y su retirada. Con todo, no pensando que el mal fuese tan grande como realmente era, mandó á Korsakoff que hiciese alto y que volviese al combate, asegurándole que él estaba victorioso por su parte, y que así le respondería con su cabeza si continuase en su movimiento de retirada. Korsakoff obedeció á su General en Jefe; y aunque su ejército se hallase en mal estado, acometió á los franceses en Diesenhofen, en donde le faltó poco para alcanzar señaladas ventajas, sostenido por el Cuerpo del Príncipe de Condé: un refuerzo de tropas frescas, enviado por Massena, le arrebató la victoria. Viéndose obligado á retirarse de nuevo, fué ya imposible la unión de los dos Cuerpos rusos, tanto más, cuanto Massena marchó en persona contra Souwarow, cuyo ejército no pasaba de 10 á 11.000 hombres. Varios fueron los ardides de que se valió el General francés para sacar á Souwarow de los desfiladeros, pues no osaba acometerle en ellos. El Moscovita, que tenía fama de arrojado, y nunca dejó hasta entonces de ir en busca de su enemigo, por la primera vez se vió obligado á retirarse. Es justo decir que supo burlar con pocas fuerzas los conatos del General francés, que era por cierto bizarro y experimentado, y que los rusos contuvieron también á su ejército, victorioso y entusiasmado.

Después de estos sucesos, Souwarow cerró los oídos á los ruegos del Archiduque Carlos para que volviese á entrar en la línea de operaciones. Reunido con el

Cuerpo mandado por Korsakoff, se retiró á Baviera á esperar órdenes de su Gobierno, á quien se quejó sin razón de haber sido vendido por los austriacos. Al cabo de algún tiempo se puso en campaña para volver á Rusia con 30.000 hombres, único resto de 80.000 que pelearon en Suiza é Italia. Así acabó esta campaña, abierta con tan favorables auspicios. Á la verdad, desde el principio de ella se notó ya que el Emperador Pablo, no teniendo más fin que levantar el trono de Francia y arrebatar á las facciones de este país el poder que habían usurpado, caminaba derechamente á realizarle, y que el Austria, por el contrario, con la vis'a siempre fija, no tan solamente en la conservación de sus Estados de Italia, sino también en su mayor engrandecimiento, obraba en la coalición conforme á estas ideas. La diferencia entre el carácter de los moscovitas y el de los austriacos fué también grande estorbo para el buen acuerdo entre los Generales de ambos ejércitos. Ofendíanse los alemanes de la vanidad de los rusos y de sus baladronadas, que por lo común indicaban desprecio de sus aliados. ¡Cómo llevar con paciencia la jactanciosa insolencia del General Korsakoff, que á los consejos del Archiduque Carlos sobre el modo de colocar algunos puestos á su llegada á Suiza, contestaba: *Se me dice que coloque aquí un batallón: está bien; pondré una compañía.—He dicho un batallón* (replicó el Archiduque). —*Lo entiendo: un batallón austriaco ó una compañía rusa!*—Con la misma altanería procedían en todas sus relaciones en materia de servicio. El orgullo de Souwarow era extraordinario. Habiéndose rogado al Archiduque que asistiese á un Consejo de Guerra celebrado en Donaneschingen, después de la retirada de los rusos, tuvo el atrevimiento de decir al hermano mismo del Empera-

dor de Alemania estas palabras, que parecen increíbles: *Soy Feld Mariscal de un ejército imperial, como usted. Usted es mozo y yo soy viejo. A usted toca venir á buscarme.*—Fuera nunca acabar referir otros muchos hechos, sucedidos antes de los reveses, que prueban la descocada presunción de los rusos. Aun cuando no hubiese habido diversidad de intereses en ambas naciones, esta causa sola habría bastado para romper al fin la buena inteligencia entre los Generales, y para paralizar ó frustrar del todo los planes mejor combinados contra el enemigo común.

Desembarco de un ejército en Holanda á las órdenes del Duque de York.

En el tiempo mismo en que la fortuna se mostró tan adversa á los aliados en las montañas de Suiza, se desgració también completamente la expedición que los ingleses y rusos enviaron contra Holanda. Veinte mil hombres de buenas tropas inglesas, al mando de los Generales Albercombrie, Denidas y Pultney, y de 15 á 20.000 rusos, gobernados por Herman, Essen y Emme, desembarcaron delante de Helder, acaudillados unos y otros por el Duque de York. El ejército estaba abundantemente provisto de municiones de boca y guerra. Para el logro de la empresa se contaba también con el crecido número de partidarios que tenía la casa de Orange, los cuales estaban prontos á declararse en favor del Príncipe de este nombre, al punto que fuerzas militares de consideración se presentasen para apoyarlos. La resistencia del enemigo no podía al parecer contrarrestar á la fuerza del ejército anglo-ruso. En virtud del Tratado de 1795, la República bátava ha-

bía levantado dos Cuerpos de ejército, ó sean dos Divisiones, cada una de 10.000 hombres. El Directorio estaba obligado por su parte á dar 24.000 hombres, cuya manutención correría por cuenta de Holanda; mas hubo negligencia en cuanto al cumplimiento de esta estipulación, puesto que los franceses no tenían entonces en Holanda más de 10 á 12.000 hombres, fuerza desigual é insuficiente, ya para resistir á los enemigos exteriores, y ya también para contener los levantamientos que eran de temer por parte de los holandeses mismos. Así fué que, aun habiendo hecho grandes esfuerzos, no pudieron estorbar el desembarco de las tropas aliadas, ni impedir sus progresos en lo interior del territorio bátavo. El ejército de invasión era ya dueño del Helder el 30 de Agosto; y habiendo entrado en el Texel la escuadra británica, intimó á las fuerzas navales holandesas que arriasen bandera y enarbolasen el pabellón de Orange. Once navíos, tres fragatas y cinco buques de la Compañía de la India oriental obedecieron á la intimación sin resistencia; pues aunque los Comandantes quisieron excusarse á poner por obra las órdenes del enemigo, alzáronse las tripulaciones contra ellos, y la escuadra toda pasó á los ingleses. No obstante esta deserción, tan provechosa á los coligados, procedía su ejército con suma circunspección en todos los movimientos; lo cual, visto por el General francés Brune, se determinó á acometerle antes de que le hubiesen llegado los Cuerpos que esperaba. El ejército francés peleó con denuedo, pero fué rechazado, y el Duque de York creyó ser llegado el momento oportuno para cargarle á su vez y destruirle totalmente; pero se engañó el Príncipe inglés en sus esperanzas, como se había engañado el General republicano en las suyas. Los franceses, aprovechán-

dose de la lentitud y de las falsas combinaciones de sus enemigos, consiguieron dejar cortados algunos Cuerpos enemigos y les obligaron á la retirada. Las consecuencias de esta batalla de Bergen, más bien cedida por los aliados que ganada por los franceses, fueron muy favorables para éstos: los franco-bátavos alzaron la cabeza; los partidarios de la casa de Orange no osaron declararse por ella, y aquella muchedumbre de gentes que se ve siempre estar en acecho de los sucesos en tales crisis para pronunciarse en favor del partido que vence, se declaró por los franceses. Los rusos y los ingleses comenzaron también á achacarse recíprocamente el mal éxito del combate. Desde entonces el ejército expedicionario hubo de atender ya á su propia defensa y renunciar á sus proyectos de agresión. Aunque las fuerzas del Duque de York fuesen superiores todavía á las de los franceses, dejó pasar varios días en completa inacción, y el General Brune aumentó entre tanto su ejército y le ordenó: el 2 de Octubre los anglo-rusos acometieron al ejército francés. Alcanzaron sobre él ventajas en aquel encuentro, que fué muy empeñado, puesto que Brune se vió obligado á retirarse á Harlem; y si bien al día siguiente pudo volver sobre ellos y causarles daños considerables, todavía hubieran podido mantenerse en sus posiciones. Mas ya fuese porque la resistencia vigorosa que hallaron les presentase la empresa como de más difícil ejecución que habían creído al principio, por no haberse alzado ningún Cuerpo ni ninguna provincia en defensa de los derechos de la casa de Orange, como esperaban, ó ya porque hubiese discordia entre los Jefes aliados, descontentos de la pereza ó ineptitud del Duque de York, ó ya, en fin, porque á la Gran Bretaña le hubiese satisfecho suficientemente la rendición de

la escuadra holandesa, objeto principal suyo en la expedición, las tropas aliadas se retiraron á sus líneas y no pensaron ya más en detenerse en Holanda. Cuando hubieron consumido todos los víveres que tenían, dió el Duque de York sus órdenes para el reembarco del ejército; y temiendo que el Jefe enemigo pudiese inquietarle antes de hallarse en el mar, entró en tratos con él. Brune no podía prometerse suceso ninguno ventajoso peleando, y así pidió la restitución de la escuadra holandesa por pura forma y sin esperanza de obtenerla, y el 19 de Septiembre quedó firmada la capitulación más ignominiosa que jamás se haya hecho, puesto que se concedía en ella lo que ni se tenía derecho de prometer ni de ejecutar; es á saber: poner en libertad y entregar 8.000 prisioneros franceses que estaban tiempo había en Inglaterra, de los cuales ninguno provenía de la presente campaña. A este precio la expedición se alejó tranquilamente de las costas de la República bátava. Los diarios ingleses de aquel tiempo no hallaron expresiones bastante enérgicas para censurar el proceder del Duque de York: la desaprobación y el enojo contra el General en Jefe fueron universales en la Gran Bretaña, y á la verdad con razón.

Resultados de la campaña.

La situación de las Potencias beligerantes era la siguiente después de esta campaña. El Directorio, aun cuando hubiese tenido que abandonar la Italia, conservó el honor de sus armas, y se mantuvo en Suiza y en Holanda; además logró ver disuelta la coalición. El Emperador Pablo, habiéndose desengañado de que ni la Inglaterra ni el Austria estaban movidas como

él por miras desinteresadas ni por sentimientos caballerescos, resolvió ser en adelante menos generoso y magnánimo, y obrar por los mismos principios de política que regían á los demás Gabinetes. Para el Austria hubiera sido el colmo de su satisfacción volver á la posesión de los Estados de Italia y libertar á aquella Península del yugo tiránico de los republicanos, si la coalición se hubiese mantenido unida; mas por su rompimiento el Emperador de Alemania quedaba solo en el continente para hacer frente á los franceses, ansiosos todavía de nuevas conquistas y agresiones. La Inglaterra era la única de las tres Potencias que hubiese sacado mayores ventajas de la coalición. Sus escuadras estaban dominando todos los mares después de la victoria de Abukekir; y para que su poder marítimo fuese todavía más estable, la armada de los bátavos acababa de ponerse bajo su protección. A la verdad, la República francesa no estaba aún reducida al abatimiento que la Gran Bretaña deseaba; cuantiosas sumas habrían de salir aún de la Tesorería inglesa á las naciones extrañas para asalariar nuevos ejércitos que combatiesen contra su enemiga. Mas la preponderancia marítima quedando bien asegurada á la Inglaterra, era cierto que sacaría cantidades mucho más considerables de su comercio en todas las partes del mundo. Las únicas fuerzas navales que quedaban ya después de la rendición de la escuadra bátava, eran las escuadras del Rey de España y de la República francesa. Reunidas ambas, eran todavía respetables y hubieran podido probar fortuna, si bien la persuasión fundada que se tenía de la superioridad de los ingleses en los combates de mar, como lo probaban los últimos encuentros, y señaladamente el de Abukekir, imponía á los Comandantes españoles y

franceses la obligación de proceder con suma prudencia antes de concertarse sobre los planes de campaña que debían adoptar y seguir.

Detengamos aquí la relación de los sucesos de Europa, así políticos como militares, y volvamos la vista hacia el no menos desventurado que virtuoso Pontífice Pío VI, arrojado de su solio por el furor de los jacobinos franceses é italianos.

Pío VI.

La declaración de guerra entre el Emperador de Alemania y la República francesa, vino á agravar la ya muy dura suerte del venerable Padre de los fieles.

Viéndose en edad muy avanzada, y agobiado por dolencias continuas, hubo de someterse en todo á lo que dispusieron sus enemigos y á pasar de un destierro á otro, hasta que por fin plugo á la Providencia llamarle para sí y poner término á sus padeceres.

Sabedor Carlos IV del destronamiento de Pío VI y de las vejaciones que se siguieron á esta violencia odiosa de los republicanos, mandó que los tres Arzobispos enviados á Roma en el año anterior siguiesen á Su Santidad en su destierro y le consolasen en la desgracia. Ordenó también que se abriese un crédito ilimitado para socorrerle con las cantidades de que tuviese necesidad en sus forzosas peregrinaciones, obrando en esto con la tierna solicitud propia de un hijo afecto sinceramente al Padre de los fieles. Mas los Arzobispos de Sevilla y de Seleucia dejaron de residir cerca de Su Santidad, porque el Directorio de París, enemigo del Papa y receloso hasta de las atenciones que se tenían por su persona, no permitió que

los Cardenales y Prelados residiesen cerca de Pío VI. Los dos Arzobispos dichos regresaron, pues, á España al cabo de algún tiempo. El único que obtuvo permiso de permanecer cerca de Pío VI fué el Cardenal Lorenzana, Arzobispo de Toledo, no sin disgusto del Directorio francés, el cual, viendo á Azara nombrado Embajador del Rey en París, creyó que el Cardenal Lorenzana tenía encargo de sucederle cerca del Papa como representante del Rey Católico, y que éste era un acto positivo de reconocimiento de la soberanía temporal del Pontífice. Engañábase en ello el Directorio, porque la presencia del Cardenal español cerca del Papa era tan solamente testimonio de afecto y veneración del Rey á la dignidad pontificia y á la persona del desgraciado Pío VI.

Azara, antes de partir de Florencia para la Embajada de París, fué á visitar al Papa Pío VI, á quien había tratado con confianza é intimidad en circunstancias menos aciagas. ¡Cuán dolorosos no debieron de ser entonces los mutuos recuerdos del Pontífice y del Embajador sobre las ocurrencias pasadas! El Ministro español no había cesado de aconsejar en otro tiempo al Papa que obrase con prudencia y no diese oídos á las persuasiones de hombres ignorantes ó apasionados: único medio de conjurar la tempestad que se formaba contra los Estados pontificios. ¡Pío VI, á quien Azara miraba como amigo verdadero, se hallaba ahora destronado y preso! Azara se estuvo doliendo de tal desgracia por toda su vida. «Para salvar la Monarquía, decía algunos meses después al Ministro Urquijo, se há menester una prudencia más que ordinaria en las circunstancias en que está el mundo; tragar cosas que en otras ocasiones no fueran tragables, y, sobre todo, es necesario que los hombres olviden del

todo sus personas, poniendo la vista tan solamente en los negocios; hase de disimular todo pique, y si es posible hasta las humillaciones, puesto que á quien salvase la patria ninguno le preguntaría, ni entre sus contemporáneos ni en la posteridad, de qué medios se había valido: su gloria sería siempre completa; mas si la perdía por mala conducta, ó por no haber sabido moderar sus pasiones ni hacer callar al amor propio, la mancilla sería eterna. *Estas y otras máximas semejantes me he esforzado en persuadir á Pío VI por más de tres años,* y no habiéndolas querido seguir, el suceso ha demostrado que ha perdido los Estados pontificios, sus súbditos, la Iglesia, y puede decirse el mundo todo.»

El desgraciado Pontífice hacía justicia á Azara, y confesaba que su suerte y la de sus Estados habría sido muy diversa si hubiera visto el porvenir con la misma sagaz penetración que el Ministro plenipotenciario del Rey de España. Mas ciñéndose ahora á la situación en que se hallaba, cautivo en el Convento de los Agustinos de Siena, enfermo y en edad ya muy avanzada, teníale muy cuidadoso el estado futuro de la Iglesia cuando por su fallecimiento hubiese que nombrarle un sucesor. Por tanto, trató con Azara de los medios que podrían adoptarse antes de que llegase ese caso. El más acertado, entre todos ellos, pareció firmar el Papa una Bula autorizando á los Cardenales á reunirse después de su muerte para que celebrasen el Cónclave en donde lo tuviesen por más conveniente. Firmada que fué la bula, Pío VI la entregó á Azara con encargo, no tan solamente de custodiarla, sino también de hacerla firmar por los Cardenales que se hallasen esparcidos por los lugares por donde hubiese de transitar, lo cual cumplió el Emba-

jador español con el mayor secreto y exactitud. El Papa dispensaba por la Bula todas las formalidades extrínsecas de los Cónclaves. Azara consiguió también de Pío VI, por lo que respecta á España, que las expediciones eclesiásticas para la Península se continuasen en Roma del mismo modo que si Su Santidad estuviese allí; el Papa consintió en conferir las más amplias facultades á algunas personas de confianza residentes en aquella capital. Por este medio los negocios espirituales de España no podían sufrir ningún retardo.

En la siguiente carta de Azara, escrita en Florencia de regreso ya de Siena, después de hablar del Papa y del espíritu de persecución que reinaba en Roma y en el Directorio contra él, menciona también la medida acordada con Pío VI sobre el Cónclave (20 de Abril de 1798): «Veo que será muy difícil que el Papa pueda permanecer en Siena del modo que está hoy, porque los romanos le hacen una guerra cruel y mueven á los franceses sembrando sospechas y chismes. Comprometen también al Gran Duque y le hacen vivir en continuo sobresalto, á tal punto que se ve obligado á no dejar parar en su Estado á ningún Cardenal ni Prelado de los que llegan desterrados de Roma, y tan pronto como se aparecen en Siena se les notifica que salgan en el término de veinticuatro horas. La situación es tan vidriosa, que temo que el Cardenal Lorenzana nos comprometa.

«Este Soberano (el Gran Duque de Toscana) ha preguntado varias veces á los Jefes franceses cómo se habría de conducir con el huésped que le han traído á casa por fuerza, y siempre le han respondido que le eche de sus Estados, cosa que S. A. R. no podría hacer sin deshonrarse. Ha enviado dos correos á París

preguntando al Directorio la conducta que debe observar, y nunca le han contestado. Por tanto, se ha resuelto á enviar á Viena á su favorito el Marqués de Manfredini para mover á su hermano el Emperador á tomar un partido é interponer sus oficios con Francia para aclarar este negocio.

»Una de las cosas que más me han ocupado estos días, añade Azara, ha sido tratar con los Cardenales que han pasado por aquí el modo con que podrá hacerse la elección del nuevo Papa sin que haya cisma. Todos han convenido en el proyecto que les he presentado de delegar la elección á los Cardenales que se hallaren unidos en mayor número, y que los demás accedan después á aquella elección. Reconocido entonces el nuevo Papa por el Rey nuestro amo y por el Emperador, podremos reirnos del que hagan elegir en Roma los del nuevo Gobierno, pues tienen tomada la resolución de hacer elegir un Papa por el pueblo romano, y viven persuadidos de que toda la Iglesia católica le reconocerá; pero tengo para mí que aun cuando se empeñe en ello la Francia no podrá conseguirlo, porque será un Papa ilegítimo, esclavo de aquellos facciosos y elegido por quien no debe, según la disciplina de la Iglesia observada de mil años á esta parte. Por lo que oigo decir á los Cardenales, todos desean que á la muerte del Papa sea posible juntar un número de diez ó doce Cardenales en el territorio que fué de la República de Venecia, sujeto hoy al Emperador, los cuales podrán hacer la elección, á que accederán los demás dispersos. Todos me parece que están conformes en elegir al Cardenal Gerdil, que está en Turín, hombre sin otra tacha que la de su edad avanzada.»

El Papa permaneció en Siena hasta el día 25 de

Mayo de 1798. Como un temblor de tierra hubiese ocasionado daños en el Convento y aun en el cuarto mismo que Su Santidad habitaba, se tomó la determinación de trasladarle á la Cartuja de Florencia, adonde llegó el 2 de Junio. Esta causa de su traslación no sería quizá ni la única ni la principal; antes bien es de suponer que la proximidad de Siena al territorio de la República romana, y la corta distancia de esta ciudad al mar, influirían también en ella. Luego que el Pontífice habitó la Cartuja, á la cual llegó el 2 de Junio, fueron á visitarle el Gran Duque de Toscana y el Rey y la Reina de Cerdeña, ejemplo todos tres de la instabilidad de las grandezas humanas, pues el primero vivía en sobresalto continuo por la suspicacia é injusticia de los republicanos, y el Rey y la Reina de Cerdeña acababan de ser arrojados por ellos de los Estados que poseían en el Piamonte. Estos Soberanos ofrecieron á Pío VI que le llevarían á Cerdeña en su compañía. «Véngase Vuestra Santidad con nosotros, le decía la Reina; nos consolaremos juntos. Vuestra Santidad tendrá en nosotros hijos respetuosos que le cuidarán como merece tan tierno Padre.» El Papa oyó con viva gratitud el ofrecimiento noble y generoso de estos Soberanos; pero alegó su edad avanzada y el quebranto de su salud para dispensarse de admitir su favor.

Pío VI vivió en la Cartuja de Florencia con cierto sosiego hasta principios de Abril de 1799. Entonces el temor fundado de que estallase otra vez la guerra entre el Emperador de Alemania y la República francesa, causó su traslación á Francia. El Rey de Nápoles había escrito al Papa una carta desde Roma, y aun la publicó imprudentemente rogándole que volviese á su capital. El Papa no estuvo dispuesto á se-

guir tal consejo; pero el Directorio se afianzó más en la idea de hacer salir á Pío VI de Italia, en cuyas provincias no podría menos de haber trastornos y conmociones populares si se declaraba la guerra al Emperador (1). Entre tanto la salud de Pío VI decaía por momentos: cualquiera incomodidad ó fatiga pudiera acelerar su muerte. No obstante, el Ministro de la República francesa en Florencia, Reinhard, envió al Ayudante general Gipeant, que acompañaba al Rey de Cerdeña, para que dijese al Santo Padre que S. M. Sarda le convidaba á partir en su compañía, y que éstos eran también los deseos del Gobierno francés. El Papa contestó que el estado de su salud siendo tan deplora-

(1) Pío VI no recibiría probablemente la carta del Rey de Nápoles, hallándose recluso en un Convento y vigilado por los agentes del Directorio; pero las *Gacetas* de Roma tuvieron buen cuidado de publicarla mientras que el Rey Fernando IV se hallaba allí con su ejército. Como el fin de la Corte de Nápoles fuese encender los ánimos contra los franceses en toda la Península itálica, recordando sus violencias y atropellamientos, le convenía llamar la atención hacia el Santo Padre, arrancado de su solio por fuerza y confinado en la soledad de una Cartuja. El Rey Fernando hizo su entrada solemne en Roma el día 29 de Noviembre; la carta debió de ser escrita pocos días después.

«Vuestra Santidad, decía, sabrá con la mayor satisfacción, sin duda ninguna, que con ayuda del Señor nuestro Salvador, y por la augusta intercesión del bienaventurado San Jenaro, he entrado triunfante y sin resistencia en la capital del mundo cristiano.

»Para gloria de Vuestra Santidad más bien que mía, he vuelto á posesionarme de esta ciudad ostentosa, de la que Vuestra Santidad fué arrancado violentamente por hombres impíos. Ahora ya puede Vuestra Santidad volver sin temor ninguno y reasumir su Autoridad paternal al abrigo de mi ejército. Salga Vuestra Santidad de su retiro cuanto antes pueda. Venga, pues, Vuestra Santidad en alas de los mismos querubines que transportaron en otro tiempo á Nuestra Señora de Loreto, y vuelva á entrar en este Vaticano, que será purificado con su presencia. Vuestra Santidad podrá celebrar todavía los Oficios divinos el día del Nacimiento del Salvador, y así dar principio á una nueva existencia.»

ble, le era imposible moverse. D. Pedro Labrador, Encargado de Negocios del Rey en Florencia, informado por el Nuncio de la imposibilidad en que el Papa se hallaba de emprender semejante viaje, hizo presente al Ministro francés Reinhard y al Director de la policía, Salicetti, que el Rey de España se alegraría quizá de que el Papa pasase á Cerdeña, porque de ese modo estarían más libres las comunicaciones con Su Santidad para los negocios espirituales de sus vasallos; pero que les conjuraba en nombre de la humanidad, de que tanto se gloría la nación francesa, que lo considerasen bien, reflexionando cuán poco digno objeto de la cólera de un Gobierno era un anciano de más de ochenta años, enfermo y desgraciado. Ya fuese en virtud de este ruego, ó ya fuese por otros motivos, la ejecución del viaje del Papa á Cerdeña quedó suspendida hasta nueva resolución del Directorio. Llegó ésta por fin, y Pío VI salió el 1.º de Abril de 1799 de la Cartuja de Florencia, no para Cerdeña, sino para Parma, en donde fué recibido por el Infante-Duque con los más vivos testimonios de respeto y veneración, y permaneció hasta el 13 del mismo mes. En este día, contra el dictamen de los facultativos que creían arriesgada la vida del Papa si se ponía otra vez en camino, salió para Turín con dirección á Francia. De Turín partió el 20. El paso por la montaña de *Geneore*, que no podía atravesarse en coche, fué penoso. Pío VI tenía llagas en las piernas y fué menester colocarle en una cama portátil. Los Prelados y criados de servicio iban montados en mulas. La travesía duró cuatro horas entre paredes de nieve. Los húsares piamonteses de la escolta ofrecían al Santo Padre sus dolmanes para preservarle del frío; pero no quiso admitirlos, diciéndoles que se hallaba bien y

no tenía ninguna necesidad de ellos. Por fin, el 30 de Abril por la noche, el Pontífice y su comitiva llegaron á Brianzon, primera ciudad de Francia, en la cual el pueblo manifestó sentimientos de veneración y vivo interés al desgraciado Pío VI; protestación solemne de aquellos piadosos habitantes contra el fanatismo impío de los Directores de París y de sus agentes franceses é italianos.

Era tal el rigor de la suerte que perseguía á Pío VI, que cuando esperaba vivir con menor inquietud por hallarse ya en territorio de la República, hubo de pasar por la tribulación de verse separado de los Prelados, cuya compañía le era de tanto consuelo. Acusábanles de tener correspondencia con los insurgentes del Piamonte, y también de que continuaban publicando rescriptos. En consecuencia, se les mandó ir á Dijon, mientras que Su Santidad se quedaba en Brianzon, reducido al servicio de criados de inferior clase é imposibilitado, por consiguiente, del ejercicio de su autoridad espiritual, pues el Arzobispo de Corinto, Monseñor Spina, que fué después Cardenal y Arzobispo de Génova, era el habilitado para despachar con el Papa. El Abate Marotti extendía los rescriptos. Detuviéronse en Grenoble estos eclesiásticos por haber llegado allí el Decreto del Directorio, en que se mandaba al fin que Pío VI fuese conducido á Valencia del Delfinado. El 14 de Julio, día señalado en los fastos de la revolución francesa, el Sumo Pontífice llegó á esta ciudad, acompañado ya de los Prelados, los cuales se le juntaron á su paso por Grenoble.

El Papa logró entonces la satisfacción de tener á su lado á Monseñor Spina y los demás eclesiásticos de su comitiva, por instancias de D. Pedro Labrador, Encar-

gado de Negocios de España en Toscana, el cual, de orden del Rey, pasó á Francia con orden de fijarse en la ciudad en donde residiese Su Santidad, y de proveer á su subsistencia y á la de su familia. Otro objeto importante de su misión era obtener del Papa varios Breves que solicitaba su Corte para acudir á las urgencias del Estado, tales como concesión de nuevos subsidios eclesiásticos, administración de encomiendas y otros semejantes. D. Pedro Labrador hizo presente en Grenoble al General Muller, Comandante del Departamento, que le sería imposible conseguir los fines de su encargo si no estaban cerca de Su Santidad las personas á quienes estaba cometido el despacho de los Breves, y que así quedaría España privada de los recursos convenientes para hacer fructuosa su alianza contra Inglaterra. El General se rindió á las razones del Encargado, y convino en que el Arzobispo y demás eclesiásticos volviesen á unirse con Su Santidad, en lo cual consintió también el Directorio, prevenido ya por Azara de los fines del Rey. Aliviose entonces algún tanto la situación dolorosa del Pontífice. El famoso Lareveillère, que hasta allí había sido árbitro supremo de la dirección de los negocios de Italia, cesó en su cargo de Director, y los otros cinco Directores que quedaron estaban lejos de mostrar el intolerante é intolerable fanatismo del que hacía de cabeza de los *teophilántropos*. Por otra parte, se trató de que Su Santidad no viviese en la indigencia á que le querían reducir sus enemigos. Además de los socorros que el Rey de España ofreció á Pío VI para que atendiese dignamente á su mantenimiento y al de su familia, se hicieron á Su Santidad cuantiosas asignaciones por parte de los Arzobispos españoles. El Arzobispo de Sevilla le señaló 36.000 pesos fuertes anuales, que en-

tregaba por mesadas de 3.000; el de Valencia, 25.000 pesos cada año; en cuanto al Arzobispo de Toledo, aunque ocultó con cuidado la suma de su asignación por causas que ignoramos, es de suponer que fuese aún más considerable que la de aquellos Prelados. Otros Obispos y eclesiásticos españoles hicieron llegar también socorros á Pío VI, compadecidos justamente de su infortunio y deseosos de aliviar sus padecimientos. Luego que D. Pedro Labrador se situó en Valencia, corrió por su cuenta la entrega del dinero enviado por la Corte y por los Arzobispos, dando así la España un testimonio evidente de su adhesión verdadera á la Cabeza de la Iglesia, en medio de las horribles persecuciones que sufría.

Su Santidad, reconocido al tierno interés que le manifestaba el Rey, y hecho cargo de los crecidos gastos en que se veía empeñado, vino en conceder á S. M. Católica las gracias que solicitaba. D. Pedro Labrador consiguió un Breve para la imposición de un subsidio de 66.000.000 de reales sobre el clero de España é Indias, en la misma forma que el del año 1795; otro para aplicar al Erario las rentas de todas las encomiendas de las Órdenes militares, con facultad de vender los capitales de ellas, para darles igual aplicación. Por un tercer Breve aprobaba Su Santidad el Real decreto de enajenación de bienes de hospitales, patronatos y obras pías, para imponer el producto en la Caja de Amortización al interés de 3 por 100, y exhortando á igual venta é imposición á los Prelados eclesiásticos por lo respectivo á bienes de beneficios, capellanías colativas y demás de su jurisdicción. Finalmente, otro Breve prorrogaba la Bula de la Cruzada por veinte años y por todo el tiempo que no fuese fácil acudir á Roma. El Rey hubiera deseado que este Breve fuese

de perpetuidad, pero el Papa no accedió á su deseo. Tampoco fué posible determinarle á conceder otra gracia para aplicar al Erario la tercera parte íntegra de las rentas de los Obispados y Arzobispados de España, porque Su Santidad quería saber, antes de concederla, á lo menos por aproximación, la cantidad á que dicha tercera parte podía ascender, y el Encargado del Rey no se halló en estado de darle en aquel instante noticia positiva y circunstanciada sobre ello.

Otra de las pretensiones de la Corte de Madrid fué la erección de la Capilla Real en Catedral; mas tampoco vemos que este pensamiento lograse la aprobación del Pontífice romano. En fin, el Ministro Urquijo encargó á D. Pedro Labrador que entablase y obtuviese otra solicitud más importante, es á saber: el consentimiento de Su Santidad para que fuesen restituídas á los Obispos sus facultades primitivas, y que quedase restablecida la antigua disciplina eclesiástica en todo su rigor; pensamiento que en verdad manifestaba irreflexión, pues no se podía esperar fundadamente que el Papa, en la triste situación en que se hallaba, consintiese en abdicar las facultades pontificias, hallándose solo, separado de los Cardenales y falto de la asistencia y consejo de éstos para resolver materia de tal importancia. Aun en tiempos de plena libertad de discusión y con la asistencia de todos sus Consejeros, habría sido largo el examen de este punto tan esencial para el gobierno de la Iglesia, ¿cómo exigir, pues, de un Pontífice encarcelado, solo y enfermo, que decidiera tan ligeramente conforme á lo pretendido por el Ministro Urquijo? El carácter impetuoso de éste y el ardoroso celo del Canónigo Espiga y de otros canonistas que le daban consejos, fueron causa de esta pretensión inconsiderada é inoportuna.

Pío VI estuvo hospedado en Valencia del Delfinado en la casa que habitaba en otro tiempo el Gobernador militar, y disfrutó allí de ciertas comodidades. El pueblo le acataba y le daba á cada paso testimonios no equívocos, así de la veneración que tenía á su suprema dignidad, como del interés que tomaba en sus padecimientos personales. En tal situación, las ventajas militares alcanzadas por el Mariscal ruso Souwarow en Italia y su proximidad á las fronteras de Francia, movieron al Directorio á mandar que el Papa fuese trasladado á Dijon, lejos de las provincias de Francia amenazadas de la invasión de los enemigos.

Diéronse, pues, las órdenes convenientes para su conducción á la expresada ciudad, y hubiera sido puesta por obra en el mes de Julio sin la declaración terminante y espontánea de uno de los médicos de Su Santidad, que era francés, el cual dijo que el Papa no se hallaba en estado de emprender el viaje mientras que durasen los calores de la canícula, y que obstinarse en llevarle á otro paraje, sería acelerar su muerte y tomar sobre sí muy grave y odiosa responsabilidad. Con efecto, los síntomas del próximo fallecimiento de Su Santidad se sucedieron unos tras de otros. Murió el 21 de Agosto de 1799, á la una y media de la madrugada, después de haber dado ejemplo de piadosa resignación y de haber recibido los Santos Sacramentos con fervor en presencia de todos los que componían su comitiva. Falleció á la edad de ochenta y un años y ocho meses menos dos días, y rigió la Iglesia por espacio de veinticuatro años, seis meses y catorce días, habiéndole faltado muy poco tiempo para desmentir la profecía acreditada de que ningún Papa ha de llegar á gobernar la Iglesia por espacio de veinticinco años, como San Pedro. *Non videbis dies Petri.*

Sin los trabajosos padecimientos que los franceses ocasionaron á Pío VI en los últimos años, es probable que hubiera sido desmentido el famoso vaticinio.

Algunos miembros del Consejo municipal ó Ayuntamiento fueron de parecer que se consumiese el cadáver con cal viva y que se guardasen sus cenizas; pero D. Pedro Labrador pudo conseguir que se suspendiese la operación hasta que el Directorio diese sus órdenes sobre el particular. Por disposición de éste, el cuerpo fué después embalsamado y depositado con sus ornamentos papales en el cementerio común: el corazón y las entrañas fueron puestos en una urna particular. Para prevenir los inconvenientes de la inhumación, fabricóse una bóveda de cal y canto, y se cerró la puerta de ella con una pared, si bien quedó señalado el lugar para poder hallarla cuando fuese necesario. Los de la comitiva del Papa difunto hubieran preferido llevar el cuerpo del Papa á Roma; pero Azara, á quien insinuaron este pensamiento, fué de parecer que no convenía hacerlo por varias consideraciones, fundadas en el estado de Italia, á las cuales se añadían también los crecidos gastos que la traslación debería ocasionar si se hacía con el aparato correspondiente. Azara sabía que por necesidad el Rey de España debería encargarse de ellos. Esto no obstante, hizo presente el deseo de los Prelados romanos al Directorio, que no accedió á su realización. Cuando Bonaparte fué nombrado primer Cónsul de la República francesa, conoció que era urgente reparar los escándalos del Gobierno anterior, y entre ellos el que ocasionó la persecución de Pío VI, para reconciliar así los ánimos de los fieles con las reformas políticas hechas en Francia. El 30 de Noviembre, pocos días después de su instalación en el Consulado, mandó que

se hiciesen las exequias del anciano y venerable Pontífice, cuyas virtudes eran merecedoras de respeto, puesto que si había sido por un instante enemigo de la Francia, la causa de ello, decía, fueron sus Consejeros. El Cónsul añadía que era muy propio de la nación francesa y del carácter humano de sus habitantes tributar homenajes al que había ocupado en el mundo uno de los primeros puestos. En 1801, concluído ya el Concordato con Pío VII, los restos de su predecesor fueron trasladados á la Basílica de San Pedro de Roma, conforme á lo dispuesto en su testamento.

La vida del Papa Pío VI fué agitada por incesantes tribulaciones. Desde los primeros años de su Pontificado hubo de entrar en una contienda viva y sostenida con los adversarios de las prerrogativas de la Curia Romana. Mucho antes deque apareciese el meteoro de la Revolución francesa que ocasionó devastaciones tan terribles, se halló ya fuertemente acometida la Autoridad pontificia por aquellos mismos Soberanos católicos que hasta entonces se habían mostrado sumisos y obedientes á ella. Ni Febronio (1) ni Scipión de Ricci (2) hubieran alarmado á la Iglesia de Roma á no haber hallado sus doctrinas protección decidida en los Monarcas. El Gran Duque de Toscana y José II, Emperador de Alemania, declararon que estaban resueltos á recobrar los derechos de su soberanía. Hasta el Rey de Nápoles proclamó abiertamente su emancipación y se negó á pagar á la Santa Sede el feudo acos-

(1) Publicó en Alemania en 1763 un Tratado con este título: *De statu presenti ecclesiæ et legitima potestate Romani Pontificis*. El nombre de *Justianus Febronius* era supuesto; el verdadero fué J. N. Hontheim, Obispo de Myriophite, *in partibus infidelium*. Al fin retractó sus errores.

(2) Obispo de Pistoya.

tumbrado. Otros Soberanos se resistieron también á las pretensiones de la Corte de Roma, ó le pidieron con imperio que sancionase sus determinaciones. Por manera que Pío VI tuvo que hacer esfuerzos continuos para apuntalar y sostener una autoridad minada ya y que amenazaba ruína por todas partes. Para detener, si era posible, el espíritu de reforma eclesiástica de que estaba animado el Emperador, Pío VI emprendió el viaje de Viena, que no tuvo grandes resultados.

En los últimos años del Pontificado de Pío VI crecieron sus aflicciones y padecimientos. Otros Papas habrá habido cuya historia excite mayor admiración que la de este Pontífice; ninguno que inspire respeto más profundo ni más tierno interés que Pío VI. Su sucesor Pío VII, desterrado de Roma y recluso por haberse resistido con verdadera fortaleza á sancionar la usurpación de los Estados de la Iglesia por el Emperador Napoleón, parecerá acaso más grande y magnánimo; pero ciertamente no fué ni más solícito que Pío VI por la defensa de sus derechos, ni más injustamente perseguido que él por este motivo. Pío VII estaba en la flor de su edad, en la época de la vida en que se goza de mayor entereza de ánimo; su antecesor se hallaba ya agobiado con el peso de los años, cuando vió venir sobre la tiara la más dura de las persecuciones al cabo de una vida sobradamente trabajosa. A Pío VII le fué dado sobrevivir á la borrasca, y alcanzó tiempos en que, restablecido el orden, volvían los espíritus á las creencias y costumbres religiosas. Pío VI atravesó lo más recio de la tormenta suscitada por el fanatismo de la incredulidad, y pereció al fin arrebatado por tan furioso torbellino. A Pío VII, por más que no lograse vencer la voluntad del Emperador Napoleón, le fué concedido al menos,

merced á los sucesos que preparó la Providencia, ver á su opresor depuesto de la autoridad suprema. Pío VII pudo volverse á sentar otra vez gloriosamente en el trono pontificio. Por el contrario, Pío VI murió víctima del odio de sus perseguidores, cierto á la verdad de que triunfaría la causa de la religión, pero sin entrever todavía el tiempo en que hubiesen de cesar las tribulaciones de la Iglesia.

Como Soberano temporal, la política de Pío VI hubiera podido seguir otra dirección más acertada, si bien no le fué ciertamente fácil ni prever ni impedir los sucesos extraordinarios que comprometieron la suerte de Italia y particularmente de Roma. Para juzgar la conducta política de Pío VI, se ha de tener presente la antipatía que manifestaron generalmente los pueblos del Mediodía de Italia á las máximas de la Revolución francesa. Peligroso hubiera sido, aun para cualquier otro Gobierno al que no incumbiese especialmente el mantenimiento de las creencias religiosas, imponer silencio á las pasiones populares encendidas contra los revolucionarios franceses y obrar en manera contraria á ellas. Al Soberano, que era al mismo tiempo Cabeza de la Iglesia católica, le quedaba, por otra parte, poquísima libertad de entenderse con los que hicieron alarde de irreligión por largo tiempo en Francia. ¿Qué transacción podía haber entre el Sumo Pontífice y los fanáticos que intentaban acabar con todos los cultos, y señaladamente con el católico? Bien claramente hicieron ver los Gobiernos que nacieron de la Revolución francesa el cinismo de su incredulidad. ¿Con cuánto furor no trabajaron por destruir el Papado? Y en tal situación, ¿aconsejaba por ventura el decoro de la Silla pontificia someterse bajamente á las órdenes imperiosas de tales enemigos?

Decimos esto, no tanto para justificar á Pío VI, como para excusar y atenuar las faltas en que haya podido incurrir. Su carácter personal no estaba exento de defectos. Era obstinado cuando veía lejos el peligro, y temeroso y débil cuando el riesgo se asomaba; disposición de ánimo nada propicia para tomar resoluciones acertadas. Ya hemos visto cómo Azara se lamentaba de los romanos y de la línea de conducta que seguía el Papa por las opiniones ó afectos dominantes entre ellos.

Pío VI fué protector de las artes: Roma ostenta varios establecimientos de este género que fueron obra suya. Es de sentir que esta noble pasión del Pontífice estuviese acompañada del pueril empeño de que quedase grabado su nombre en los más pequeños trabajos artísticos debidos á su celo. Pasquín no dejó de satirizar tal manía, como lo hizo muy felizmente censurando las ambiciosas pretensiones que el Papa mostraba tener en su escudo de armas. A los dos vientos en que consistían solamente las armas de su familia, Pío VI añadió el águila, flores de lis y estrellas. El agudo y malicioso anónimo criticó este aumento del blasón papal por el siguiente dístico:

REDDE AQUILAM IMPERIO, FRANCORUM LILIA REGI,
SYDERA REDDE POLO; CŒTERA BRASCHE TUA.

Variaciones ocurridas en España en materia de Autoridad eclesiástica después del fallecimiento de Pío VI.

La muerte de Pío VI trajo una variación esencial para España en materia de Autoridad eclesiástica. Por un decreto del Rey se mandó que los Obispos dio-

cesanos concediesen dispensas matrimoniales por todo el tiempo que la Santa Sede se hallase vacante, sin que los contrayentes tuviesen necesidad de acudir á Roma como hasta allí. El Real decreto dirigido al Consejo y Cámara decía así: «La Divina Providencia se ha servido llevarse ante sí el alma de Nuestro Santísimo Padre Pío VI; y no pudiéndose esperar de las circunstancias actuales de Europa, ni de las turbulencias que la agitan, que la elección de un sucesor en el Pontificado se haga con aquella tranquilidad y paz tan debidas, ni acaso tan pronto como necesita la Iglesia, á fin de que entre tanto mis vasallos de todos mis dominios no carezcan de los auxilios precisos de la religión, he resuelto que hasta que Yo les dé á conocer el nuevo nombramiento de Papa, los Arzobispos y Obispos usen de toda la plenitud de sus facultades, conforme á la antigua disciplina de la Iglesia, para las dispensas matrimoniales y demás que les competen; que el Tribunal de la Inquisición siga como hasta aquí ejerciendo sus funciones, y el de la Rota sentencie las causas que hasta ahora le estaban cometidas en virtud de comisión de los Papas, y que Yo quiero ahora que continúe por sí. En los demás puntos de consagración de Obispos ó Arzobispos ú otros cualesquiera más graves que puedan ocurrir, me consultará la Cámara, cuando se verifique alguno, por mano de mi primer Secretario de Estado y del Despacho, y entonces, con el parecer de las personas á quienes tuviere á bien pedirle, determinaré lo conveniente, siendo aquel Supremo Tribunal el que me lo represente y á quien acudirán todos los Prelados de mis dominios hasta nueva orden mía. Tendráse entendido en mi Consejo y Cámara, y expedirá éste las órdenes correspondientes á los referidos Prelados eclesiásticos para

su cumplimiento.—En San Ildefonso á 5 de Septiembre de 1799.»

Guerra entre los llamados «jansenistas» y «jesuitas.»

Aunque el Real decreto no contuviese más que disposiciones interinas por el tiempo que durase la vacante de la Santa Sede, causó inquietud en los ánimos. Muchos Prelados fueron de parecer que las prerrogativas de la Santa Sede se hallaban legitimadas por una posesión de muchos siglos, y que la plena autoridad que los Obispos tuvieron en los primeros tiempos de la Iglesia estaba ahora suspensa ó restringida por la actual constitución eclesiástica en algunos casos. Otros, por el contrario, mirando como inherentes á la naturaleza del Episcopado todas las facultades y prerrogativas que son necesarias para la misión que le está cometida, sostenían que era preciso restituir á los Obispos los derechos usurpados. En medio de esta diversidad de pareceres, era natural que los ánimos se encendiesen en defensa de lo que cada uno tenía por cierto. Con todos los Prelados españoles procedieron con prudencia y detenimiento. Muchos no hicieron uso de la autorización que el Rey les concedía, ni en sus diócesis fueron dispensados los impedimentos matrimoniales en la vacante de la Silla pontificia; otros, que aprobaban lo dispuesto por S. M., no hallaron inconveniente en ejercer las facultades que el decreto reconoció al Episcopado. Con viva satisfacción se vió que esta diversidad de pareceres no hubiese alterado la paz entre los Pastores; pero el decreto Real avivó en gran manera las pasiones de otras personas que no tuvieron la misma mesura que los reve-

rendos Obispos. Nacieron partidos; creáronse denominaciones ofensivas, y por cuantos medios podía cada uno de los contendientes aspiraba á conseguir el triunfo de sus opiniones. La Inquisición, que estaba siempre gobernada por el Nuncio del Papa, quiso formar causa al Canónigo Espiga, amigo y consejero del Ministro Urquijo en estas materias, acusándole de *jansenista*, denominación que se daba entonces á los que querían el restablecimiento de las facultades que los Obispos tuvieron en los primeros siglos de la Iglesia; pero el respeto al Ministro detuvo el golpe. Había ceguedad en la aplicación de esta voz *jansenista* á los que reclamaban la antigua constitución de la Iglesia. El dañino intento de sus adversarios era sorprender á los incautos con esta calificación odiosa, la cual á primera vista hiciese parecer á sus antagonistas como contagiados con la herética pravedad. A esto fué consiguiente la creación de otra voz para designar á los que se mostraban contrarios á la reforma. Se dió, pues, á éstos el sobrenombre de *jesuitas*, voz que no dejaba de ser también ominosa después de la expulsión de estos regulares de los dominios del Rey de España, y señaladamente después de la Bula de supresión del instituto por el Papa Clemente XIV, á cuya severa proscripción habían sabido dar realce muchos escritores, representando falsamente á la Compañía de Jesús como corporación enemiga de los Soberanos, la cual, según ellos, mandaba á sus súbditos sostener y practicar las perversas doctrinas del *tiranicio* y *regicidio*. El motivo plausible, al parecer, para llamar *jesuitas* á los enemigos de las reformas eclesiásticas, era su manifiesta adhesión á la Curia romana, punto de contacto con la extinguida Compañía. Llamábanse también *molinistas*, ó discípulos de Molina, los cono-

cidos en las escuelas por sus principios en la materia de Gracia. Estos dos bandos se hacían cruda guerra en Madrid. Entre los llamados *jansenistas* se hallaban varones muy recomendables por sus luces y virtud. D. Antonio Palafox, primero Arcediano y después Obispo de Cuenca, cuñado de la Condesa de Montijo; D. Antonio Tavira y Almazán, Obispo que fué sucesivamente de Canarias, Osma y Salamanca; D. Antonio de la Cuesta, Arcediano titular de la Catedral de Avila; D. José Yeregui, maestro del Infante D. Antonio, sacerdote virtuoso y docto, y muchos otros sujetos recomendables. En el de los *jesuitas* figuraban personas no de tanto saber, aunque fuesen muy ardorosas y activas. El Canónigo de la Iglesia colegial de San Isidro, Calvo (1), y el P. Guerrero, de la Orden de Predicadores, Prior del Convento del Rosario de Madrid, declamaban desde los púlpitos contra el conciliábulo de *herejes jansenistas* que se reunía en casa de la Condesa del Montijo. Pero aunque los predicadores dichos no mereciesen tanto aprecio como sus adversarios, tenían la ventaja de estar sostenidos por el Nuncio Cassoni, quien les hacía esperar el favor y protección del Sumo Pontífice.

La guerra entre ambos partidos no se limitaba á las declaraciones del púlpito ni á las influencias del confesonario. Dábanse á luz libros impresos, en los que cada uno de ellos procuraba censurar las doctri-

(1) El Canónigo Calvo se halló en Valencia cuando estallaron los primeros levantamientos contra los franceses en el año de 1808, y presidió á la muerte del gran número de franceses y españoles que fueron injustamente degollados en las cárceles como afectos á la causa de Napoleón. Pero este fanatismo horrorizó á los hombres honrados. Calvo sufrió á su vez la muerte en la misma prisión, y su cadáver fué expuesto á las miradas del público en la mañana siguiente.

nas de sus contrarios. En el año de 1799 salió á luz en Madrid la traducción española de un folleto escrito en italiano por el Abate Bonola, con este título: *Liga de la Teología moderna con la Flosofía*, descubierta en una carta de un párroco de ciudad á un párroco de aldea. En respuesta á este escrito salió otro, intitulado *El pájaro en la liga*, impugnación muy chistosa atribuída al P. Fernández, religioso de la Orden de San Agustín, celebrado en Madrid por su exquisito ingenio y donaire. El Gobierno, á quien no convenía que se encendiesen los ánimos en tales disputas, cuidó de prohibir la venta de ambos folletos, dando por razón que en el primero se atacaban los derechos de las autoridades soberanas, cuyas facultades estaban prescritas por el mismo Dios, y que el segundo, aunque estuviese escrito con gracia y oportunidad y pulverizase las doctrinas absurdas de su adversario, daba lugar á que se fomentasen disputas dañosas. Otros escritos preparados ya para ver la luz pública fijaron también la atención del Consejo, es á saber: algunas traducciones castellanas de la obra del P. Pereyra, portugués, *Tentativa teológica*, y la del Abate italiano D. Jenaro Cestari, *Espíritu de la jurisdicción eclesiástica sobre la consagración de los Obispos*, como también la obra *Dei diritti del uomo*, publicada en Roma, y otra intitulada *Del Obispado;* todas ellas habrían podido publicarse sin estorbo en otros tiempos, y con todo cada una de ellas ofrecía inconvenientes mientras que durase el ardor de los dos partidos, prontos uno y otro á combatirse y á hacer la disputa ruidosa.

Entre tanto, el Ministro Urquijo estaba muy resuelto á reponer á la Iglesia de España en sus facultades primitivas. Mientras que Urquijo conservase el

favor del Rey, el partido opuesto á la Curia Romana no podía menos de hallar protección y apoyo en el Gobierno de S. M.

El Ministro Urquijo tenía resolución muy firme de sostener los decretos del Rey.

El Ministro tenía firme propósito, no tan solamente de mantener el decreto del Rey y de deducir de él todas las consecuencias, sino que abrigaba también intención de emancipar al reino de la Autoridad pontificia para todo lo que fuere puramente gracioso. Por la siguiente carta al Conde de Campo de Alanje, Embajador del Rey en Viena, con fecha de 8 de Octubre de 1799, se ve cuáles eran las disposiciones del Ministro para con la Corte de Roma: «Al nuevo Papa podría bastarle el dominio de cualquier casco de ciudad de Italia en donde mandase como Señor, y así se excusaban gastos de tropas, celos de otras Potencias, discusiones y querellas tan propias de los que poseen como impropias y ajenas de la tiara y de su divino ministerio. No sabe el Rey el partido que tomará el Emperador con respecto al nombramiento del Papa. Sería de desear que el elegido fuera varón justo, sin partidos ni pretensiones, y que no se hubiese manifestado ni en pro ni en contra de la Revolución; bien que en todo caso se ha puesto el Rey á cubierto, no sólo católicamente, sino como político, pues si se le quiere dar la ley en la elección, no restituyendo á los Obispos sus facultades primitivas de dispensas y demás gracias que por tolerancia se pedían hasta aquí á Roma, obrará como tenga por conveniente, y así con este escudo ó deberán consultar á S. M. para la

elección si piensan que algún fruto deben sacar de los vasallos españoles, bien que nunca será como hasta aquí, ó S. M. para nada de lo puramente gracioso acudirá á la Santa Sede. Explique V. E. esta manera de pensar á ese Ministro en conferencias verbales.»

Así, pues, la protección del Ministro era segura para los reformadores. Pero cuando Urquijo estaba más empeñado en defender su obra, perdió el favor del Rey y salió del Ministerio, como se verá más adelante.

Elección de nuevo Papa. La Francia no tiene voluntad de reconocer al que sea elegido, y quiso que tampoco le reconociese el Rey de España.—Respuesta del Ministro Urquijo.

Después del fallecimiento de Pío VI, los Cardenales se reunieron en Cónclave para la elección de un sucesor en el gobierno de la Iglesia. La ciudad en que se celebró fué Venecia, sometida entonces á la autoridad. En la designación de esta ciudad y en todo lo demás concerniente al nombramiento del nuevo Papa, se conformaron los Cardenales á lo dispuesto por el Pontífice difunto, con acuerdo de nuestro Embajador D. José Nicolás de Azara, quien fué encargado de comunicarles sus instrucciones, como dejamos ya dicho. No vieron los franceses con satisfacción que el Cónclave hubiese de celebrarse en los dominios del Emperador, porque recelaban que la elección de Papa se hiciese por su influjo. Por tanto, tuvieron pensamientos de negarse á reconocer la validez del nombramiento. Fundábanse en que para la elección de Papa había sido necesario en todos tiempos que se asociasen al Cónclave los Cardenales de todas las Potencias

católicas. El influjo de una de ellas tan solamente, junto con la intervención extranjera de los dos Gobiernos no católicos de San Petersburgo y Londres, y la violación manifiesta de la forma de los Cónclaves hasta allí tenidos en Roma, les parecían otros tantos motivos justos para no prestarse al reconocimiento del nuevo Papa. A estas razones, fundadas en la costumbre de la Iglesia, añadían otras de orden político. Haciéndose la elección, decían, con el beneplácito de las Potencias coligadas, es de temer que quieran éstas resolver de antemano cuestiones importantes, tales como la asignación futura territorial ó pecuniaria que haya de hacerse al nuevo Pontífice, y la suerte que hubiesen de tener en adelante las provincias de Italia que formaban el dominio del Papa. «Cuando la elección haya sido hecha, decía el Ministro Talleyrand al Marqués de Múzquiz, habrá de ser notificada al Rey de España. El primer Cónsul me encarga, pues, declarar á usted que, en su entender, importa á los dos países, y que están ambos obligados á ello en virtud del Tratado de alianza, que el Rey de España se niegue á reconocer el nombramiento, atendidas las irregularidades del Cónclave de Venecia, reservándose aprobarle ó no en lo sucesivo.» La respuesta del Gobierno español fué del todo contraria á las ideas de la Francia. D. Mariano Luis de Urquijo respondió (1) que, habiéndose celebrado el Cónclave con todas las formalidades acostumbradas, con presencia de un Cardenal español que había asistido á él previo el permiso de S. M. y con las instrucciones que tenía dadas para asegurarse de su libertad en la elección, el Rey no podía, ni en conciencia ni en política, dejar de reconocer al

(1) En 15 de Marzo de 1800.

Papa que se nombrase, tanto más cuanto se veía y se sabía que la Corte de Viena había cedido de su obstinación y dado las instrucciones para que los Cardenales nombraran á quien gustasen.

El Cónclave se reunió en Venecia el día 1.º de Diciembre de 1799. Le componían 35 Cardenales, cuyos nombres siguen: Alani, el Duque de York, Antonelli, Valenti Gonzaga, Caraffa Trajetto, Zelada, Calcagnini, Mattei, Archetti, José Doria, Livizzani, Borgia, Caprara, Vincenti, Maury, Pignatelli, Roverella, La Somaglia, Antonio Doria, Braschi, Carandini, Flangini, Rinuncini, Honorati, Giovanetti, Gerdil, Martiniana, Hertznan de Harras, Bellisomi, Chiaramonti, Lorenzana, Busca, Dugnani, De Pratis y Fabricio Ruffo.

El Cónclave reunido en Venecia eligió Papa al Cardenal Chiaramonti, el cual tomó el nombre de Pío VII.

Los votos se dividieron en dos fracciones, á cuyo frente estaban el Cardenal Braschi, sobrino del difunto Pío VI, y el Cardenal Antonelli. Por espacio de dos meses, los 22 votos del Cardenal Braschi estuvieron firmes en favor del Cardenal Bellisomi, y 13 del Cardenal Antonelli por el Cardenal Mattei, que había firmado el Tratado de Tolentino. Repitiéronse en vano las votaciones: cada uno de los partidos se mantenía en su posición primitiva, sin perder ni ganar terreno. Para salir de esta contienda y llegar por fin á la elección, se hicieron por los votantes varias tentativas. Se puso la mira en el Cardenal Albani, al cual obstó su parentesco con la casa de Austria por el Duque de Módena. El Cardenal Gerdil reunió también número considerable de votos; pero el Cardenal Hertznan, nacido

en Praga y elevado á la púrpura por Pío VI el 12 de Julio de 1773, Ministro del Emperador en el Cónclave, dió formal exclusión á dicho Cardenal, declarando que el Emperador Francisco no reconocería por Papa al que era vasallo del Rey de Cerdeña. Cuando los Cónclaves se prolongan sin poder arribar al nombramiento del Pontífice, es sabido que se siguen malas resultas. La salud de los achaquientos se altera, la intemperie de las estaciones hace incómoda la residencia, los ánimos se desalientan, los jefes pierden su influjo y hasta los vínculos de confianza y amistad se aflojan. Uno de los Secretarios del Cónclave, el cual, aun no siendo todavía Cardenal, tenía influjo con Sus Eminencias por el puesto que desempeñaba, y principalmente por sus luces y capacidad, tomó á su cargo dar otra dirección á los votos. Con singular ventura logró conseguir su loable intento. En el estado, decía, en que la Iglesia de Jesucristo se hallaba, combatida por enemigos poderosos, expuesta sin cesar á nuevos combates, amenazada también la soberanía temporal del Papa por los novadores sostenidos por las armas francesas, no podía convenir sino un Pontífice de carácter moderado y prudente. El Papa ha de ser juicioso y prudente, afable, comedido, de ánimo paternal, independiente: así el Sacro Colegio podrá dirigir sus designios y tareas por el bien de la Religión. Por estas palabras todos entendían que Consalvi quería designar al Cardenal de Imola, acreditado ya por sus relevantes prendas. Consalvi conocía bien las opiniones y afectos de los Cardenales electores. Uno de los votantes á quien Consalvi abrió su pecho fué el Cardenal Maury, el cual llevaba tras sí seis votos; y después de varios razonamientos, este purpurado prometió darlos al Cardenal Chiaramonti. En la votación del día si-

guiente, 14 de Marzo de 1800, el Cardenal Gregorio Bernabé Chiaramonti fué elegido Papa por unanimidad. Tomó el nombre de Pío VII por respeto á las virtudes de su predecesor y por gratitud á los servicios que le había hecho. Era nacido en Cesena en el año de 1742. Su familia era noble, pero no rica, y el joven Chiaramonti, movido por vocación, tomó la cogulla en el Monasterio de Benedictinos de aquella ciudad. Allí enseñó algún tiempo después la Teología, y por fin fué promovido sucesivamente á los Obispados de Tívoli y de Imola. En esta última diócesis Pío VI le elevó á la dignidad cardenalicia.

La elevación del Cardenal Chiaramonti á la tiara trajo á la memoria la pastoral que dió á luz en el año de 1796, cuando gobernaba la iglesia de Imola; documento que no podía menos de fijar la atención pública, pues aunque no se le hubiese dado importancia al tiempo de su publicación, elevado ahora el Cardenal á la tiara, la crítica, ó fuese la envidia y la enemistad, censuraron vivamente las ideas republicanas que contenía. El autor de la *Historia de Pío VII* (1) habla con extensión sobre esta materia.

Carta pastoral del Cardenal Chiaramonti siendo Obispo de Imola.

«Uno de los súbditos de Pío VI, dice, á quien los sucesos de Roma, es decir, la creación de la República romana, causaron más viva y dolorosa impresión, fué el Cardenal Chiaramonti. Veía más de cerca que otro

(1) El caballero d'Artaud, miembro del Instituto de Francia.

alguno el sistema de expoliación que se iba á establecer. Villetard, Comisario francés, había hecho secuestrar los objetos que el General Colli dejó en Loreto, cuyo valor ascendía á 800.000 francos. El Cardenal sabía con qué desprecio se hablaba de la *estatua de madera, de tres salvillas de loza y un pedazo de tela encarnada*, que componían, según Villetard, la parte más preciosa de la santa capilla.

»Toda la ciudad de Imola solicitaba del Cardenal una regla para conducirse en medio de tal confusión. Accediendo á sus ruegos, Chiaramonti publicó, pues, la homilía que le han censurado tanto, con fecha del día de Navidad, por haberla antidatado diez días.» No es dudoso que el Cardenal Chiaramonti debió intervenir solo en su composición, y no alcanzamos cómo pudieron añadirse, sin el consentimiento del Cardenal, algunos trozos del todo inútiles, en cuyos pasajes se fundaron todas las acusaciones contra el Cardenal, según el citado historiador.»

El lector hallará quizá ingenioso el singular pensamiento sugerido á M. d'Artaud por su deseo de disculpar al purpurado. Al mismo tiempo que encarece el mérito de la pastoral en la parte en que ésta trata de los sublimes principios de la Religión y los recomienda á los fieles, supone que manos extrañas intercalaron todo lo demás perteneciente á política, y que el Cardenal hubo de firmar sin duda lo que no aprobaba. Con mayor verosimilitud diremos que la terrible situación en que se veían los Estados romanos dominados por los republicanos franceses, y el temor de irritarlos más si se proclamasen doctrinas monárquicas que pudiesen ofenderles, guiaron la pluma del autor de la Pastoral. «La forma del Gobierno democrático que hemos adoptado, mis caros her-

manos, decía la Pastoral, no es contraria, no, á las máximas que quedan expuestas, ni se opone al Evangelio: por el contrario, exige todas las virtudes sublimes que no se aprenden más que en la Escuela de Jesucristo, las cuales, siendo practicadas religiosamente por vosotros, mantendrán vuestra felicidad, la gloria y el espíritu de vuestra República. Que la virtud sola por donde el hombre se perfecciona y se encamina hacia el fin supremo, el mejor de todos; que ella sola, animada por las luces naturales y fortalecida por lo que nos enseña el Evangelio, sirva de fundamento sólido á nuestra democracia.»

Con el mismo deseo de agradar á los dominadores de Italia y con el loable fin de aquietar los ánimos de los que querían sublevar á los habitantes contra ellos, preservando así al país de horrores y devastaciones, la Pastoral habla después el lenguaje propio de aquel tiempo. Recuerda la República de Atenas con elogio y admiración, como también Esparta, las leyes de Licurgo y de Solón, y, en fin, las de la República romana, por cuya mención se tenía propósito de aprobar al parecer las intenciones de los que trabajaban entonces por restablecer este género de Gobierno en Roma. La singularidad de la Pastoral llega hasta citar un pasaje ó fragmento de las obras de Juan Jacobo Rousseau, autoridad en que no debería fundarse por cierto el discurso de un Príncipe de la Iglesia. Estos lunares del discurso apostólico provenían, vuelvo á decir, de la situación crítica y apurada en que se hallaban los Estados pontificios. En una palabra, el Cardenal Obispo de Imola entró en su discurso en consideraciones políticas totalmente extrañas á su sagrado ministerio, vuelvo á decir, con el fin de conciliarse la benevolencia de los republicanos franceses

y de sacar provecho para el mantenimiento de la paz entre sus diocesanos. Nadie pensó por entonces en hacer al Cardenal el cargo de ser republicano. Su elevación al papado, habiéndole puesto en grande evidencia, despertó el odio de sus enemigos y dió lugar á la crítica de los ociosos.

Luego que Carlos IV tuvo noticia de la elección del Sumo Pontífice, mandó que se cantase el *Te Deum* en acción de gracias y que hubiese iluminaciones por tres noches en Madrid en celebridad del nombramiento de Papa.

Al cabo de algunos meses, Su Santidad se embarcó en Trieste para los Estados pontificios. El Comandante napolitano devolvió antes la autoridad política, que allí ejercía á nombre del Rey de las dos Sicilias, á los Cardenales *à latere* comisionados por el Papa al intento, reservando el poder militar provisionalmente para la protección de los habitantes. El nombramiento del Papa tranquilizó los ánimos de los fieles en todos los Estados católicos.

Volviendo ahora á la continuación de los sucesos de la guerra, refiramos la cooperación que la armada española prestó en la lucha contra la Gran Bretaña á la causa de la Francia.

El lector ha visto ya la reclamación hecha por el Embajador Azara, en la cual pedía que se conservase al ciudadano Talleyrand en el Ministerio de Relaciones exteriores de la República, alegando, por razón de ello, haber tratado y dispuesto Azara con el Ministro francés todo lo conveniente á la unión de las fuerzas marítimas de Francia y España, para asegurar el buen éxito de las operaciones contra los ingleses. El órden histórico pide, pues, mencionar los servicios que prestó la armada española á la causa de la Fran-

cia y los conciertos que hubo entre los dos Gabinetes sobre este objeto.

Aunque la dimisión del Príncipe de la Paz pasó las riendas del Gobierno de España á otras manos, el sistema político no varió esencialmente con respecto á la Francia. Aquel mismo espíritu de pusilanimidad que prefirió los males y el deshonor de la alianza á la ventajosa posición de una neutralidad libre é independiente, continuaba siempre. El nuevo Gabinete se resignó también á sufrir el yugo de la República. En verdad se necesitaba fortaleza de ánimo para sacudirle, y ni Carlos IV ni María Luisa la tenían. Saavedra, á quien fué encargado interinamente el despacho de la primera Secretaría de Estado, era varón entendido, pero falto de resolución y sin las miras elevadas que se necesitaban para salvar el reino. Jovellanos, más capaz y también más resuelto, estaba ocupado exclusivamente en el desempeño de la Secretaría de Gracia y Justicia, sin extender su vista más allá de ciertas reformas en el gobierno interior. Uno y otro miraban como su principal deber cumplir puntualmente con las intenciones del Rey, que estaba firme siempre en mantener la alianza con la República á costa de cualquier sacrificio, y quería vivir arrastrando cadenas. El pensamiento sólo de que un ejército auxiliar de la República pudiese atravesar algunas provincias del reino para acometer á Portugal, le estremecía su imaginación amedrentada, y no veía sino desórdenes y trastornos en sus dominios. ¿Cuán grande no sería, pues, su temor de tener abiertamente por enemigos á los republicanos? Por otra parte, ni Saavedra ni Jovellanos pudieron llegar nunca al ascendiente que el Príncipe de la Paz había tenido sobre el ánimo de Carlos IV.

Los franceses se muestran descontentos del Gobierno del Rey Carlos IV.

Los republicanos franceses se mostraban descontentos del Gobierno del Rey, por más que hubiesen logrado la separación del Príncipe de la Paz, suponiendo que era ésta tan sólo aparente y que el Gabinete de Madrid encubría así su desafecto á la República. Sus quejas eran infundadas y á veces pueriles. ¿Quién podrá creer que hasta en aquellas atenciones de urbanidad que se acostumbran entre los Comandantes de escuadras enemigas, hallase la suspicacia del Directorio motivos de acusación contra el Gobierno español? Entre el Almirante Jervis, ya Conde de San Vicente, que mandaba la escuadra inglesa del bloqueo de Cádiz, y el General Mazarredo, Jefe de la española surta en aquel puerto, había de tiempo en tiempo comunicaciones, ya para objetos del servicio, ó ya para aquellos agasajos que los guerreros de naciones cultas, sin contravenir á sus deberes, suelen hacerse recíprocamente. Pues en estas acciones, ó indiferentes ó laudables, descubrían los celos de la Francia inteligencias secretas y tramas políticas. No menos extraña era otra de sus quejas. Por algunas calles de Cádiz salían á veces rosarios de niños. A su vista se encendía la cólera filosófica de los republicanos franceses, los cuales, so pretexto de obstrucción de la vía pública, prorrumpían en imprecaciones y denuestos que no quedaban sin respuesta por parte de los circunstantes. El Representante de la República en Madrid, ofendido de los desacatos del pueblo gaditano, se lamentaba de que se tolerase la antigua y piadosa costumbre de los

rosarios, dejando al mismo tiempo entrever aquella intolerancia irreligiosa que manifestaban los viajeros ó negociantes de su nación. Otras reclamaciones de igual valía llenaban las notas del ciudadano Perrochel, después que el Embajador Truguet fué separado de su puesto.

Si pudiera haber alguna cosa más extraña todavía que estas quejas, lo sería ciertamente la gravedad con que el Gobierno del Rey descendía á satisfacerlas. Recuerdan los historiadores extranjeros el orgullo de los Embajadores españoles en los tiempos del Emperador Carlos V y de Felipe II, su hijo. Sin determinar el valor de tales censuras, puede decirse que la España de Carlos IV expió cruelmente los atrevimientos y demasías en que hubiesen caído los representantes de aquellos poderosos Monarcas por las humillaciones á que se vió reducida, tratando con los altaneros á par que obscuros emisarios de un Gobierno nacido de las convulsiones de la más ínfima plebe.

De la escuadra española.

Los franceses se quejaban también de la inacción de las escuadras del Rey, pero sin fundamento. Con solicitud constante se procuraba obrar en este punto de tal modo, que nuestro imperioso aliado no tuviese motivo de descontento. Las escuadras no aguardaban más que avisos, por no decir órdenes de París, para sus movimientos, y ¡cosa muy digna de notarse! rara vez venían acompañadas de claras explicaciones sobre los designios del Directorio. En vano solicitaba el Rey por sus Ministros, ó por su Embajador en París, que se le diese conocimiento de aquellos mismos pla-

nes, á cuya ejecución debían concurrir sus fuerzas marítimas. Acaecía con frecuencia que se le hacía de ellos misterio, como si su triste condición fuese la de ser instrumento meramente pasivo de la política republicana. Verdad es que, por uno de los artículos del Tratado de alianza, la Potencia demandante de socorros no tenía necesidad de declarar el fin con que los pedía; mas esta cláusula no podía entenderse materialmente, sobre todo tratándose de expediciones que reclamaban el mejor acuerdo de los aliados para que fuesen coronadas de buen éxito. Los hechos probaban la buena fe del Gobierno español. En virtud de las instancias del Embajador Truguet, había salido de Cádiz la escuadra al mando del General Mazarredo, compuesta de 22 navíos de línea y de un número correspondiente de fragatas. La escuadra enemiga, no creyéndose con bastante fuerza, se alejó. El momento era muy propicio; y si la armada francesa se hubiese reunido con la nuestra, hubieran podido ambas entrar en el Tajo, obligar á Portugal á firmar una paz honrosa y dirigirse después al Canal de la Mancha para proteger un desembarco en Irlanda. Teníase por cierto que la escuadra inglesa no podría impedir estos movimientos. Por otra parte, el estado de Irlanda hacía creer que un golpe sería dado ciertamente, reinando allí vivísimo descontento y esperando los principales Jefes de la insurrección los socorros que habían sido prometidos tan formalmente. Mas la escuadra del Directorio no concurrió á la ejecución de este plan; y habiendo tenido tiempo los ingleses para reunirse y reforzarse, Mazarredo hubo de volver á entrar en el puerto, no sin haber tenido averías considerables en sus navíos.

Reparadas éstas, la escuadra hubiese dado otra vez

la vela si los franceses, cuya expedición iba á salir de Tolón para Egipto, no hubieran hecho presente al Rey que convenía tener á la escuadra inglesa ocupada en el bloqueo de Cádiz, y que, por tanto, la nuestra debería mantenerse en el puerto. Hízose puntualmente lo que deseaba el Directorio, y la expedición francesa pudo por esto apoderarse de Malta y llegar felizmente á Egipto. Los franceses se condujeron entonces con tal reserva, que ni aun se vislumbró por la Corte de Madrid el destino de la expedición.

El Directorio pide al Rey la cooperación de todos sus buques de guerra.

Destrozada la escuadra francesa en la rada de Abukekir por el Almirante inglés Nelson, el Directorio se vió en la necesidad de reunir cuantas fuerzas marítimas pudiese para oponerse á las tentativas y esfuerzos de sus enemigos victoriosos. Con este fin pidió al Rey que le dijese las fuerzas de que podía disponer para determinar si, reunidas todas ellas con las francesas, ofrecían medios de hacer frente á los ingleses. Carlos IV, siempre fiel y pronto á cumplir lo prevenido en el Tratado de alianza, mandó hacer reseña de sus buques y dar cuenta puntual de ellos al Directorio, su aliado. D. Juan de Lángara, que era á la sazón Ministro de Marina, al presentar el estado de las fuerzas navales dijo que si bien la armada del Océano surta en la bahía de Cádiz aparentaba ser de 22 navíos de línea, la escasez de marineros para reemplazar los muertos, inhábiles y desertores, obligaba á desarmar unos buques para completar otros, de suerte que se podía contar sólo con 15 navíos y 4 fragatas para el

caso de dar la vela. En el departamento del Ferrol lo más que podrían habilitarse serían 4 navíos y 2 fragatas. En el de Cartagena no se podía disponer de ningún buque de alto bordo, por la necesidad de conservar la división de fragatas y la de buques menores armados, así para las precisas y continuas comisiones que ocurrían, como para defender de corsarios las costas desde el cabo de Creus en Cataluña hasta la bahía de Algeciras, y también para dar convoyes á las embarcaciones de nuestro comercio y tráfico costanero. El Ministro era de parecer que todo lo que el Rey podía hacer en favor de la República, era aprontar cuatro navíos en el departamento del Ferrol para pasar á Brest é incorporarse con la escuadra de la República armada en aquel puerto, y 11 navíos en el de Cádiz con el número de fragatas que fuese posible y de bergantines en lugar de corbetas, dejando en este puerto solos 4 navíos armados para defensa del puerto, de los arsenales y de la plaza misma, expuesta por su localidad, si no á ser tomada, por lo menos á sufrir los estragos de que no podía libertarse sino por medio de una marina vigorosa. En los departamentos del Ferrol y de Cartagena quedarían algunos navíos, pero sin gente para dotarlos.

Parecer de D. Juan de Lángara, Ministro de Marina.

En cuanto al uso de estas fuerzas disponibles, Lángara no aprobaba que pasasen á Tolón, como querían los franceses, así porque la salida del puerto de Cádiz sería peligrosa en sumo grado á la vista de una escuadra enemiga de 26 navíos, como porque aun dado caso que se consiguiese hacer felizmente la salida, no

tendría otro resultado más que mudar de bloqueo, pues llegados que fuesen á Tolón los navíos sin ser alcanzados por la escuadra inglesa, se presentaría ésta al punto para bloquearlos allí, como acababa de hacerlo en Cádiz. Consecuencia de este modo de pensar del Ministro era que no convenía que la escuadra saliese de Cádiz, y que cuando más, si se persistía en la idea de que pasase al Mediterráneo, lo más acertado sería que los navíos y fragatas de Tolón se dirigiesen por aquella costa á incorporarse en Cádiz con los 11 navíos; operación expuesta á un combate, pero que podría tener buen éxito saliendo nuestra escuadra completa, si fuese preciso, con el mismo Levante que aquéllos viniesen, á cuyo fin se establecerían señales entre la costa y los Generales de las dos naciones. Mas aun reunidas así las escuadras, temía Lángara que juntas todas las fuerzas inglesas á las de Nelson, fuese imposible superarlas, habiendo recibido este Almirante los pertrechos navales que necesitaba y también otros navíos con que reemplazar á los inutilizados en su combate feliz de Alejandría. De todo lo cual resultaba que convenía abandonar por entonces el proyecto de reunión de las dos escuadras de Tolón y de Cádiz y limitarse á enviar socorro á Irlanda. La escuadra de Brest, unida á los cuatro navíos que irían desde el Ferrol, debía ser superior á los 15 navíos ingleses que cruzaban sobre Duessant; además, la estación era favorable para inutilizar las escuadras en cruceros y para facilitar con la obscuridad la introducción de tropas y municiones. El dictamen del Ministro de Marina fué escrito el día 18 de Octubre de 1798.

Proyecto del Directorio sobre operaciones navales de las dos escuadras.

Eran no menos obvias que justas las observaciones de Lángara. Así fué que aun sin haber habido el tiempo necesario para que llegase al conocimiento del Directorio, abandonó ya éste su primer proyecto de reunión de las escuadras en el Mediterráneo y formó otro plan, para cuya ejecución pidió el consentimiento y cooperación del Rey. El plan era el siguiente: 1.º Una expedición contra Irlanda. Para ella pedía que el Gobierno español escogiese 10 ó 12 navíos, con el número correspondiente de fragatas, en los cuales se embarcarían á lo menos 6.000 hombres de tropas de tierra, que fuesen irlandeses ó valones, si había arbitrio para ello. La escuadra del Rey, después de desembarcar las tropas, los uniformes, las armas y municiones de guerra con destino á los insurgentes, de todo lo cual había de estar provista con abundancia, podría hacer su regreso á Brest, en cuyo puerto se reuniría con 15 ó 20 navíos franceses para ir de nuevo sobre Irlanda y desembarcar un número de tropas más considerable, si se creyese necesario. 2.º Una expedición á Santo Domingo. Diez navíos españoles habrían de ir á esta isla, en donde hallarían navíos y tropas de la República. Desde Santo Domingo se podría intentar la conquista de la Jamáica, operación que se miraba como fácil por reinar allí sumo descontento y porque se podía contar con el auxilio de los indios *marrones*, que están siempre prontos á acometer al Gobierno de aquella colonia. 3.º Una expedición al Mediterráneo. El objeto de ella sería man-

tener un crucero que favoreciese las comunicaciones de los españoles y franceses en aquel mar. Tolón sería el puerto de refugio de la escuadra en caso de necesidad; los navíos facilitarían la entrada de provisiones en Malta y protegerían también á Córcega.

El Ministerio español promete que ejecutará los designios de la Francia.

No bien hubo llegado á Madrid este nuevo proyecto, cuando el Ministro Saavedra escribió á Azara diciéndole que el Rey estaba resuelto á enviar desde el departamento del Ferrol cuatro navíos con 3.000 hombres de tropas y con cuantas municiones pudiesen llevar, dirigiéndolos á Brest. A este fin se iban ya acercando los batallones al Ferrol. Con todo, hubo necesidad de suspender por algún tiempo la salida de la expedición para Rochefort por haberse tenido noticia de que los ingleses se disponían á acometer á alguna de las posesiones españolas, que se suponían ser la Habana, Puerto Rico ó Canarias; y como las dos primeras islas estuviesen bien defendidas y resguardadas, se tuvo por conveniente reforzar las últimas. Teniendo, pues, cerca del Ferrol los 3.000 hombres que debían ir á la expedición á Brest, y estando prontos los cuatro navíos, se mandó que los transportasen á Canarias, adonde se envió también un segundo Comandante general, joven de valor y experiencia, por hallarse el primer Comandante en edad ya muy avanzada. Para engañar al enemigo y conseguir que los navíos volviesen al Ferrol sin tropiezo por parte de la escuadra inglesa, se echó la voz de que la expe-

dición iba á América. Como el tiempo necesario para su regreso no fuese considerable, la expedición destinada para las costas de América podría partir en breve para Brest ó Rochefort.

«También entrará S. M., decía el Ministro Saavedra, en el plan de la Jamáica, saliendo 10 navíos de Cádiz con 5.000 hombres de desembarco, en el caso de que haya un fuerte viento Este, después de preparada y combinada la expedición con el pulso que requiere el estado marítimo de las dos Potencias. Por lo mismo sería necesario saber qué partido hay entre los marrones de las montañas, el estado cierto de las tropas de la Jamáica, el número de buques franceses que hay en aquellas aguas, los parajes en donde están y cuáles y cuántos sean los navíos ingleses, y adónde y cómo ha de hacerse la reunión de los españoles y franceses; en el supuesto: primero, de que no saldremos sin el expresado viento Este fuerte, pues de otro modo seríamos atacados y vencidos sin fruto, quedando para siempre en la más afrentosa esclavitud; y segundo, que nuestras tropas se detendrán solamente tres ó cuatro días en Santo Domingo para no exponer á ellas y á los marineros á una mortandad cierta. Los 5.000 hombres se irían acercando á Cádiz. El Rey cuenta con que se guardará el mayor sigilo sobre la expedición, pues de otro modo se malograría.»

Después de decir á Azara, para que lo comunicase al Directorio, que iba á escribir de orden del Rey á las Potencias berberiscas para que socorriesen á Malta, y que además de las fragatas que ya había en el Mediterráneo pondrían otras que pudiesen proteger el comercio de ambas naciones, añadía: «Cada vez es más temible el destino de la expedición de Bonaparte, la cual causará á la República no pocas desgracias,

así en lo interior como en lo exterior; pero ya no hay que tratar de lo que no tiene remedio.»

No solamente costaba trabajo determinar al Directorio á que dijese cuáles eran los planes á cuya ejecución habrían de concurrir las escuadras españolas, sino que además era preciso resistir á otras pretensiones que hacía continuamente. Quiso que los navíos armados en el puerto de Cartagena, que no tuviesen la dotación de marineros correspondiente, fueran conducidos á Tolón para tripularlos con su marinería y ponerlos bajo el mando de Oficiales republicanos. Esta pretensión pareció al Rey injuriosa, mayormente habiéndola hecho el Embajador Guillermardet con imperiosa arrogancia. «Mientras que un navío lleve el nombre español, respondió el Ministro Urquijo, no consentirá S. M. que le tripule marinería extranjera ni le mande ningún Oficial que no sea de la marina Real; si la República quiere comprar los buques que hay en Cartagena armados y no tripulados competentemente, el Rey se los venderá, á cuyo fin se presentará una nota del precio de ellos.» Con efecto, se hizo la evaluación de cada uno de los navíos de dicho puerto y se comunicó al Directorio. Los navíos eran *María Luisa*, de 112 cañones; *San Carlos*, de 96; *Guerrero*, de 74, y *San Julián*, de..... Mas la Francia quería apoderarse de ellos sin comprarlos. La pretensión de poner tripulación en nuestros buques era también muy extraña, estando las escuadras francesas de Brest y de Tolón mal tripuladas y sin los aprestos y provisiones que reclamaba su servicio. Por aquel tiempo hizo la República al Rey otra petición que logró mejor acogida, es á saber: que se le permitiese construir buques de guerra en Pasajes. Las expresiones del Ministro francés son: *Monter quelques vais-*

seaux dont les membrures seraient preparées à Bayonne. Así le fué concedido.

Los planes propuestos por el Directorio no llegaron á ejecutarse.

De la expedición á Jamáica no se volvió á hablar. Pero instaban los franceses porque la escuadra de Cádiz, mandada por el General Mazarredo, estuviese pronta á salir al mar, pues estaba determinado que el Almirante Bruix se hiciese á la vela, y desde Brest fuese á Cádiz á reunirse con ella, á cuyo fin enviaron al General Lacrosse para que hablase con Mazarredo sobre los planes del Directorio. Diéronse, pues, en Madrid las órdenes convenientes para activar los aprestos. Lacrosse, sabiendo que el Rey de España quería recobrar á Mahón, dejaba entender que su reconquista sería el primer fruto de la reunión de las escuadras aliadas, si bien el Directorio ocultaba en esto sus verdaderas intenciones; pues fija siempre la vista en sus propios intereses, miraba la reconquista de Menorca como cosa de menos valer.

Por una casualidad singular, el Embajador del Rey en París descubrió que el proceder del Gobierno francés no era sincero, y que el fin del Directorio era enviar las escuadras á las costas de Siria y Egipto, socorriendo primeramente á Malta y poniéndose después en comunicación con el ejército del General Bonaparte, si era posible. Creyendo en la sinceridad de las promesas de los Directores, Azara estaba en la persuasión de que las dos escuadras tenían por objeto un desembarco de tropas en Irlanda. Así lo escribía á su Gobierno: «La idea es hacer el desembarco en Irlanda. Para ello hay 24 navíos de línea y buen número

de fragatas en Brest, en cuyos buques se embarcará un Cuerpo de tropa muy respetable. Nuestros navíos del Ferrol deberán venir á Rochefort en treinta ó cuarenta horas. La escuadra de Brest, á su salida, hará un movimiento hacia el Sur, y por señales convenidas saldrán nuestros navíos á juntársele para seguir la expedición. Lo mismo se procurará combinar con la escuadra holandesa, que tiene á bordo 5.000 hombres de desembarco y saldrá del puerto á costa de cualquiera riesgo.»

Azara descubrió que la intención de los Directores era enviar las escuadras francesa y española á Egipto.

Mas cuando Azara vivía en plena seguridad acerca de este asunto, supo que el Directorio tenía otras miras y que le engañaba con sus reiteradas y fingidas promesas. Una mañana entra un criado en el cuarto del Embajador y le anuncia que una señora joven, no mal parecida y de buen porte, deseaba hablarle. Preséntanse á veces á esa hora en París en las casas de hombres solteros ó de extranjeros de distinción, mujeres jóvenes, al parecer de recato, que bajo fingidas apariencias de honestidad buscan pretextos para hacer tráfico de su hermosura. Azara, que estaba muy enterado de este manejo, dudó un instante si admitiría ó no á la persona que solicitaba verle; pero por fin dijo que entrase. La doncella era de las verdaderamente honestas, y el objeto de su visita el siguiente. Trataba de casarse con un Oficial del ejército francés que estaba en Egipto, y deseando dirigirle una carta con seguridad, iba á pedir al Embajador que se la enviase por la escuadra española, puesto que debía salir para aquella parte del Africa. Disuadióla Azara, y le dijo

que los navíos españoles llevaban otro destino muy diverso; mas la joven sostuvo que la escuadra española iba á Egipto. Dió tales pruebas de que esa era la intención del Directorio, que el Embajador hubo de pararse y comenzó á creer que su relato era cierto; pidió que le diese más noticias y explicaciones, y de ellas resultó que un Intendente de ejército, bien informado del destino de las escuadras por razón de su empleo, le había comunicado á la bella desposada. Azara prometió á ésta que enviaría su carta, y la despidió. En las *Memorias* en que Azara refiere esta anécdota, cuenta también lo vivamente picado que se sintió, viendo que era el juguete de los *Abogados* (así llamaba él á los Directores). Resuelto á no sufrir burla tan pesada, mandó al punto poner el coche y se encaminó á casa del Ministro Talleyrand. Entero como buen aragonés y acostumbrado á tratar verdad en los negocios, descargó sobre el Ministro francés lo más recio de su enojo y le reconvino con la mala fe de su Gobierno. El impávido Ministro respondió que le cogía de nuevo lo que Azara decía, y que no tenía de ello el menor antecedente. Fuese ó no verdad, Azara creyó que Talleyrand no le engañaba, y juntos partieron para el Palacio del Luxemburgo, en donde se reunían los Directores. Llegaron cabalmente á tiempo en que estaban en Junta; y habiendo entrado Azara y Talleyrand en el salón de sus sesiones, el Embajador del Rey se quejó altamente de la insigne mala fe con que se procedía con su Soberano y con él, dando al intento las pruebas evidentes que tenía de la intención de enviar las escuadras á Egipto. Convincentes debían de ser las tales pruebas, puesto que los Directores se rindieron á ellas y le confesaron que se proponían socorrer á su ejército en Oriente, añadiendo que no habían

creído que el Rey de España llevase á mal prestar este auxilio á la República. Azara no tuvo trabajo en demostrarles que el pensamiento no era conveniente, y que si las escuadras fuesen á Egipto correrían gran peligro de ser deshechas por los ingleses. El Directorio cedió á la fuerza á esta razón, y desde entonces no se pensó ya más en tal proyecto.

La escuadra del General Melgarejo sale del Ferrol para Brest.

D. Francisco Melgarejo, Teniente General de Marina, partió del Ferrol para Rochefort el día 26 de Abril de 1799 con cinco navíos, es á saber: *Real Carlos*, *Argonauta*, *San Agustín*, *Monarca* y *Castilla*, y con las fragatas *Carmen* y *Paz* y el bergantín *Vivo*. En ellos iban de transporte 2.900 hombres de infantería con 14 piezas de campaña, sus municiones y pertrechos correspondientes y 4.000 fusiles. Llevaba esta escuadra víveres para cuatro meses. El mando de las tropas fué conferido al Teniente General D. Gonzalo O'Farrill. Así lo pidió el Directorio por instancias de los emisarios irlandeses, creyendo que el origen y nombre irlandés del General favorecerían el objeto de la empresa contra Irlanda. Por la misma razón se proponía el Directorio nombrar al General Kilmaine para mandar las tropas francesas de desembarco. La escuadra española fondeó en la rada de Rochefort el día 7 de Mayo.

El Gobierno de Madrid encargó al Embajador que hiciese presente al Directorio su resolución de no enviar la escuadra española á Egipto.

Cuando el descubrimiento de Azara sobre el destino que el Directorio pensaba dar á las escuadras llegó á

noticia del Gabinete de Madrid, que tenía interés tan verdadero en no comprometer sus armadas en expediciones lejanas y aventuradas, encargó al Embajador que volviese á hablar á los Directores y procurase alejarles de todo proyecto fundado sobre el envío de las escuadras á Egipto, haciéndoles presente que no era honroso para la República dejar abandonados á los buenos irlandeses, los cuales, esperando sacudir el yugo de Inglaterra, se habían manifestado con tan amigables intenciones en favor de la Francia, pues pudiera suceder que la amistad de los irlandeses se trocase en odio irreconciliable. Por el contrario, de socorrerlos debían seguirse innumerables provechos, aun en caso que las expediciones no tuviesen feliz éxito. Sería posible, á la verdad, decía el Ministro, combinar un plan de expedición al Oriente que trajese ventajas. Quizá se podría sorprender á la escuadra del Almirante Jervis y vencerla; reunirse las armadas española y francesa en la bahía de Cádiz; facilitar juntas la reconquista de Mahón; limpiar el Mediterráneo de ingleses, rusos y turcos, y llevar refuerzos á Bonaparte á Egipto ó á Siria, poniendo á los ingleses en cuidado por la India oriental. Mas contra este proyecto hay los inconvenientes que siguen.

El Almirante inglés, que manda el bloqueo de Cádiz, es muy cierto que no se dejará batir. Apenas haya descubierto la escuadra francesa, se retirará á Gibraltar; nos dejará entrar libremente en el Mediterráneo, y con todas las fuerzas navales inglesas del Océano vendrá después á caer sobre nosotros en Levante. Habrá una batalla desesperada, porque es menester que los ingleses la busquen aun á riesgo de perderla, conviniéndoles destruir nuestra marina. Para nosotros una victoria equivaldría á un desastre,

porque careceríamos de medios para reparar la escuadra y hacernos prontamente otra vez al mar, y ellos, aun vencidos, tuvieran arbitrio de reparar al punto sus pérdidas.

Hay más. Si franceses y españoles nos presentásemos unidos en el Mediterráneo, tuviéramos por contrarios á rusos y turcos. Ambos nos declararían la guerra; y aunque nosotros no tengamos nada que temer de los primeros, el rompimiento con la Puerta Otomana nos acarrearía muchos males. Las Regencias de Africa seguirían el impulso de Constantinopla, y de amigas que son ahora del Rey de España, pasarían á ser contrarias; y enemigos, por decirlo así, domésticos, ni respetarían en lo sucesivo los buenos oficios que hacemos en la actualidad en favor de los franceses. Por último, todos saben que con semejantes gentes hay mucho que perder y muy poco que ganar. Los ingleses, que son tan avisados en sus cosas, sacarían provecho de nuestras faltas y atizarían el fuego de la discordia por todas partes de Africa y de Levante, dando á los bárbaros cuantos socorros les fuesen necesarios para hacernos mal.

El Ministro terminaba su carta diciendo: «No obstante esta perspectiva, que nada tiene de grata en verdad, el Rey, aliado fiel de la República, no se apartará de los designios de la Francia y deja á su libre disposición el destino de la escuadra del Ferrol, que llegará á Rochefort de un instante á otro, pues su detención no ha consistido más que en los vientos contrarios.»

Salida de Brest de la escuadra francesa al mando del Almirante Bruix.

En el mismo día en que el Teniente general de Marina, Melgarejo, dió la vela del Ferrol (26 de Abril), salió también de Brest la escuadra francesa al mando del Almirante Bruix. El 7 de Mayo se presentó delante de Cartagena, y el 13 entró en el puerto de Tolón. Un fuerte temporal impidió á esta armada tentar su reunión con el General Mazarredo, que estaba en Cádiz. Túvose pesadumbre en Madrid de que no se hubiesen juntado las dos escuadras aliadas, pues se esperaba candorosamente, y sin dudar de la buena fe del Directorio, que hubiesen podido favorecer un desembarco en Menorca. Según el parecer de los marinos, el Almirante francés hubiera podido acercarse á Cádiz, por más que se hubiera opuesto el enemigo, y reunidos los 25 navíos de su escuadra con los 17 españoles que estaban prontos á dar la vela al punto que se supiese su proximidad, se hubiera visto en aprieto la escuadra inglesa que bloqueaba el puerto. Pero habiendo los franceses embocado el estrecho y pasado al Mediterráneo, el enemigo maniobró inmediatamente en su seguimiento. Mazarredo no perdió entonces instante para ponerse á la vela con la escuadra de su mando, creyendo acertado cruzar á la boca del estrecho é interceptar cualesquier navíos que viniesen á pasarle para reforzar al Almirante inglés. Reinaba en la escuadra española el mayor entusiasmo, por haberse concebido esperanzas fundadas de un crucero feliz. La llegada del pliego de la Corte en la noche del 13 de Mayo de 1799, de que hemos hablado, estando ya la escuadra fuera del puerto, trastor-

nó el bien meditado plan de Mazarredo. El Gobierno le mandaba dirigirse también al Mediterráneo. No tardaron en llegar dos divisiones inglesas procedentes de Inglaterra, una de cinco navíos y otra de nueve, las cuales probablemente hubieran caído en nuestro poder, habiéndose mantenido nuestros navíos cerca del estrecho.

El Rey manda al General Mazarredo que salga de Cádiz con su escuadra para recobrar á Mahón. Una fuerte tempestad le obliga á entrar en el puerto de Cartagena.

El Rey, que no perdía de vista el recobro de Mahón, frustrada ya la reunión de las escuadras, mandó al General Mazarredo que, estando todo preparado para el desembarco en Menorca y no faltando sino la fuerza de mar que la facilitase, verificara la salida de Cádiz con la escuadra de su mando; que huyese de entrar en combate contra los ingleses, y que se dirigiese por Cartagena, Alicante, Barcelona y Mallorca para recoger cuantas tropas, pertrechos y víveres hubiese en aquellos parajes, y sacar de manos del enemigo aquel puerto tan interesante.

Mazarredo salió de Cádiz el 13 de Mayo, embocó el estrecho y siguió su derrota; pero en el día 16 sufrió una tempestad horrible que causó muchos daños en sus navíos, y le obligó á entrar en el puerto de Cartagena para repararlos. La gravedad de los daños padecidos fué tan grande, que no se creyó posible salir al mar antes de pasados cuarenta días.

Los buques armados en el departamento de Cádiz y que debían salir al mando del Teniente general D. José de Mazarredo, fueron los siguientes:

NAVÍOS.	Portes.	Comandantes.
Purísima Concepción...	112	D. Antonio de Escaño.
Príncipe de Asturias...	112	Juan Vicente Janes.
Santa Ana............	112	Baltasar Hidalgo de Cisneros.
Conde de Regla........	112	José Escaño.
Mejicano.............	112	José Gardoqui.
Neptuno..............	80	Bernardo Muñoz.
Oriente..............	80	Nicolás Estrada.
Pelayo...............	74	Cayetano Valdés.
San Telmo............	74	Juan José Martínez.
Soberano.............	74	Rafael Villavicencio.
San Francisco de Asís..	74	José Lorenzo Goeroechea.
San Pablo............	74	Luis Villabriga.
Nepomuceno..........	74	José de la Valeta.
Bahama..............	74	José Aramburu.
Conquistador.........	74	Cosme Damián Churruca.
San Joaquín..........	74	Marcelo Spínola.
San Francisco de Paula.	74	Agustín Figueroa.
FRAGATAS.		
Alacha...............	36	Ignacio Olaeta.
Perla................	36	Francisco Moyua.
Carmen..............	36	Fernando Bustillo Cueva.
Matilde..............	36	José González Ortiz.
BERGANTINES.		
Descubridor..........	18	Pedro Pantoja.
Vigilante............	18	José de Córdova.
Vivo.................	18	Juan Domingo Deslover.
Corbeta Colón........	24	Antonio Muñoz Parcebal.

El Rey pide que la escuadra de Melgarejo vuelva á los puertos de Galicia.—El Directorio se ofende de las desconfianzas del Rey de España.

Cuando, por la salida de la escuadra francesa de Brest y por su arribo á Tolón, se creyó que el pensa-

miento primero de la expedición contra Irlanda se hallaba abandonado, pidió el Rey que la escuadra de Melgarejo regresase desde Rochefort al Ferrol ú otro puerto de España, fundándose en que si la armada de Mazarredo, unida con la francesa, se alejaba de las costas, no quedaban navíos para defenderlas. Además, las tropas que habían transportado los navíos del Ferrol podrían ser necesarias, y en todo caso eran en Francia inútiles del todo. Con el fin de eludir el cumplimiento de lo que el Rey pedía, prometieron los franceses armar otros navíos en Brest, los cuales, juntos con los españoles de Rochefort y una escuadra holandesa de 18 navíos, bastasen para ejecutar el desembarco proyectado. Era sabido que había imposibilidad absoluta de preparar un armamento considerable en Brest; y no cabiendo ilusión ninguna acerca de ello, se volvió á insistir en la vuelta de la escuadra de Melgarejo. Grande fué el enojo del Directorio á vista de la instancia. Llegó á tal punto, que Azara temió un rompimiento y expidió un correo á Madrid, dando cuenta de la mala disposición de los Directores. «Son capaces, decía, de dejarse arrastrar á cualquiera violencia. Podrán, por ejemplo, no permitirme expedir correo á Rochefort, y quizá impedirán que salgan los españoles que están allí. En suma, podrán hacer algún acto que embrolle á las dos naciones y que tenga las consecuencias más desagradables.» De este modo entiende el fuerte su alianza con el débil. España debía entregar para el servicio de la República cuantos buques tuviese, sin que se le comunicase siquiera el destino que se pensaba darles, y, sobre todo, sin que le quedasen medios de atender á su propia defensa.

Consternación del Ministerio español. — El Rey escribe á los Directores para justificar sus procedimientos.

La llegada del correo expedido por el Embajador, llenó de consternación al Rey y á su Ministro. Arrepintiéronse entonces de no haber mostrado plena sumisión á las voluntades del Directorio, y con la mayor presteza procuraron aplacar su enojo. Urquijo había ya determinado al Rey en varias ocasiones á escribir en derechura á los Directores hasta sobre los objetos que no merecían la regia intervención, menoscabando así el respeto de la majestad soberana, como había sucedido en su querella con el Embajador Guillermardet, el Ministro. Teniendo, pues, el rompimiento de la alianza por el mayor de todos los males, dictó á S. M. la carta siguiente para el Directorio, en la que se encubre mal el azoramiento, por no decir el miedo, del que la escribía:

«*A la República francesa, y en su nombre á los ciudadanos que componen su Directorio ejecutivo.*—Grandes y leales amigos: Cuando mandé volver mi escuadra desde Rochefort á la Coruña, instruí á mi Embajador de los motivos que me obligaban á esto, y al propio tiempo le advertí que en mi nombre os asegurase podíais contar con ella después de preparada la vuestra de Brest, y comunicados y concertados los planes de los usos á que debería servir.

»Dicha mi escuadra tenía orden de acompañar y proteger al convoy que se halla en las costas de Santander con efectos y municiones navales que no se pueden exponer en la travesía, y más en la actualidad en que no están demasiado provistos los arsenales y en que se ha gastado inmensamente con motivo de

la tempestad que experimentó mi escuadra de Cádiz.

»Vosotros, grandes amigos, habéis creído que estas consideraciones no contrabalanceaban la utilidad que se seguiría de hacer pasar dicha escuadra á Brest, en donde pensábais acabar de armar vuestros navíos para obrar con unos y otros en el Océano, no perdiendo de vista la Irlanda, y me pedís que mande esta traslación.

»Nada más conforme á mis deseos que el complaceros, y así expido las órdenes para verificarlos. Pospongo á ellos toda consideración, y es tan fuerte para mí la de la alianza y la idea en que estoy de que sea conocida de todas las Potencias, y particularmente del enemigo común, que basta á determinarme para obrar así. Resta sólo que, después de verificada la traslación, me expliquéis los planes que tenéis con el nuevo armamento de Brest; modo y forma en que debe emplearse para que, visto y examinado por mí y acordado entre ambos lo que más conviene, correspondan los fines á nuestros meditados medios.

»Esta conducta que me ofrecéis seguir en lo sucesivo, probará á las naciones que la alianza mía con esa República no es de voz ó momentánea, como lo son en general las que se contraen, sino de un interés recíproco, sólida y seguida por los principios de franqueza y buena fe, prendas que han caracterizado en todos tiempos á los Gabinetes de ambas Potencias, y nos traerá además la ventaja incalculable de arreglar en términos nuestras acciones, que de ellas pueda seguirse un daño verdadero al enemigo común ó á cualquiera que directa ó indirectamente trate de hostilizarnos, pues deben ser para nosotros tan comunes los amigos como los enemigos. Si tal conducta se hubiera seguido, preparado yo con la noticia del Almiran-

te Bruix, habríamos concertado el modo de reunirse con Mazarredo en cualquiera de mis puertos, y caso de no poderlos ganar, la manera y forma de ejecutarlo y con qué objeto, y tal vez se hubiera evitado el fracaso que después le sucedió.

»Es inútil hablar ya de lo pasado, ciudadanos Directores. Yo me lisonjeo que á todos títulos soy digno de vuestra amistad y confianza. Me habéis visto siempre pronto á obrar con ella. Mis escuadras han estado paralizadas y servídoos de este modo en daño mío y del bloqueo de mis puertos, porque me manifestásteis en dos ocasiones que os convenía. La de Cádiz salió á unirse con la vuestra, y resta llenar este objeto. Se trabaja en su recomposición en Cartagena con una actividad extraordinaria, y tal vez en todo el mes presente se hallará pronta. Convendría que Bruix viniese con cuanto hubiese en Tolón á reunirse con la mía, y que unidas ambas pasasen á proteger el desembarco en la isla de Menorca, cuya reconquista nos es tan mutuamente interesante para quitar este abrigo al enemigo común y pasar desde allí á obrar en el Mediterráneo, según el plan que concertemos y que espero me comuniquéis, como también vuestras ideas sobre este punto.

»Entre tanto trataré de equipar cuantos navíos sean posibles en Cádiz para la defensa de mis puertos y otros objetos. Vendrán los tres de Santoña al Ferrol, en donde se rehabilitará el uno de la grande avería que sufrió por el rayo que le incendió; se compondrán los otros dos, que hacen ya bastante agua por los descalabros que han experimentado en sus largos viajes; se tripulará uno de ellos, pues se sacó su gente para completar los que se hallan en Rochefort, y se pondrán pronto en estado de obrar: alguno con destino á

mis colonias para proveerlas de los objetos preciosos de que carecen y traer los que necesita de ellas esta Península, y los demás en lo que concertemos. En suma, no omitiré el menor medio ni modo de aumentar mis fuerzas para atacar al enemigo común en esta funesta guerra y reducirle á la suspirada paz por que tanto gime el pobre género humano, de que necesitan las dos Potencias para recuperarse de las pérdidas que aquélla les ha acarreado, y que debe ser siempre el objeto á que directamente nos encaminemos.

»He dicho, ciudadanos Directores, que nuestros amigos deben ser unos como nuestros enemigos. No dudo que entre aquellos contaréis al Duque de Parma, mi hermano, cuya conducta y buena fe le hacen acreedor á vuestra consideración, tanto para que no se le moleste con nuevas vejaciones, como para que á la par se le indemnice de las que ha sufrido y se le ponga en el pie de un Príncipe respetable en Italia. Sabéis los vínculos que me unen á él, el interés de mi hija en ello, y, sobre todo, que su conducta le hace merecedor de vuestra atención y que nos obliga á contar siempre sobre él como sobre nosotros mismos. Sin tales títulos no abogaría en su favor, pues tenéis pruebas repetidas de que abandono los de la sangre cuando no corresponden á lo que por ellos deberían observar. Esto basta, ciudadanos Directores, para determinaros á acceder á mis instancias (1).

»Vivo con la mayor confianza y seguridad de vuestra inalterable buena fe. Contad siempre con mi amistad, y creed que las victorias vuestras, que miro como mías, no podrán aumentarla, como ni los reveses en-

(1) Se alude aquí á la Corte de Nápoles, que se había atraído la cólera de los republicanos.

tibiarla. Ellos, al contrario, me ligarían más, si es posible, á vosotros, y nada habrá que me separe de tales principios. He mandado á cuantos agentes tengo en las diversas naciones que miren vuestros negocios con el mismo ó mayor interés que si fuesen míos, y os protesto que recompensaré á los que observen esta conducta como si me hiciesen el mejor servicio. Sea desde hoy, pues, nuestra amistad, no sólo sólida como hasta aquí, sino pura, franca y sin la menor reserva. Consigamos felices triunfos para obtener en ellos una ventajosa paz y el universo conozca que ya no hay Pirineos que nos separen cuando se intente insultar á cualquiera de los dos. Tales son mis votos, grandes amigos, y ruego á Dios os guarde muchos y felices años.—De Aranjuez á 11 de Junio de 1799.

»Vuestro buen amigo—*Carlos*.—*Mariano Luis de Urquijo*.»

El Directorio era de parecer que la escuadra francesa de Tolón pasase á Cartagena á reunirse con la otra del General Mazarredo.

Tal amilanamiento y servil obediencia al Directorio no dejaron duda á éste de la puntual cooperación de las fuerzas navales españolas. Así, pues, avisó al Gabinete de Madrid que el Almirante Bruix iba á salir de Tolón, reforzado con tres navíos de línea que se le habían unido en este puerto, y que su objeto era encaminarse hacia las costas de Italia para acercarse después á Cartagena. Por tanto, deseaba que se diese orden al General Mazarredo para unirse á él con su escuadra, ó á lo menos con los navíos que estuviesen en estado de salir al mar, si todos ellos no se hallaban reparados de sus averías. Por fortuna, no sola-

mente los navíos que entraron en aquel puerto, procedentes del de Cádiz, habían sido reparados, sino que se les agregó otro, el *María Luisa*, de 112 cañones, con lo cual Mazarredo estuvo pronto á dar la vela al punto que se avistase la escuadra francesa. Como había algunos navíos que bloqueaban á la escuadra de Melgarejo en Rochefort, sus instrucciones se redujeron á que se pusiese de acuerdo con el Almirante francés para llevar tropas á Menorca y que tratasen ambos de lograr prontamente la rendición de Mahón. Conseguido que fuese este objeto, los dos Comandantes podían entenderse acerca de las operaciones ulteriores de las escuadras combinadas, incluso el socorro de Malta; pero en ningún caso debería la escuadra española ir á Egipto, ya porque quedarían otra vez abandonadas las islas Baleares y expuestas á perderse, y la Italia seguiría siempre en poder del enemigo, y ya también porque los rusos y los turcos se declararían al punto enemigos nuestros, contra las intenciones del Gobierno francés, que quería la conservación de la íntima amistad del Rey con la Puerta Otomana, á fin de que le fuese útil para sus negociaciones.

Por más que juntas las dos escuadras presentasen la considerable fuerza de 40 navíos de línea, todavía no llegaban al número de los que componían la escuadra inglesa. Diez y siete navíos al mando del Almirante Brigport, que bloqueaban el puerto de Brest, acababan de entrar en el Mediterráneo, y esta escuadra, reunida con la que mandaba el Almirante Nelson, formaba la fuerza enorme de 61 navíos. Era, pues, necesario maniobrar con precaución. Además, para distraer al enemigo parecía conveniente activar los armamentos de Brest y llamar por este medio á una división inglesa al bloqueo del puerto. Igual efecto debía lograrse ar-

mando los navíos que habían quedado en Cádiz, cuya salida al mar querían impedir los enemigos enviando fuerzas marítimas que hiciesen el bloqueo.

Reunión de las dos escuadras en Cartagena.

Presentóse á la boca del puerto de Tolón una escuadra enemiga, compuesta de 26 velas, con ánimo de bloquear á la del Almirante Bruix; pero habiendo sabido que ésta se había hecho al mar desde aquel puerto y que se hallaba detenida por los vientos contrarios en las aguas de Niza y Villafranca, se dirigió á aquellos parajes. El Almirante francés, desempeñada su comisión en la costa de Génova, tomó puerto en Vado, adonde se presentó á la vista Lord Saint-Vincent con todas sus fuerzas. Bruix, aprovechándose de una niebla espesa, picó cables y salió por entre la tierra y los enemigos, tomando el rumbo de Cartagena, en donde se unió con Mazarredo (1).

Después de haber examinado los dos Comandantes cuáles operaciones sería conveniente emprender, acordaron que la resolución más prudente sería en–

(1) Increíbles parecen los esfuerzos del Gobierno británico para mantener la superioridad de su armada. ¡Qué actividad prodigiosa se notaba en todos sus puertos! El Almirante Brigport no tenía más que 16 navíos; 14 le van de refuerzo de Plymouth, y el Almirante Collingwood se reune con él. La escuadra del Contralmirante Wischser se juntó el 6 de Mayo con la de Lord San Vicente, que estaba en crucero delante de Cádiz. El Vicealmirante Dickson fué á reunirse al Almirante Duncan, quien, reforzado con cuatro navíos rusos, cruzó á la entrada del Texel. El Almirante ruso Macharoff, con otros cinco navíos, entró en el Mediterráneo. Así, pues, Brigport con más de 30 navíos, Lord San Vicente con 26, Duncan con 22, dominaban todas las costas marítimas del Océano Atlántico en Europa. ¿Cuán prudentes no eran, pues, los consejos del General Mazarredo?

trar en el puerto de Cádiz; pero el Almirante francés hizo presente á Mazarredo que sería quizá acertado hacer antes una excursión á las costas de Toscana, enviando fragatas á diferentes puntos para tomar lengua y saber si las fuerzas inglesas estaban reunidas. (Ascendían, como dejamos dicho, á 60 navíos.) Si no estuviesen todavía, Bruix proponía ir al encuentro de una de las divisiones enemigas, do quiera que se hallase, creyendo que el triunfo sería seguro y los resultados de grande importancia. El Almirante tenía por fácil ir á Brest; recoger los navíos que hubiese allí y los españoles de Rochefort, y dirigirse sobre Irlanda, destruyendo primero la división de navíos que cruzaba enfrente de Brest, haciendo levantar el bloqueo del Texel é intentando al fin un desembarco en Torbay. Mazarredo le hizo ver los riesgos de su proyecto é insistió de nuevo en ir á Cádiz, dando entre tanto aviso al Gobierno, el cual le respondió que determinase al Almirante francés á ir sobre Menorca, si le parecía que podría lograrse la reconquista de Mahón sin comprometer á las escuadras, y que, si esto no fuese, se dirigiesen á Cádiz ú obrasen con buena armonía del modo que les pareciese más conveniente al bien de los dos países.

Bruix propuso también otro plan á Mazarredo, es á saber, pasar el estrecho y entrar en alta mar: los ingleses, suponiendo que la escuadra combinada se había dirigido á Brest, pasarían el estrecho con sus navíos, y entonces la escuadra combinada, advertida por alguna fragata, podría volver al Mediterráneo y enseñorearse de este mar, desembarcando tropas en Menorca y socorriendo á Malta.

Con este fin se dió en Madrid orden á Mazarredo para que, desistiendo de la tentativa proyectada con-

tra Mahón como lo deseaba el Directorio, se dirigiese á Cádiz. El 30 de Junio salió de Cartagena, acompañado de la escuadra del Almirante Bruix. La travesía fué feliz.

La escudra de Melgarejo estaba bloqueada en Rochefort desde su llegada; y aunque se intentó repetidas veces hacerla pasar á Brest á unirse con los navíos que se armaban en este puerto, se hallaron siempre para ello obstáculos insuperables. Afortunadamente, á pesar de las tentativas del Almirante inglés para desordenar los buques españoles, creyendo que le sería fácil acometerlos después, Melgarejo consiguió frustrar los intentos del enemigo y ganar tiempo para que, ya el invierno, ó ya el arribo de fuerzas navales aliadas, le permitiesen salir del puerto. Las tropas al mando del General O'Farrill tuvieron orden de ir por tierra á Brest.

El Directorio quiere que las dos escuadras pasen á Brest.—El General Mazarredo prefería Cádiz.—El Rey dió orden á Mazarredo para que fuese con su escuadra á Brest.

Era éste el punto adonde el Directorio quería que se dirigiesen las escuadras, pareciéndole preferible al puerto de Cádiz. Fundábase en que desde Brest se podía amenazar á Irlanda y á Inglaterra, teniendo á los ingleses en continua alarma. La presencia de una escuadra pronta siempre á hacerse á la vela, debía obligarles, no tan solamente á mantener gran número de navíos bloqueando una costa que es sumamente peligrosa, sino también á aumentar el número de sus tropas en lo interior. Por la sola fuerza de inercia de las escuadras combinadas, se pondría al enemigo en precisión de hacer cuantiosos gastos y de estable-

cer en cierta manera un régimen militar en los tres reinos; situación que al cabo traería descontentos y perturbaciones, pérdidas en el comercio de la Gran Bretaña y, por consiguiente, falta de recursos en su Erario. Por el contrario, el puerto de Cádiz, estando lejos de Inglaterra, parecía al Directorio mal punto para semejantes operaciones. La escuadra combinada se hallaría en estado meramente pasivo, sin que se pudiera fijar la época en que se hubiese de obrar ofensivamente.

Conforme á estos planes del Directorio, el Almirante Bruix dijo en Cádiz á Mazarredo que el servicio de mayor importancia que podían hacer las escuadras, era encontrar y batir á las fuerzas enemigas que bloqueaban á Melgarejo; unir los cinco navíos que tenía este General; añadir otros 8 franceses que habían de hallarse en Brest, con lo cual se compondría una fuerza de 54 navíos de línea, y se vería la Inglaterra precisada á guarnecer sus costas, sin que pudiese distraer sus tropas á expediciones contra Holanda. Concluída esta operación, añadía el Almirante francés para acallar sin duda á Mazarredo, era evidente que no había nada que intentar con la escuadra combinada, y que era menester volverse á Cádiz, *verdadera posición para todo*. Era ésta, en verdad, la idea que dominaba á Mazarredo. «Muy bueno es, decía, que se nos reúna Melgarejo con sus 5 navíos, si es que existen todavía; muy bueno será también unir 8 navíos franceses más y formar un cuerpo de 54 navíos. Pero vamos á las puertas de los enemigos, que juntarán 80, aun suponiendo destrozados ó perdidos los que bloqueasen á Melgarejo; vamos adonde para las arribadas no tenemos otro puerto que el de Brest, mientras que los enemigos tienen todos los del Canal.

Además, siendo del todo improbable que no haya uno ó muchos combates grandes cuando las escuadras combinadas saliesen al mar, suponiendo lo menos adverso, es decir, pérdidas iguales, se acrece la superioridad del enemigo y quedamos en la imposibilidad de causarle el menor respeto.»

Las dos escuadras salieron de Cádiz y llegaron felizmente á Brest.

Mazarredo perdía el tiempo en explicar y justificar su modo de ver, porque claro estaba que al fin se había de hacer lo que quisiesen los franceses, aunque no fuese lo más conveniente. El Ministro Urquijo le avisó de parte del Rey que, en virtud de los deseos del Directorio, saliese de Cádiz con su escuadra y siguiese al Almirante Bruix á Brest. La salida se verificó el día 21 de Julio. La escuadra francesa se componía de 25 navíos de línea y la española de 17, pues aunque los navíos del Rey fuesen 18, varó á la salida el *Santa Ana* en los bajos de Rota. Montado el cabo de Finisterre en la noche del 4 de Agosto de 1799, los vientos de *Sur-Oeste* y *Sur-Sur*, que soplaron con gran fuerza, no permitieron que las escuadras se dirigiesen á la rada de Aix á recoger la división española fondeada allí, y Mazarredo puso señales al Almirante Bruix para que se encaminase á Brest, adonde las escuadras arribaron el día 8. El telégrafo anunció al punto al Directorio su llegada.

El objeto del Directorio estaba conseguido. Su intención era tener á la escuadra del Rey en los puertos de Francia, como prenda de nuestra fidelidad á la alianza. Así se ve por lo ocurrido en la navegación de Cádiz á Brest. Mazarredo indicaba á Bruix la probabili-

dad de un día de gloria, si sus instrucciones eran de combatir. Bruix le contestó negativamente. Por lo demás, Mazarredo corrigió la derrota del Almirante francés en aquellos mismos mares de la costa de Francia en donde veinte años antes el Conde de Guichen había querido corregir las de Mazarredo. La corrección de la derrota de Bruix en esta ocasión, le libertó de grave riesgo y proporcionó la entrada en Brest.

Melgarejo entra con su escuadra en el Ferrol.

Melgarejo seguía siempre bloqueado en Rochefort por la escuadra enemiga, y deseoso de unirse en Brest á la escuadra de Mazarredo, salió el 31 de Agosto con su división; mas la inmediación de las fuerzas enemigas, en número de 30 velas, que le anunciaban los vigías de la costa, le impidieron dirigirse á aquel punto. Frustrado este pensamiento, quiso encaminarse á Lorient y también fué en vano, porque los vientos le fueron contrarios, y además tuvo siempre casi á la vista á los navíos ingleses que le perseguían. En tal situación creyó conveniente tomar puerto en el Ferrol, adonde llegó el día 11 de Septiembre.

Melgarejo gobernó bien sus navíos en esta campaña y adquirió nombradía de marino inteligente. No parece que pusiese igual atención en lo que no tenía relación inmediata con el servicio de mar. Un testigo ocular cuenta lo siguiente:

Este Teniente General de Marina, Comandante de las fuerzas navales del Rey en Rochefort, era buen marino y gozaba el aprecio de todos por su carácter sencillo. Asistía un día á uno de los frecuentes convites que las Autoridades francesas daban á nuestros

Oficiales ó recibían de ellos. Brindaban en una ocasión, como se acostumbraba allí, á la salud del Gobierno francés. Melgarejo deja de repente el asiento, sube sobre la mesa, y con grande alborozo y cordialidad, teniendo el vaso en la mano, dice: *A la salud de la Convención.* Los comensales quedaron sorprendidos de tal homenaje á un Gobierno cuya defunción contaba ya cuatro años; pero la sorpresa se convirtió en algazara cuando se vió que el buen Melgarejo, ocupado únicamente en su profesión de marino, no sabía distinguir entre el Gobierno del Directorio y la Convención, y que para él todo venía á ser una misma cosa, si ya no fuese que su simplicidad aparente encubriese el pensamiento, no menos verdadero que profundo, de que bajo formas diversas continuaban siempre los mismos principios revolucionarios.

FIN DEL TOMO XXXIII

Y QUINTO DE ESTA HISTORIA.

INDICE.

Páginas.

Páginas.

Páginas.

